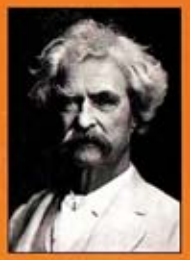

Mark Twain nació en Florida en 1835. Cuatro años después sus padres se trasladaron a Hannibal, junto al Misisipi, donde vivirá hasta los doce años, cuando, tras la muerte de su padre, tendrá que dejar la escuela para ganarse la vida. Trabajará luego como aprendiz en imprentas de Nueva York y Filadelfia, y más tarde como piloto de barco en el río Misisipi. Después de cinco años en esa actividad, se entrega al periodismo. En 1867 se casa y se radica en Connecticut. Allí produce sus principales obras: *Las aventuras de Tom Sawyer*, 1876, *El príncipe y el mendigo*, 1882, y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, 1884. Habiendo obtenido fama y dinero, Twain pierde este último en malos negocios. Sumido en un negro pesimismo, muere en 1910.

En la presente novela, dos niños, un príncipe y un mendigo, intercambian sus papeles, dejando al descubierto las enormes diferencias e injusticias sociales que existían en el reinado de Enrique VIII de Inglaterra. Si la mendicidad era una carga insufrible, no lo era menos pesada la de príncipe, sobre todo cuando se era un niño. Una novela que muestra la importancia de ponerse en el lugar de otro antes de criticar, juzgar o condenar.

Eu813 - TWAp - c.7
003695S

CÓDIGO 6212
I.S.B.N: 978-956-12-0915-2
9 789561 209152

El príncipe y el mendigo

Mark Twain

Colección Viento Joven

Zig-Zag

I

Un día de otoño del siglo XVI nació en Londres, en una familia pobre de apellido Canty, un niño no deseado. Ese mismo día, otro chico inglés nacía en una familia rica de apellido Tudor, que sí lo deseaba. Y que Inglaterra entera también lo deseaba. El pueblo casi enloqueció de alegría. Todo el mundo celebró el acontecimiento durante varios días y sus noches. En el día Londres era un espectáculo digno de ser visto, con banderas y pendones que flameaban desde todos los balcones y tejados. De noche, grandes fogatas ardían en todas las esquinas y grupos de parranderos festejaban a su alrededor. El tema de toda Inglaterra era el recién nacido, Eduardo Tudor, Príncipe de Gales, quien, envuelto en sedas y rasos, permanecía quietecito, insensible a todo aquel alboroto. Pero de ese otro recién nacido, Tom Canty, envuelto en harapos, nadie habló. Para la familia de mendigos, el chico era sólo una molestia.

II

Trasladémonos ahora a unos cuantos años más adelante. Londres tenía ya mil quinientos años de edad y era una gran ciudad de cien mil habitantes. Las cawwlles eran muy estrechas, curvas y sucias, especialmente en el sector donde vivía Tom Canty, no lejos del gran Puente de Londres. Las casas estaban hechas de madera y mientras más pisos tenían, más se ensanchaban hacia arriba. Sus estructuras tenían gruesas vigas pintadas de rojo, azul y negro, dando a las construcciones un aspecto muy pintoresco.

La casa donde vivía el padre de Tomasito quedaba en una inmunda calle llamada Offal Court[1], que nacía en Pudding Lane[2]. Era una casa pequeña y ruinosa, donde vivían apiñadas muchas familias pobrísimas. La familia de Canty ocupaba un cuarto del tercer piso. La madre y el padre tenían en un rincón un armazón que servía de cama, pero Tom, sus dos hermanas, Bet y Nan, y la abuela, disponían de todo el suelo para dormir donde se les antojase. Por la noche se acomodaban con restos de una o dos frazadas y algunos atados de paja, malolientes y sucios, que cada mañana apilaban a puntapiés en un rincón del cuarto.

Bet y Nan habían cumplido 15 años. Eran gemelas de buen corazón, aunque harapientas y profundamente

1 Patio de las Basuras. (N.del E.)
2 Calleja del Budín. (N.del E.)

ignorantes. La madre era como ellas. El padre y la abuela se embriagaban y se peleaban entre ellos o con cualquiera que se les cruzara en el camino. John Canty era ladrón y su madre mendiga. Aunque transformaron a los niños en mendigos, no lograron convertirlos en ladrones. Entre la terrible gentuza que habitaba la casa, había un viejo y buen sacerdote que secretamente inculcaba a los chicos las buenas costumbres. El padre Andrés enseñó a Tom algo de latín, a leer y a escribir.

Toda la calle Offal Court era una colmena: la embriaguez, el desorden y las riñas estaban a la orden del día. Pese a todo, Tomasito no era desgraciado. Aunque las pasaba negras, no tenía conciencia de ello porque suponía que era lo natural. Cuando regresaba de noche a casa con las manos vacías, sabía que primero lo iba a maldecir y a golpear el padre y que cuando éste hubiera concluido, lo tomaría por su cuenta la temible abuela. Sabía también que, entrada la noche, su pobre madre se acercaría silenciosamente con algún mísero mendrugo, privándose ella de satisfacer el hambre, aunque con frecuencia recibiera por esa causa buenas palizas del marido.

Con todo, la vida de Tom transcurría bastante bien, especialmente en el verano, porque buena parte de su tiempo la dedicaba a escuchar al padre Andrés, quien le contaba encantadores cuentos y leyendas sobre gigantes, hadas, castillos encantados, príncipes y reyes. La cabeza de Tom se llenó de aquellas maravillas y muchas noches, cansado, hambriento y dolorido después de una azotaina, soñaba con la vida encantada de un príncipe mimado en

un regio palacio, olvidando así sus penas. Un deseo que mantuvo en secreto llegó a obsesionarlo día y noche: ver con sus propios ojos a un príncipe verdadero.

Los libros del anciano cura y esas ensoñaciones comenzaron a operar ciertos cambios en el chico. Tom comenzó a lamentar lo gastado de sus ropas y su suciedad, y a desear el aseo y los buenos vestidos. Continuaba jugando en el barro como siempre y gozando con ello; pero ahora chapotear en el Támesis era, además de una diversión, una forma de asearse.

El niño encontraba siempre algo interesante en los alrededores del Maypole[3], famoso por las fiestas del 1º de mayo, en la calle Cheapside y también en las ferias. De tanto en tanto podía ver un desfile militar cuando algún prisionero era llevado a la Torre de Londres.

Después de un tiempo, sus lecturas y sueños sobre la vida principesca le llevaron a representar el papel de príncipe, y tanto su modo de hablar como sus modales se hicieron ceremoniosos y cortesanos, con enorme admiración y diversión de sus íntimos. Los niños y sus mayores llegaron a considerarlo como una criatura extraordinaria y superdotada. ¡Parecía saber tanto! Y al mismo tiempo ¡era tan profundo y tan discreto...! En realidad, había llegado a ser el héroe de todos, con excepción de su familia: eran los únicos que no veían en él nada fuera de lo común.

Más tarde, y como juego, Tom organizó una corte real. Él era el príncipe y sus amigos los guardias, chambelanes,

3 Palo de Mayo. (N.del E.)

caballerizos, señores o miembros de la familia real. Todos los días el improvisado príncipe era recibido con ceremonias que Tom aprendía de sus lecturas. Y se trataban en el real consejo los asuntos importantes de aquel reino de fantasía. Su Alteza ficticia emitía también decretos dirigidos a sus ejércitos, flotas y virreinatos imaginarios.

El deseo de ver, aunque fuera una sola vez, a un príncipe verdadero, de carne y hueso, llegó a convertirse en la única pasión de su vida.

Un día de enero Tom recorrió de arriba abajo los barrios de Mincing Lane y Little East Cheap y todos sus alrededores. Hora tras hora, descalzo y helado, miró las vitrinas de las rotiserías, con ojos que se le iban tras los horribles pasteles de cerdo y otros mortales productos que se exhibían y que eran para él bocados propios de ángeles. Caía una llovizna helada y el ambiente era lóbrego. Aquella noche Tom llegó a su casa tan cansado y empapado que a su padre, a su madre y a su abuela les fue imposible no conmoverse a su manera: esta vez sólo le dieron unos cuantos golpes y lo mandaron a acostarse. Los dolores, el hambre y las riñas que se oían en el edificio lo tuvieron largo rato despierto, pero al fin se durmió en compañía de principitos enjoyados que vivían en enormes palacios. Luego, como siempre, terminó por soñar que él era también un joven príncipe.

Cuando despertó en la mañana y miró en torno suyo, su sueño tuvo el efecto acostumbrado de aumentar mil veces la miseria de su ambiente. Se dejó entonces llevar por la amargura, la desolación y las lágrimas.

III

Hambriento, Tom salió de su casa con el recuerdo de los sueños de aquella noche. Anduvo vagando sin fijarse por dónde caminaba ni lo que sucedía a su alrededor. Nada le importaba, absorto en su preocupación, y así continuó su camino hasta cruzar las murallas de Londres. Atravesó Strand, una calle apenas poblada, y luego el barrio de Charing. Desde ahí, y sin apuro, bajó por un hermoso y tranquilo camino hasta llegar a un edificio majestuoso y soberbio: el palacio de Westminster. Sorprendido y feliz, contempló aquella inmensa mole, los extensos pabellones, los imponentes bastiones y torrecillas, la enorme entrada de piedra con sus barrotes dorados y los colosales leones de granito y demás signos y símbolos de la realeza inglesa. Se hallaba, sin lugar a dudas, frente al palacio de un rey. ¿No sería posible que ahora viera a un príncipe de carne y hueso?

A cada lado de la verja dorada había un soldado armado, inmóvil, con reluciente armadura de acero. A respetuosa distancia esperaban campesinos y gente de la ciudad por si aparecía algún personaje de la realeza.

El pobre Tomasito se aproximó, avanzando con timidez y con el corazón latiéndole de creciente esperanza. De pronto, por entre los barrotes dorados, divisó algo que casi lo hizo gritar de alegría. Se veía allí a un niño bien parecido, curtido y tostado por los deportes practicados al aire libre, vestido con ropas de seda, raso y piedras preciosas. En la cadera llevaba un espadín y un puñalito enjoyados; en los

pies, delicados botines de tacones rojos; y en la cabeza, un vistoso gorro carmesí con plumas sostenidas por una enorme piedra relumbrante. Varios caballeros –servidores, sin duda– lo acompañaban. ¡Estaba ante un príncipe viviente, un príncipe auténtico! El ruego del mendigo había sido al fin escuchado.

Tom respiraba agitadamente, lleno de admiración. Un solo deseo ocupó su cerebro: acercarse al príncipe y mirarlo a su gusto. Sin darse cuenta de lo que hacía, pegó su cara a los barrotes. En ese mismo instante uno de los soldados lo cogió sin la menor cortesía y lo lanzó, dando vueltas como un trompo, entre la muchedumbre de campesinos y londinenses humildes, mientras decía:

–¡Qué modales, señor mendiguito!

La gente rió burlona, pero el joven príncipe dio un salto hasta la verja y con la cara roja de indignación, gritó:

–¿Cómo te atreves a tratar así a un pobre niño? ¡Abre las puertas y déjalo entrar!

–¡Viva el Príncipe de Gales! –gritó la multitud, que pasó rápidamente de la burla al más profundo respeto.

Los soldados presentaron armas, abrieron las puertas de la reja y volvieron a presentarlas al entrar el Príncipe de la Pobreza con los harapos agitándose al viento, a tomarse de la mano con el Príncipe de la Ilimitada Abundancia.

–Pareces cansado y hambriento –dijo entonces Eduardo Tudor–. Te han tratado mal: ven conmigo.

Eduardo llevó a Tom a su gabinete y ordenó traer una comida que el niño sólo conocía por los libros. El príncipe despidió a los sirvientes para que su humilde invitado no

se sintiera molesto. Se sentó cerca de Tom y mientras éste comía le hizo mil preguntas:

–¿Cómo te llamas, muchacho?

–Tom Canty, para servirle, señor.

–¡Qué raro apellido tienes! ¿Dónde vives?

–En Offal Court, señor, perpendicular a Pudding Lane.

–¡Offal Court! En verdad que eso también es raro... ¿Tienes padres?

–Sí, señor, tengo padres y también abuela, que es muy poco cariñosa... También tengo dos hermanas mellizas: Nan y Bet.

–Por lo que me dices, tu abuela no es demasiado bondadosa contigo.

–Ni con nadie, si place a su señoría. Hace malas obras todos los días de su vida.

–¿Acaso te maltrata?

–Algunas veces contiene su mano sólo porque está dormida o demasiado borracha, pero en cuanto se despeja me da tremendas palizas.

–¿Has dicho palizas? –preguntó el principito con mirada fiera.

–Oh, sí, señor, de veras.

–¡Palizas! ¡A ti, tan pequeño y débil! Oye: antes de que anochezca será llevada a la Torre.

–En verdad, señor, usted olvida que la Torre es sólo para los prisioneros importantes.

–Es cierto. Pensaré en otro castigo para ella. ¿Y tu padre? ¿Es bueno contigo?

–No más que la abuela Canty, señor.

–Los padres son todos iguales, creo yo –dijo el príncipe–. El mío suele pegarme aunque luego me hace la gracia de perdonarme. ¿Cómo te trata tu madre?

–Es buena, señor. Y Nan y Bet son como ella; tienen quince años.

–La señora Isabel, mi hermana, tiene catorce, y la señora Jane Grey, mi prima, es de mi edad, y además es amable; pero otra de mis hermanas, la señora Mary, con su espantosa cara y... Dime: ¿tus hermanas prohíben a sus sirvientes que sonrían por miedo a que el pecado destruya sus almas?

–¡Oh, señor! ¿Acaso cree usted que ellas tienen sirvientes?

El pequeño príncipe contempló al mendigo.

–¿Me quieres decir por qué no? –preguntó–. ¿Quién las ayuda a desvestirse y quién las viste cuando se levantan?

–Nadie, señor. ¿Quiere que se quiten la prenda que llevan y duerman sin nada, como los animales?

–¡La prenda que llevan! ¿Acaso no llevan más que una?

–¡Ah, mi buen señor! ¿Qué quiere que hagan con más de una? ¿Acaso tienen dos cuerpos cada una?

–¡Qué expresión tan exquisita y maravillosa! Perdóname, no es que quiera reírme de ti. Te aseguro que las buenas de Nan y Bet tendrán ropas y lacayos en abundancia. ¡Muy pronto mi tesorero se ocupará de ello! Tú hablas bien, ¿eres instruido?

–No sé si lo soy, señor. El padre Andrés me enseñó cosas de sus libros.

–¿Acaso sabes latín?

–Un poquito, señor.

–¡Apréndelo, muchacho! Sólo los comienzos son difíciles.

El griego es más complicado. Pero cuéntame más acerca de Offal Court. ¿Tu vida es agradable en ese sitio?

–En verdad, sí, señor –dijo Tom–. Excepto cuando uno tiene hambre. En las ferias hay monos y teatros de títeres. Y hay teatros donde los actores gritan y pelean hasta que se matan. ¡Es muy lindo de ver y sólo cuesta un centavo! Aunque en verdad es bastante difícil conseguirse ese centavo, si place a su señoría.

–Continúa contándome.

–Nosotros, los chicos de Offal Court, nos peleamos con palos a veces.

Los ojos del príncipe relampaguearon.

–¡Por la Virgen, no me disgustaría verlo! –exclamó–. Sigue contándome...

–También competimos en carreras, señor.

–Eso también me gustaría. Sigue hablando.

–En verano, señor, vamos a nadar a los canales y al río y cada uno hunde en el agua a su vecino y lo salpica y nos zambullimos y gritamos y damos vueltas y...

–¡Valdría tanto como el reino de mi padre gozar de todo eso una sola vez! Por favor, continúa.

–En Cheapside bailamos y cantamos alrededor del Maypole. También jugamos en la arena y a veces hacemos pasteles de barro. ¡Ah, qué agradable es el barro! La verdad es que nos revolcamos en el barro, señor.

–¡Por favor, no me digas más! ¡Es maravilloso...! –exclamó el príncipe–. Si yo pudiera vestirme como tú y descalzarme y regodearme en el barro una sola vez. ¡Una sola vez, sin que nadie me lo impida! ¡Creo que podría renunciar a la corona!

–Y si yo pudiera vestirme una vez, dulce señor, como tú estás vestido, ¡sólo una vez!

–¡Ah...! ¿Te gustaría, eh? Entonces así será. ¡Quítate los harapos y ponte estas ropas, muchacho! Será una felicidad breve pero intensa. La gozaremos y volveremos a cambiarnos antes de que nadie se dé cuenta.

Algunos minutos después el Principito de Gales se vestía con los harapos de Tom y el Principito del Reino de la Mendicidad se disfrazaba con el plumaje de la realeza. Ambos se pararon frente a un gran espejo y ¡Oh milagro: no parecía haberse operado el menor cambio! Intrigado, el principito preguntó:

–¿Cómo te explicas esto?

–¡Ah, mi buen señor, no me exijas que te responda!

–Entonces, lo diré yo. Tienes el mismo pelo, los mismos ojos, la misma voz y modales, la misma estatura, la misma cara y aspecto que yo. Nadie podría distinguirnos desnudos. Y ahora que estoy vestido como tú, parece que puedo sentir más de cerca lo que tú sentiste cuando ese soldado bruto... Pero, oye, ¿no es una herida lo que tienes en la mano?

–Sí, pero es poca cosa y su señoría sabe que el pobre soldado...

–¡Cállate! ¡Fue algo abusivo y cruel! –gritó el principito–. No des ni un paso hasta que yo esté de vuelta. ¡Es una orden!

El príncipe guardó un objeto de importancia nacional que estaba sobre una mesa y salió a los jardines de palacio con sus harapos al viento, lleno de furia. En cuanto llegó a la entrada principal, se tomó de los barrotes gritando:

–¡Abrid las puertas!

El soldado que había maltratado a Tom no se hizo de

rogar, y cuando el príncipe salía indignado le dio un violento golpe en la oreja, lanzándolo hasta el camino.

–¡Toma, mendigo! –gritó–. ¡Te lo mereces por el lío en que me metiste con Su Alteza!

La multitud rugió de risa. El príncipe se levantó del barro e hizo un feroz ademán al centinela gritándole:

–Soy el Príncipe de Gales y mi persona es sagrada. ¡Te colgarán por ponerme la mano encima!

El soldado puso la lanza en posición de presentar armas y contestó burlonamente:

–¡Salud a su Graciosa Alteza! –y añadió, colérico–: ¡Ándate, basura de manicomio!

En eso la turba rodeó al principito y a empujones lo llevó por el camino con bramidos de burla:

–¡Paso a Su Alteza Real! ¡Paso al Príncipe de Gales!

IV

Tras soportar durante horas la persecución y los vejámenes, el príncipe fue finalmente abandonado. Sólo entonces miró a su alrededor y no pudo reconocer el lugar. Todo cuanto sabía era que estaba en Londres. Continuó avanzando hasta que comenzaron a escasear las casas y los transeúntes. En un arroyo, el niño se lavó los pies ensangrentados y descansó un momento. Luego caminó hasta un lugar donde había una iglesia prodigiosa. El príncipe la reconoció e inmediatamente se reanimó diciendo para

sí: "Es la antigua iglesia de los Frailes Grises que el rey, mi padre, ha quitado a los monjes para dársela a los niños abandonados, de manera que tengan un hogar seguro, y que ha rebautizado con el nombre de Iglesia de Cristo. ¡Ahora sí que van a alegrarse de servir al hijo de quien los ha tratado tan generosamente! Mas aún, cuando el tal hijo está ahora tan pobre y desposeído como el que más".

Pronto se encontró en medio de una multitud de chiquillos que corrían, saltaban, jugaban a la pelota o se divertían haciendo mucho ruido. Todos vestían igual: un gorro chato y redondo que no servía para cubrir y ni siquiera para adornar la cabeza, una banda al cuello como la que usan los curas, una túnica ajustada que los cubría hasta las rodillas o más abajo, cinturón rojo, medias amarillas y zapatos bajos con grandes hebillas de metal. Una vestimenta bastante fea.

Interrumpiendo sus juegos, los muchachos se apiñaron alrededor del príncipe. Éste les dirigió la palabra con dignidad:

–Buenos muchachos, díganle a su amo que Eduardo, Príncipe de Gales, desea parlamentar con él.

Se alzó una gritería tremenda, mientras uno de los niños contestaba una insolencia:

–¡Por la Virgen!... ¿Acaso eres tú el mensajero de Su Alteza, mendigo?

El rostro del príncipe enrojeció de ira y su mano pareció volar a su cadera, donde nada había. Se desencadenó una tempestad de risas.

–¿Se han dado cuenta? –dijo uno de los muchachos–. Se imaginó tener espada... ¿Será acaso el príncipe en persona?

La humorada hizo brotar nuevas risas. El mozalbete que

había hablado primero gritó ahora a sus camaradas:

–¡Ea, basta...! ¡Puercos, esclavos, empleados del principesco padre de Su Alteza...! ¿Dónde están los buenos modales? ¡De rodillas, a rendir honores a sus harapos de rey!

Todos, en masa, cayeron de rodillas en fingido homenaje. El príncipe pegó un puntapié al muchacho que tenía más cerca:

–¡Toma..! –dijo, fiero–. ¡Y espera que llegue la mañana y te haga construir una horca!

La risa cesó de pronto y fue sustituida por la furia. Una docena de muchachos gritó:

–¡Al estanque de los caballos...! ¿Dónde están los perros? ¡Ea, León! ¡Aquí, Colmillos...!

Lo que ocurrió luego jamás se había visto en Inglaterra.

Al caer la noche, el príncipe se encontró muy lejos de allí, en el sector edificado de la ciudad. Con el cuerpo amoratado, las manos ensangrentadas y los harapos llenos de barro, continuó avanzando más y más, tan débil y agotado que apenas podía arrastrar los pies.

"Offal Court", decía para sus adentros. "Si pudiera encontrar aquel sitio estaría salvado, pues su familia me llevará a palacio. ¡Entonces recobraría lo mío!"

De cuando en cuando recordaba cómo lo habían tratado los muchachos de la Iglesia de Cristo y se decía: "Cuando sea rey, esos chicos no van a tener sólo asilo y pan, sino también enseñanzas pues de poco sirve un estómago lleno si no se alimentan la inteligencia... ¡y el corazón! No olvidaré la lección de este día por el bien de mi pueblo: la educación suaviza el corazón y da nobleza y caridad".

Se puso a llover y la noche se hizo borrascosa. El heredero del trono de Inglaterra siguió avanzando en el laberinto de calles donde se apiñaban la pobreza y la desgracia.

De pronto sintió que un rufián ebrio lo cogía del cuello y le gritaba:

–¡Otra vez afuera a estas horas de la noche y sin traer a casa un céntimo! Si no te rompo todos los huesos, ¡no me llamaré John Canty!

El príncipe se liberó a fuerza de contorsiones y preguntó ansioso:

–¡Ah...! ¿Eres de verdad su padre? Ojalá sea así, pues entonces lo irás a buscar y me repondrás en mi lugar.

V

Tpenas estuvo solo en el gabinete del príncipe, Tom Canty aprovechó la oportunidad. Se pavoneó primero de un lado a otro ante el espejo, deslumbrado por su elegancia. Desenvainó luego la hermosa espada e, inclinándose, besó la hoja tal como había visto hacer a más de un caballero de noble alcurnia. Jugó luego con la daga enjoyada, examinó los adornos del aposento y pensó cuán orgulloso se pondría si la gente de Offal Court lo pudiera ver.

De pronto se le ocurrió que el príncipe tardaba demasiado. Comenzó a sentirse solo y dejó de juguetear. Primero se sintió desasosegado, luego inquieto, por último angustiado. Temía que alguien pudiera hallarlo vestido con las ropas del

príncipe. Sus temores crecieron, crecieron... Abrió la puerta que daba a la antecámara, resuelto a huir. Seis caballeros al servicio del príncipe y dos pajecillos se pusieron de pie haciéndole una profunda reverencia. Tom retrocedió y cerró la puerta.

–¡Se burlan de mí...! –se dijo–. ¿Por qué he venido a este lugar para arruinar mi vida?

En eso se abrió de par en par la puerta y un paje anunció:

–La señora Jane Grey.

La puerta se cerró y entró una dulce muchachita que le dijo con voz apenada:

–¡Oh, querido señor, ¿qué tienes?

Tom tartamudeó apenas:

–¡Ah, tú, ten piedad! En verdad soy sólo el pobre Tom Canty del Offal Court. Por favor, busca al príncipe y él me dejará irme de aquí sin que me hagan daño.

Se había arrodillado y suplicaba lastimeramente. La jovencita escapó horrorizada, mientras Tom se desplomaba murmurando:

–Ya no hay esperanza. Ahora vendrán a capturarme.

Muy pronto un rumor corría por el palacio con la terrible nueva: ¡El príncipe se ha vuelto loco! Algo más tarde, un funcionario pasó voceando la siguiente proclama:

–¡En nombre del rey! Bajo pena de muerte, nadie debe creer en este rumor falso y estúpido, ni repetirlo ni llevarlo fuera de palacio. ¡En nombre del rey!

Los comentarios cesaron para dar paso a un cuchicheo general: ¡Viene el príncipe!

Mientras Tom avanzaba miraba tímidamente las cosas y

personas extrañas que lo rodeaban. De pronto se encontró en un magnífico departamento y oyó que la puerta se cerraba tras él. Lo rodeaban señores, médicos de la corte y algunos sirvientes. A cierta distancia, y reclinado en un diván, había un hombre inmenso y muy gordo, de cara carnosa y expresión severa. Su enorme cabeza y su barba eran canosas. Una de sus piernas, hinchada, tenía una almohada debajo y estaba envuelta en vendajes. Reinaba completo silencio y todas las cabezas se inclinaban en señal de reverencia, con excepción de la cabeza de este hombre. Era el gran Enrique VIII. Suavizando su expresión a medida que hablaba, dijo:

–¿Qué pretendes, mi príncipe? ¿Has querido engañar al bueno del rey, tu padre, con una broma ridícula?

Tom escuchó el comienzo de aquellas palabras, pero cuando la frase "el bueno del rey" le penetró en su oído, perdió el color. Cayó de rodillas y levantando las manos, exclamó:

–¿Usted, el rey? ¡Entonces sí que estoy perdido!

La frase desgarró al rey. Pero luego de un profundo suspiro, dijo con voz suave:

–Ven con tu padre, hijo. Tú no estás bien.

Tom se acercó temblando a su Majestad. El rey tomó en sus manos la cara temblorosa y la contempló un momento, amorosamente. Luego oprimió la rizada cabeza contra su pecho, la acarició con ternura y dijo:

–No destroces mi corazón y dime que me conoces. En verdad me conoces, ¿no es así?

–Sí, eres mi temido señor, el rey.

–Así es, así es. Anímate y no tiembles, no hay nadie aquí

que no te quiera. Ya pasa ese mal sueño, ¿no es verdad? Ya no te pondrás nombres impropios como me dicen que hiciste hace un rato, ¿eh?

–Ruego a su Alteza que me crea. No hice más que decir la verdad. Soy demasiado joven para morir y su Majestad puede salvarme con sólo una palabra. ¡Dígala, oh, señor!

–¿Morir? No hables así, dulce príncipe. ¡Tú no morirás!

Tom cayó de rodillas con un grito de alegría. Luego, poniéndose en pie, volvió hacia los caballeros su rostro jubiloso y exclamó:

–¡Ustedes lo han oído! ¡No he de morir, el rey lo ha dicho!

Todos se inclinaron con solemne respeto, pero nadie habló. Tom, confuso, miró tímidamente al rey.

–¿Puedo irme ya? –preguntó.

–Por cierto, si así lo deseas. Pero, ¿adónde quieres irte?

Bajando los ojos, Tom contestó humildemente:

–Creí que estaba libre y tuve el impulso de volver a la choza donde nací y me crié en la desgracia, junto a mi madre y a mis hermanas... ¡Oh, por favor, señor, permítame que me vaya...!

El rey quedó en silencio. Luego, con algo de esperanza, hizo a Tom una pregunta en latín para probar su cordura. Tom la respondió a tropezones. Feliz, el rey dijo, dirigiéndose a los caballeros y a los médicos que lo rodeaban:

–La respuesta demuestra que su razón está sólo enferma, no fatalmente perdida. Ahora, hemos de someterlo a otra prueba... Hizo a Tom una pregunta en francés. Tom guardó silencio, para decir al fin:

–No conozco ese idioma, Su Majestad.

El rey se derrumbó. Hizo esfuerzos por recobrarse y tranquilizó al muchacho, diciéndole que pronto sanaría. En seguida habló a los cortesanos con voz serena:

–¡Escuchen todos! Mi hijo está loco, pero no se trata de una situación duradera. Demasiado estudio y encierro han sido las causas. ¡Fuera libros y maestros! Diviértanlo, entreténganlo, de modo que recobre la salud. Es mi hijo y el heredero de Inglaterra y loco o cuerdo ¡ha de reinar! Y oíganlo: quienquiera que hable de su perturbación conspira contra la paz y el orden de estos reinos ¡e irá a la horca!... Es, pese a todo, el Príncipe de Gales y yo, el rey, he de confirmarlo. Esta misma mañana será instaurado en su dignidad principesca con todos los debidos ritos tradicionales.

Poco a poco, el rostro del viejo rey fue perdiendo la expresión airada. Entonces dijo a Tom, como despedida:

–Bésame una vez más y vete a gozar de tus juegos y diversiones. Ve con tu tío, el conde de Hertford.

Tom quedó muy triste pues comprendía que no sería puesto en libertad. Comenzó a darse cuenta de que era un cautivo dentro de una jaula dorada. ¡Sus sueños habían sido tan agradables! La realidad era muy diferente.

VI

Tom fue llevado a una habitación principal, donde le pidieron que se sentara. El muchacho invitó a sentarse a varios hombres de edad que estaban a su alrededor, pero

ellos continuaron de pie. "Es la costumbre", le sopló al oído el conde de Hertford. Poco después llegó el señor de Saint John con un mensaje del rey para que se lo comunicaran en privado a Tom, pero en presencia del conde. En el escrito Su Majestad ordenaba que la enfermedad del príncipe debía ser ocultada; que en tanto recobrara la salud no debía negar ser el auténtico príncipe y heredero al trono de Inglaterra; que debía aceptar reverencias y ceremonias sin protestar; que no debía referirse a ese supuesto humilde nacimiento y a esa vida que su enfermedad le hacía imaginar; que debía esforzarse por recordar las caras que había conocido antes de enfermar y que en caso de no poder lograrlo, debía disimularlo; que no tenía que mostrar inquietud o sorpresa ante los demás si no sabía cómo actuar en las ceremonias oficiales; y, finalmente, que tanto el conde de Hertford como el propio señor Saint John estarían a su lado para instruirlo y apoyarlo.

Tom, resignado, replicó:

–El rey ha hablado. El rey será obedecido.

Lord Hertford, por su parte, dijo:

–Quizás sea del agrado de Su Alteza distraerse, de modo que no llegue cansado al banquete de esta noche.

Tom demostró sorpresa, pero en seguida se avergonzó.

–La memoria te falla de nuevo y has demostrado sorpresa –le advirtió Saint John–, pero no te aflijas pues eso desaparecerá junto con tu mejoría. Lord Hertford se refería al banquete municipal al que el rey prometió la asistencia de Su Alteza. ¿Lo recuerda?

–Me apena confesar que lo había olvidado –respondió Tom con voz vacilante.

En ese momento anunciaron la llegada de la princesa Isabel y de Lady Crey. Hertford se adelantó rápido hacia la puerta y dijo a las jóvenes en voz baja:

–Les ruego, señoras, que disimulen que no se dan cuenta de sus rarezas ni muestren sorpresa cuando le falle la memoria.

Entretanto, Lord Saint John decía a Tom al oído:

–Recuerda cuanto puedas y simula recordar todo lo demás. No dejes que se den cuenta de cuán cambiado estás. ¿Deseas que me quede aquí, señor, y que también te acompañe tu tío?

Tom expresó su acuerdo con un ademán y una palabra apenas murmurada. En su alma sencilla había resuelto desempeñarse lo mejor posible, según el mandato del rey. Pero más de una vez estuvo a punto de claudicar y de confesarse incapaz de desempeñar su papel; lo salvaron el tacto de la princesa Isabel y una que otra palabra que dejaban caer los caballeros con aparente descuido.

En algún momento se dijo que por ahora el príncipe no continuaría con sus estudios. Al oír esto, Lady Jane exclamó:

–¡Es una lástima...! Pero espera con paciencia el momento de continuar. Tú estarás adornado de sabiduría como tu padre y tu lengua llegará a dominar tantos idiomas como él, mi buen príncipe.

–¡Mi padre! –exclamó Tom, tomado de sorpresa–. Creo que no sabe hablar ni su propia lengua como para que lo entiendan los cerdos en los chiqueros...

Tom se interrumpió, se sonrojó y luego siguió en voz baja y triste:

–¡Ay!... ¡me ataca de nuevo la enfermedad y mi mente desvaría!

–Lo sabemos, señor –dijo la princesa Isabel–. No te aflijas, ya que tú no tienes culpa alguna; es tu enfermedad.

–Eres una gran consoladora, dulce señora –exclamó Tom con gratitud– y me nace del corazón agradecértelo.

Pese a todas las dificultades, el tiempo pasó placenteramente y Tom se fue poniendo más cómodo y a gusto al comprobar el cariño y el apoyo que recibía. Cuando se mencionó que las dos damitas lo acompañarían al banquete, el corazón le saltó de gozo y de alivio porque supo que no estaría allí sin amigos, entre aquella multitud de desconocidos.

Los dos ángeles custodios de Tom tenían, sin embargo, la sensación de pilotear un gran barco por un canal muy peligroso: debían estar continuamente alertas. Por eso, cuando se acercaba el final de la visita de las damas y anunciaron a Lord Guilford Dudley, tanto Hertford como Saint John aconsejaron a Tom que se excusara de recibirlo. Ambos necesitaban reponerse un tanto. Y también Tom, porque cuando ambas jóvenes se marcharon preguntó a sus guardianes con un gesto de cansancio:

–¿Me permiten retirarme a descansar en algún sitio?

–Si place a Su Alteza –contestó Lord Hertford–, usted ordena y nosotros obedecemos. Nos parece muy necesario que descanse.

Tocó una campana y apareció un paje, a quien le ordenó llamar a sir William Herbert. Este caballero condujo a Tom a un departamento interior. Una vez allí, el niño intentó estirar la mano para llenar un vaso de agua, pero un servidor se lo arrebató y arrodillándose se lo ofreció en una bandeja de oro. Otro paje le quitó los botines. Tom hizo dos o tres

tentativas de atenderse solo, pero fue inútil. De modo que renunció a ello, murmurando resignado: "¡Me maravilla que no quieran también respirar por mí...!" Se echó por fin a descansar, aunque no a dormir, pues tenía la cabeza llena de pensamientos y la habitación estaba demasiado llena de personas, a las que no sabía cómo despedir.

La partida de Tom había dejado solos a sus dos nobles guardianes. Estos estuvieron meditando durante un rato, hasta que Lord Saint John dijo:

–Con franqueza, ¿qué piensas?

–Francamente, pienso que el rey está llegando a su fin, que mi sobrino está loco, que loco ha de ascender al trono y que loco permanecerá en él. ¡Dios proteja a Inglaterra...!

–Pero acaso no... acaso no tienes recelos respecto de... de... –Saint John vaciló y finalmente se detuvo al sentirse en terreno delicado. Lord Hertford lo miró a la cara con mirada franca.

–Continúa hablando –le dijo–, ¿recelos respecto de qué.

–Perdón si ofendo, milord, pero... ¿no es extraño que la locura pueda cambiarle tanto el aspecto y los modales? ¡Su aspecto y su habla son tan diferentes! ¿No es raro que la locura le haga olvidar las facciones de su padre, las costumbres y ceremonias y que, dejándole el latín, lo despoje del griego y del francés? No te ofendas, milord, pero me obsesiona que diga que no es el príncipe y así...

–Cállate, milord. Has olvidado el mandato del rey.

Saint John palideció.

–Confieso que estaba en falta –dijo rápidamente–. No hablaré ni pensaré más en ello. No me trates con dureza, señor, o estaré perdido.

–Estás disculpado, milord, siempre que no vuelvas a transgredir las órdenes del rey. Pero no debes temer: es el hijo de mi hermana. ¿Acaso su voz, su rostro, su aspecto no me son conocidos desde la cuna? La locura puede producir todas estas cosas contradictorias que tú observas y aún otras más. Este es el verdadero príncipe. ¡Le conozco muy bien! Y pronto será tu rey.

Tras conversar un rato más, Lord Hertford relevó a su compañero y se quedó solo a montar guardia. Pronto se encontró sumido en profunda meditación y cuanto más pensaba, más preocupado se ponía.

–¡Bah...! ¡Tiene que ser el príncipe! –se dijo–. ¿Podrían existir en el país dos seres de diferente sangre y nacimiento que sean tan extraordinariamente exactos? Y, ¿no sería un milagro todavía más extraño que la casualidad hiciera que uno llegara a ocupar el lugar del otro? ¡No! ¡Sólo pensarlo es una locura...! Y si fuera un impostor, ¿acaso existió alguna vez uno que, llamado príncipe por el rey, negara sus títulos? ¡No! Se trata del príncipe auténtico que se ha vuelto loco.

VII

Esa tarde, Tom se resignó a que lo vistieran para la comida. Con gran ceremonia lo llevaron a una lujosa habitación, donde había una mesa puesta para un comensal. Los muebles eran de maderas doradas, con bellos diseños. El aposento estaba lleno de servidores. Tom estaba a punto

de ponerse a comer cuando el conde de Berkeley le ató una servilleta al cuello. El copero se anticipó a todas las tentativas que hizo el muchacho de servirse vino. También estaban allí Lord d'Arcy, Primer Caballerizo de la Cámara Real –Dios sabría para qué–, el Señor Despensero Principal, el Señor Gran Mayordomo, el Señor Jefe de Cocina... y otros muchos personajes. Aunque aún no lo sabía, Tom contaba con trescientos ochenta y cuatro sirvientes, pero sólo la cuarta parte estaba en aquella habitación.

A todos se les había instruido de que no debían sorprenderse ante las extravagancias del príncipe, pues sufría un trastorno mental pasajero. Estas "extravagancias" quedaron expuestas a la luz muy pronto.

Tom estaba acostumbrado a comer principalmente con los dedos. Y después de examinar con gran interés la delicada servilleta, dijo con sencillez:

–Hagan el favor de llevársela para que no la manche en algún descuido.

Después del postre, se llenó los bolsillos de nueces, pero de inmediato él mismo se dio cuenta de que había cometido una falta poco principesca. En un momento comenzó a sentir una irresistible picazón en la nariz. Soportó en silencio el deseo de rascarse, hasta que las lágrimas comenzaron a asomar por sus ojos. Afligidos, los servidores le rogaron entonces que les explicara qué le pasaba...

–Me pica espantosamente la nariz –explicó Tom, desesperado– ¿cuál es la costumbre y la usanza en semejante emergencia? Dense prisa porque no podré aguantar más.

Todos se miraron unos a otros sin saber qué hacer: era

una situación única en la historia de Inglaterra. El Maestro de Ceremonias no estaba presente y nadie se atrevía a intentar resolver aquel serio problema. Tras un rato Tom no se contuvo más. Rompiendo las barreras de la etiqueta, alivió a su agobiada corte rascándose él mismo la nariz.

Terminada la comida, un caballero le presentó un recipiente de oro que contenía agua de rosas para que se limpiara la boca y los dedos. Tom lo miró confuso y luego lo levantó y bebió muy seriamente un sorbo de su contenido, diciendo mientras lo devolvía:

–No, no me gusta, milord. Tiene buen sabor, pero le falta fuerza.

Ante estas rarezas, los sirvientes reaccionaban con compasión, no con burla, pues les entristecía terriblemente ver perturbado a su amado principito.

Más tarde, Tom fue conducido a su gabinete privado y allí lo dejaron solo. Con curiosidad, vio que colgaban de ganchos las diversas piezas de una armadura de acero con incrustaciones de oro. Pertenecía al verdadero príncipe y era un regalo reciente de madame Parr, la reina. El niño se puso todas las piezas que podía colocarse solo y estuvo tentado de pedir ayuda para continuar, pero se acordó de las nueces y pensó en la alegría de poder comérselas sin que nadie lo observara. Así pues, se sacó la armadura y pronto estuvo rompiendo nueces, sintiéndose feliz, por primera vez, de modo casi natural. Cuando las nueces se terminaron, Tom encontró algunos libros en un armario, entre los que había uno sobre la etiqueta de la corte inglesa. Se echó sobre un diván y empezó a instruirse con sincero empeño.

VIII

Hacia las cinco despertó Enrique VIII después de una siesta poco reconfortante y murmuró: "¡Qué sueños tan desagradables! Mi fin ya está cerca: es lo que indican estas señales y lo confirma mi pulso que decae. Sin embargo, no me he de morir hasta que él se vaya primero, el hombre odiado".

Sus acompañantes le anunciaron que el Lord Canciller esperaba afuera.

Apenas entró, el canciller se arrodilló y dijo:

–He dado la orden de acuerdo con el mandato de su Majestad. Los nobles del reino están en la Cámara, donde han confirmado la sentencia de muerte para el duque de Norfolk, el Gran Mariscal Hereditario de Inglaterra, que se encuentra prisionero en la Torre acusado de traición. En la Cámara esperan para saber los nuevos deseos de Su Majestad.

El rostro del rey se iluminó con fiera alegría.

–¡Levántenme! –ordenó–. Iré en persona ante mi Parlamento y con mi propia mano sellaré la orden que me libere de...

Le falló la voz y se puso muy pálido. Los cortesanos lo volvieron a acostar en los almohadones y le dieron unas medicinas. Al poco rato les dijo tristemente:

–¡Ay de mí...! Este dulce momento llega demasiado tarde. Pero, ¡apresúrense! Que otros ejecuten esta misión feliz ya que a mí me resulta imposible; pongo mi gran sello a disposición de la comisión. Elijan ustedes a los lores que la

compondrán. ¡Dése prisa, hombre de Dios! Antes de que el sol salga y se ponga de nuevo, traíganme su cabeza.

–Así se hará según su mandato. ¿Es el deseo de Su Majestad que el sello me sea entregado ahora, de modo que pueda yo proceder?

–¡El sello! ¿Quién sino tú custodia el sello?

–Majestad, me lo quitásteis hace dos días diciendo que no entraría de nuevo en funciones hasta estamparlo en la orden que condena a muerte al duque de Norfolk.

–¡Sí, es verdad...! ¿Qué he hecho de él?... ¡Es tan frecuente en estos días que la memoria me haga traición...!

El rey trató de recordar qué había hecho con el sello. Lord Hertford le informó:

–Señor, diste el gran sello a Su Alteza el Príncipe de Gales para que lo guarde hasta el día en que...

–¡Es cierto! –interrumpió el rey–. ¡Tráelo, el tiempo vuela!

Lord Hertford voló al lado de Tom, pero al poco rato regresó donde el rey con las manos vacías:

–Mi rey y señor, el príncipe no recuerda haber recibido el sello...

Un gemido del soberano interrumpió a milord. Cerrando los ojos, volvió a sus murmullos y por fin quedó en silencio. Tras unos minutos los abrió de nuevo y miró al Lord Canciller. Inmediatamente se le puso la cara roja de ira.

–¡Estás ahí todavía! –gritó–. ¡Si no pones manos a la obra en el asunto de ese traidor, tu corona tendrá feriado mañana por falta de cabeza para adornar!

Temblando, el canciller respondió que sólo esperaba el sello.

–¿Has perdido la cabeza, hombre? –exclamó el rey–. En

mi tesoro está el sello pequeño, ¿no bastará acaso? ¡Márchate! ¡Y no vuelvas hasta que me traigas su cabeza!

El canciller no perdió tiempo. La comisión aprobó la sentencia del Parlamento y señaló el día siguiente para la ejecución del primer noble de Inglaterra, el duque de Norfolk.

IX

A las nueve de la noche, la fachada de palacio que daba al Támesis ardía de luces. El río mismo estaba cubierto de botes y lanchas adornadas y coloridas. En la gran escalinata de piedra que conducía hasta el agua se hallaban formados los lanceros reales y grupos de servidores revoloteaban en medio de los preparativos.

En eso se oyó una orden y toda criatura viviente desapareció de inmediato de los escalones. El silencio era total. La gente que continuaba en los botes hacía esfuerzos para mirar hacia el palacio. Cuarenta o cincuenta lanchas oficiales se acercaron a los escalones. Iban ricamente decoradas con banderines, tapices bordados con los escudos de armas, cascabeles de plata y otros adornos relucientes.

En la enorme portada del palacio real apareció por fin una cuadrilla de lanceros con trajes de ceremonia que llevaban los símbolos del príncipe bordados en oro. A derecha e izquierda se formaron los soldados en dos largas filas y al centro se extendió una alfombra. Las trompetas anunciaron

entonces el comienzo de la procesión. Un funcionario llevaba la insignia cívica, otro la Espada de la Ciudad, luego venían la Guardia Municipal con sus trajes de gala, nobles caballeros, los jueces, el Alto Canciller de Inglaterra, regidores y otras autoridades. Les seguían los cortejos de los embajadores de Francia y España. Un nuevo tronar de trompetas acompañó la salida del gran duque de Somerset, tío del príncipe. Finalmente se escuchó una prolongada descarga seguida de una proclama: "¡Paso al elevado y poderoso, el señor Eduardo, Príncipe de Gales!".

Toda la gente apiñada en el río estalló en una potente bienvenida y Tom Canty, causa y héroe de todo aquello, apareció inclinando ligeramente su cabeza principesca. ¡Oh, Tomasito Canty! nacido en una choza, acostumbrado a los harapos, la mugre y la desgracia... ¡Qué espectáculo fue aquel!

X

Habíamos dejado a John Canty arrastrando al legítimo príncipe a Offal Court, seguido por una ruidosa muchedumbre. Sólo una persona quiso defender al cautivo, pero no fue escuchada. El príncipe continuó luchando por liberarse y recriminó a John Canty hasta que éste, perdiendo la paciencia, levantó un garrote de roble sobre la cabeza del niño. El único defensor del príncipe detuvo el brazo del agresor y el golpe cayó sobre su propia muñeca, mientras Canty rugía:

–Quieres entrometerte ¿eh? Ahí tienes tu recompensa.

La cachiporra se descargó sobre la cabeza del entrometido; se oyó un gemido y éste cayó al suelo. Al minuto siguiente, su cuerpo yacía en la oscuridad, completamente solo.

Un rato después el príncipe se encontró en la morada de John Canty. A la luz de una vela, el niño pudo distinguir las principales características de la guarida, así como las de sus acompañantes. En un rincón se hallaban dos niñitas y una mujer de edad madura, con el aspecto de animales habituados a los malos tratos. De otro rincón apareció una bruja de pelo canoso y ojos malignos. John Canty se dirigió a ella:

–Aquí tenemos algo para entretenernos. ¡Avanza, muchacho! Di tu nombre. ¿Quién eres?

Alzando una mirada furiosa, el principito dijo:

–Te afirmo, como ya te dije antes, que soy Eduardo, Príncipe de Gales y nadie más que él.

La bruja casi perdió el aliento al escucharlo, mientras John Canty estallaba en risotadas. Pero el efecto fue diferente en la madre y en las hermanas de Tom. Con la pena pintada en sus rostros, se adelantaron.

–¡Oh, pobrecito Tom! –exclamaron–. ¡Pobre niño!

La madre, con lágrimas en los ojos, lloriqueó:

–¡Ay, pobre hijo mío!, tus estúpidas lecturas te han quitado la razón.

Mirándola a la cara, el príncipe le dijo con suavidad:

–Tu hijo está bien y no ha perdido la razón, buena mujer. Llévame a palacio y el rey, mi padre, te devolverá inmediatamente a tu hijo.

–¡El rey tu padre! ¡Oh, hijo mío! Libérate de ese sueño

horripilante. ¡Mírame! ¿No soy acaso tu madre, que te quiere bien?

El príncipe sacudió la cabeza:

–Me molesta apenar tu corazón, pero nunca he visto tu rostro antes de ahora.

La mujer se desplomó, abandonándose a sus sollozos y lamentos.

–¡Que siga la función! –gritó Canty–. ¿Qué es eso, Nan? ¿Qué es eso, Bet? ¡De rodillas, ríndanle homenaje al príncipe!

Las muchachas comenzaron a rogar por su hermano.

–Si lo dejaras que se acostase, padre –dijo Nan–, el descanso y el sueño curarían su locura.

–Sí –agregó Bet–. Mañana será de nuevo nuestro Tom y volverá a mendigar. No volverá a casa sin nada.

La observación de Bet recordó al padre sus finanzas. Colérico, se volvió hacia el príncipe:

–Mañana deberemos pagar dos peniques al dueño de esta pocilga o nos echarán a la calle. Muéstrame lo que juntaste.

–No me molestes con tus sórdidos asuntos –repuso el príncipe–. Te repito que soy el hijo del rey.

Un golpe en el hombro, propinado con la ancha palma de la mano de Canty, arrojó al príncipe a los brazos de la madre. Ésta lo estrechó contra su pecho protegiéndolo con su cuerpo de una andanada de puñetazos.

Las muchachas volvieron a su rincón, pero la abuela ayudó con entusiasmo a su hijo. El príncipe logró zafarse del lado de la señora Canty, exclamando:

–No ha de sufrir en mi lugar, señora. Que estos cerdos hagan lo que quieran sólo conmigo.

Los "cerdos" se enfurecieron a tal punto que apalearon duramente al muchacho, dando luego una paliza a las mujeres por haberse mostrado compasivas.

–Y ahora ¡todos a la cama! –ordenó Canty.

Apenas se sintieron los ronquidos del dueño de casa y de su madre, las mujeres cubrieron tiernamente al príncipe y la madre le acarició el pelo susurrándole palabras de consuelo, lo que el muchacho agradeció con principescas palabras. La mujer volvió a su cama ahogada en lágrimas al ver que la locura retornaba a su hijo. Sin embargo, su instinto de madre le hizo pensar en la posibilidad de que ese niño no fuera su hijo. Esta idea se le transformó en una obsesión, convenciéndose de que no habría paz para ella hasta que pudiera desterrar sus dudas mediante una prueba definitiva. Y se puso en seguida a pensar cómo la llevaría a cabo. En su cerebro dieron vueltas una y otra idea, pero ninguna era perfecta. Pensaba renunciar ya al asunto cuando sintió que la respiración del muchacho le indicaba que se había dormido. La respiración rítmica fue interrumpida por un grito suave, propio de un sueño agitado. Esta casualidad le proporcionó la idea que andaba buscando. Silenciosamente encendió entonces la única vela mientras murmuraba para sí: "Desde que le estalló la pólvora en la cara, nunca se ha despertado de un sueño sin llevarse la mano a los ojos, como lo hizo aquel día, con la palma vuelta hacia fuera. Le he visto hacer ese gesto cien veces, sin que nunca lo haya variado en las mismas circunstancias. ¡Sí! Pronto sabré a qué atenerme".

Se había arrastrado hasta el niño dormido, haciendo

pantalla a la vela con la mano. Respirando apenas, hizo que la luz diera de lleno en la cara del niño y golpeó con los nudillos el suelo junto a su oído. Los ojos del durmiente se abrieron sobresaltados, pero sus manos no hicieron movimiento alguno.

La pobre mujer se quedó sorprendida y apenada, y apaciguó al niño hasta que se durmió de nuevo; entonces se arrastró a su rincón y se puso a conversar consigo misma sobre su reciente experiencia. No quería aceptar lo que le indicaba la prueba, de modo que volvió a despertarlo una segunda y una tercera vez, con iguales resultados. Sólo entonces se fue a dormir.

El príncipe durmió profundamente unas cinco horas seguidas. Luego, entre dormido y despierto, pidió que algún sirviente fuera a atenderlo.

–¿Qué tienes? –susurró una voz femenina–. ¿A quién llamas?

–A Sir William Herbert. ¿Quién eres tú?

–Yo. ¿Pues quién voy a ser sino tu hermana Nan? ¡Todavía estás demente, pobre chiquillo! Por favor, detén tu lengua si no quieres que nos peguen hasta matarnos.

Sobresaltado, el príncipe se incorporó parcialmente, pero se hundió de nuevo en el inmundo camastro con su cuerpo adolorido. Se dio cuenta de que ya no era un príncipe mimado en su palacio sino un mendigo prisionero en una guarida de animales.

De pronto se oyeron varios golpecillos en la puerta. Dejando de roncar, John Canty preguntó:

–¿Quién llama? ¿Qué quieres?

–¿Sabes a quién golpeaste con tu garrote ayer? –respondió una voz.

–No, ni me importa.

–Es probable que cambies de opinión cuando sepas que se trata del padre Andrés; está entregando su espíritu. Más te vale huir.

–¡Misericordia tenga Dios! –exclamó John Canty–. Y despertando a su familia, ordenó–:¡Levántense y huyan... o quédense y mueran!

Cinco minutos más tarde la familia Canty estaba en la calle y huía desesperada. John tomó de la mano al príncipe y, apurándolo en medio de la oscuridad, le hizo esta advertencia:

–¡Muerde tu lengua, loco! Y no des nuestro apellido. Pronto escogeré un apellido nuevo para despistar.

Al resto de la familia le gruñó que debían encontrarse en el puente de Londres si se separaban durante la huida. El grupo se encontró de pronto en medio de una multitud que cantaba, bailaba y gritaba. Una hilera de fogatas se extendía por el Támesis y el río entero resplandecía con las luces de color. Los fuegos artificiales llenaban el cielo, convirtiendo casi la noche en día. Todo Londres parecía estar celebrando aquella noche.

John Canty había ordenado la retirada demasiado tarde. En un instante la multitud se los tragó, separándolos. Pero Canty continuó con el niño tomado de la mano. El príncipe tenía la esperanza de poder escapar en medio del gentío, cuando un barquero algo borracho fue empujado groseramente por Canty. El barquero puso entonces su pesada mano sobre el hombro del rufián:

–¿Dónde vas tan apurado? –preguntó–. ¿Acaso andas en negocios sucios mientras todo hombre leal está de fiesta?

–Qué te importan mis asuntos –respondió Canty, ásperamente–, ¡déjame pasar!

–No pasarás hasta que hayas bebido a la salud del Príncipe de Gales –dijo el barquero, cerrándole el paso.

–Dame entonces la copa y apúrate...

Para entonces había otros enfiestados que gritaban: "¡Que el bribón malhumorado beba la copa del amor o lo arrojaremos a alimentar a los peces!" Y trajeron una enorme copa de la amistad. Tomándola por una de las asas, el barquero simuló llevar con la otra una servilleta y, según la tradición, se la presentó a Canty. Éste debía tomar con una mano el asa opuesta y con la otra levantar la tapa. Esto dejó al príncipe la mano libre por un minuto. No perdió el tiempo y se zambulló entre aquella selva de piernas, desapareciendo de inmediato.

Ahora debía ocuparse de sus propios asuntos. Había comprendido que el falso Príncipe de Gales era agasajado en su lugar y pensó en que tal vez Tom Canty estaba aprovechando deliberadamente la oportunidad para convertirse en usurpador. Decidió entonces ir a la municipalidad, descubrir su identidad y denunciar al impostor. También resolvió que después de un período de preparación espiritual, Tom debería ser colgado, destripado y descuartizado por alta traición.

XI

La lancha real navegó río abajo por el Támesis entre botes iluminados, fuegos artificiales, fogatas y un aire cargado de música. Desde las riberas del río, un rugido de vivas y el estruendo de la artillería saludaba a las embarcaciones. Tom Canty miraba y oía maravillado el espectáculo. Pero para la princesa Isabel y Lady Jane Grey no significaba nada especial.

Finalmente, la lancha real se detuvo en un muelle ubicado en el centro del antiguo Londres. Tom desembarcó y caminó junto a su comitiva hacia la municipalidad. Allí fueron recibidos por el intendente y los Padres de la Ciudad, quienes los condujeron con gran ceremonial a un lujoso salón. Los caballeros y las damas que acompañaban a Tom y a sus dos damitas tomaron asiento detrás de sus sillones. Otros grandes de la corte se sentaron junto con los ricos de la ciudad; los comunes se ubicaron en mesas instaladas en el piso principal del salón. Los gigantes Gog y Magog, antiguas estatuas de los guardianes de la ciudad, contemplaban el espectáculo familiarizados con tales cosas desde muchas generaciones ya olvidadas. Un toque repentino de trompeta anunció el comienzo del banquete. Entonces apareció un gordo mayordomo, seguido de sus servidores, que llevaban con imponente solemnidad carnes calientes, listas para el cuchillo.

Tom se levantó, y todos lo hicieron con él, y bebió de una gran copa de la amistad, con la princesa Isabel; de ella, pasó a lady Jane, recorriendo luego toda la concurrencia.

A medianoche la fiesta estaba en lo mejor. Comenzó un vistoso baile de disfraces, uno de los entretenimientos típicos de la época, en el que participaron barones, condes y otros nobles, vestidos lujosa y llamativamente. Damas y caballeros se divertían a sus anchas.

Y mientras Tom contemplaba esta danza sentado en su trono, el harapiento pero auténtico Príncipe de Gales andaba proclamando sus derechos, denunciando al impostor y gritando para ser recibido en la municipalidad. La multitud gozaba al oírlo y una vez más lo insultaron y se burlaron de él, aguijoneándolo para enfurecerlo aún más. Los ojos del niño se llenaron de lágrimas de rabia, pero se mantuvo firme y desafiante, insistiendo en que era el verdadero Príncipe de Gales.

–Seas o no príncipe, me da igual. De todos modos eres un muchacho valiente y aquí estoy yo, Miles Hendon, para ser tu amigo.

Quien hablaba era un hombre alto, bien formado y musculoso. Sus ropas eran de buen material aunque gastadas. Llevaba un largo estoque con vaina de hierro enmohecido y su aspecto general era el de un revoltoso. Hubo otra explosión de burlas y de risas. Y alguien gritó:

–¡Se trata de otro príncipe de incógnito!

A lo que siguieron otros gritos:

–¡Cuidado, que puede ser peligroso...! ¡Fíjense en su mirada! ¡Quítenle al muchacho!

Una mano se posó inmediatamente sobre el príncipe y con igual rapidez el desconocido sacó su espada y golpeó al entrometido, que cayó al suelo.

–¡Maten al perro...! –gritó la turba y encerró al guerrero, que retrocedió hasta un muro y comenzó a dar mandobles con su arma a diestra y siniestra. Sus víctimas caían a uno y otro lado, hasta que la multitud enfurecida se arrojó contra él. Sus minutos de vida parecían contados cuando sonó una trompeta y gritó una voz:

–¡Paso al mensajero del rey! –y una cuadrilla de jinetes apareció embistiendo a la turba, que se retiró con rapidez. El audaz desconocido recogió al príncipe y pronto estuvo lejos del peligro.

Volvamos ahora a la municipalidad, en los momentos en que el toque de una trompeta interrumpió la fiesta. En medio del instantáneo silencio que se produjo, el mensajero del rey leyó una proclama que terminó con las siguientes palabras, pronunciadas solemnemente:

–¡El rey ha muerto!

Los comensales de la gran fiesta inclinaron la cabeza sobre el pecho en profundo silencio durante unos minutos; luego cayeron en masa de rodillas, extendieron las manos hacia Tom y estallaron en una aclamación potente, que pareció sacudir el edificio:

–¡Viva el rey!

Tom miraba todo aquello tremendamente sorprendido. De pronto algo lo llevó a preguntar en voz baja al conde Hertford:

–Si yo diera aquí una orden, ¿sería obedecida y nadie se alzaría para negarse?

–Nadie, mi señor. En tu persona reside la majestad de Inglaterra: eres el soberano. Tu palabra es ley.

Con voz fuerte y grave, Tom respondió:

–¡Entonces, la ley del soberano será una ley de misericordia desde este día y nunca más una ley de sangre! ¡A la Torre! ¡Proclama que el rey decreta que el duque de Norfolk no ha de morir!

Las palabras fueron divulgadas en todas direcciones y, al retirarse Hertford de la presencia del rey, estalló otro grito gigantesco:

–¡Ha terminado el reinado de la sangre! ¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

XII

Apenas Miles Hendon, que así se llamaba el desconocido, y el principito se vieron libres, se encaminaron en dirección al río. La vía estuvo expedita hasta que se aproximaron al puente de Londres; allí debieron nuevamente abrirse paso entre la multitud. La noticia había llegado ya lejos y el muchacho se enteró de ella por miles de voces que repetían al unísono: "¡El rey ha muerto!" Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Sintió un amargo dolor pues el tirano que causaba tanto terror en los demás había sido siempre bueno con él. Se sintió el más desamparado y abandonado de todas las criaturas de Dios. En eso, otro grito sacudió la noche: "¡Viva Eduardo VI!" "¡Ah!, pensó, ¡qué grandioso y extraño parece! ¡Soy rey!"

Sortearon el gentío del famoso puente de Londres, uno

de los sectores más tradicionales de la ciudad, y llegaron a la Posada del Puente donde alojaba Hendon. Al acercarse a la puerta, una voz áspera dijo:

–¡Por fin llegas! Te aseguro que no te volverás a escapar –y John Canty estiró una mano para apoderarse del niño.

Pero Miles Hendon se interpuso:

–¡No tan rápido, amigo! ¿Acaso es tuyo este niño?

–Es mi hijo.

–¡Mentira! –gritó rabioso el pequeño rey.

–Hijo mío, hablas con valentía y te creo –dijo Hendon–. Esté mal o no tu cabecita, este despreciable rufián no podrá apoderarse de ti para pegarte o insultarte, si es que prefieres quedarte conmigo.

–¡Sí, sí, lo prefiero! ¡A él no lo conozco y prefiero morir antes que irme con él!

–En ese caso, no hay nada más que decir.

–¡Eso lo veremos! –exclamó John Canty, tratando de retener al niño por la fuerza.

–¡Si llegas a tocarlo, te atravieso como si fueras un ganso! –declaró Hendon apoyando la mano en el puño de la espada y haciendo retroceder a Canty–. He tomado a este niño bajo mi protección en el momento en que una turba pretendía matarlo. ¿Crees que voy a abandonarlo a un destino peor? Para un niño como él sería preferible una muerte rápida antes que vivir con un sujeto como tú. Así pues, aléjate, que no me gusta el parloteo y no soy demasiado paciente...

John Canty se alejó murmurando amenazas y maldiciones. Hendon subió tres pisos con el niño hasta llegar a su cuarto, después de encargar que les llevaran la comida. Era

una habitación pobre, apenas iluminada por un par de velas enfermizas. El pequeño rey se echó en la cama, hambriento y fatigado. Adormilado, murmuró:

–Por favor, llámame cuando la mesa esté servida –y cayó en un sueño profundo.

Una sonrisa chispeó en los ojos de Hendon.

–¡Por Cristo! –se dijo–. El mendiguito se instala y usurpa mi cama sin siquiera pedir permiso. ¡Pobre ratita sin amigos! No cabe duda de que su trastorno se debe a los malos tratos. ¡Seré su amigo! Lo he salvado y ya le tengo cariño. ¡Y qué cara dulce, noble y bonita tiene ahora que duerme! Seré su hermano mayor y he de cuidarlo.

Inclinándose sobre el cuerpo del niño, le dio unos suaves golpecitos en la mejilla y le alisó los rizos enredados. Luego se sacó su capa y cubrió con ella al pequeño para que no pasara frío.

Mientras caminaba por la habitación para entrar en calor, Hendon hablaba a solas: "Cree ser el Príncipe de Gales. Sería curioso tener con nosotros a un príncipe que ahora es rey... Si mi padre aún vive, después de estos siete años de cárcel en el extranjero en que no he sabido nada de mi país, daría buena acogida al pobre niño, lo mismo que mi hermano mayor, Arturo. En cuanto a mi otro hermano, Hugo... Yo he de romperle la cabeza a ese animal de mala índole y astuto como un zorro, si se interpone... ¡Sí, allí nos dirigiremos... e inmediatamente!"

En eso entró un sirviente con la comida humeante. Al marcharse, la puerta se golpeó y el ruido despertó al niño. Éste se sentó en la cama alegremente, pero en seguida cambió de expresión por otra de pesar:

–¡Ay de mí –masculló–, no era más que un sueño!

Al ver que lo cubría la capa de Hendon, se la devolvió agradeciéndole su preocupación y bondad. Después fue hasta el lavatorio y se quedó esperando.

–Ahora comeremos y beberemos –dijo Hendon–, pues todo está sabroso y bien caliente. Volverás a ser el de siempre, nada temas.

El niño no contestó y le echó una mirada con algo de impaciencia. Intrigado, Hendon preguntó:

–¿Qué te falta?

–Quisiera lavarme.

–¡Ah...! No pidas permiso, tienes absoluta libertad.

Pero como el niño no se movió y, en cambio, golpeó el suelo con su piececito, Hendon volvió a preguntar qué le sucedía.

–¡Haz el favor de echar el agua y no hagas tantas preguntas!

Diciendo para sí "esto es increíble", Hendon cumplió el pedido del pequeño permaneciendo de pie a su lado, hasta que la orden: "¡Vamos... la toalla!", lo reanimó bruscamente. Tomó la toalla que estaba ante las narices del niño y se la pasó.

Cuando Hendon ya iba a comenzar a comer, el niño le dijo indignado:

–¡Detente! ¿Pretendes sentarte en presencia del rey?

Hendon tambaleó mientras murmuraba para sí: "¡Dios! ¡Qué loco está el pobrecito! ¡Ha cambiado junto con el cambio que se ha operado en el reino y ahora se imagina rey! Es mejor que le siga la corriente si quiero hacer algo por su bien."

Apartó entonces la silla de la mesa y procedió a atender al rey del modo más cortesano que pudo.

Cuando terminó de comer, Eduardo VI habló:

–Quiero conocerte... Cuéntame tu historia. ¿Eres de noble nacimiento?

–Mi padre es barón, Su Majestad –dijo Hendon, siguiéndole la corriente, pero contándole la verdad–; es sir Richard Hendon, de Hendon Hall. Y no hay mucho que contar... Mi padre es muy rico y generoso. Mi madre murió cuando yo era un niño. Tengo dos hermanos: Arturo, el mayor, que se parece a mi padre, y Hugo, menor que yo, que es mezquino, traidor y perverso. No hay nadie más en la familia, salvo lady Edith, mi prima, hermosa y buena, hija de un conde de gran fortuna. Yo la amaba y ella a mí, pero estaba prometida a Arturo desde su nacimiento y mi padre no permitió romper el compromiso, aunque Arturo quería a otra doncella. Hugo ambicionaba la fortuna de Edith, aunque afirmaba estar enamorado de ella, y logró engañar a mi padre. Hugo tenía un don sorprendente para la mentira. Yo era agresivo, de una fiereza inocente que no dañaba a nadie. Sin embargo, mi hermano Hugo sacó ventaja de mi carácter, exageró mis defectos hasta hacerlos aparecer como crímenes y convenció a mi padre de que yo pretendía raptar a lady Edith, utilizando testigos falsos y una escala que él mismo puso en mi habitación. En castigo, mi padre me exilió por tres años de Inglaterra, tiempo que pasé en las guerras europeas. Fui capturado en mi última batalla y pasé siete años en prisión. Luego logré huir y regresé a Inglaterra. Acabo de llegar, pobre de mí, y nada sé de lo que ha sucedido en Hendon Hall. Esta es mi pequeña historia, Su Majestad.

–Han abusado vergonzosamente de ti –sentenció el pequeño rey–, pero yo te haré justicia... –y animado por el relato de Miles, se le aflojó la lengua y contó su propia historia, ante el sorprendido Hendon que admiró la imaginación e inteligencia del rey. "¡Pobre cabecita perdida –pensó el caballero–. Nunca lo abandonaré y sanará de su locura. Y yo estaré orgulloso de ello". Pensaba en eso, cuando el rey le habló con voz solemne:

–Tú me has salvado y, por lo tanto, me has salvado la corona. Expresa un deseo y si está dentro de mi real poder, será concedido.

Tan fantástica idea sobresaltó a Hendon. Estuvo a punto de no aceptar el ofrecimiento, pero cambió de parecer. Cayendo sobre una rodilla, dijo:

–Mi pobre servicio fue la simple obligación de un súbdito y no tiene, por tanto, mérito alguno. Pero ya que a Su Majestad le place considerarlo digno de recompensa, me atrevo a hacer mi petición: hace casi cuatrocientos años, cuando había problemas entre el rey de Inglaterra y el rey de Francia, se decretó que dos campeones se enfrentaran para resolver la disputa mediante lo que se llama el Juicio de Dios. En presencia de ambos reyes apareció el campeón de Francia: era tan temible que los caballeros ingleses se negaron a combatir. Pero en la Torre, lord De Courcy, el brazo más poderoso de Inglaterra que estaba prisionero, aceptó representar a Inglaterra. Apenas vio al famoso y enorme adversario, el campeón de Francia huyó, ganando la causa el rey inglés. Su Majestad de Inglaterra devolvió a De Courcy sus títulos y propiedades y le pidió que expresara

un deseo. De Courcy contestó: "Esto pido, señor: que yo y mis descendientes tengamos el privilegio de no sacarnos el sombrero en presencia de los reyes de Inglaterra, mientras exista el trono". La gracia le fue concedida. Recordando ese hecho, imploro al rey que me conceda la gracia de que yo y mis descendientes podamos sentarnos en presencia de Su Majestad de Inglaterra, para siempre.

–¡Levántate y siéntate, caballero sir Miles Hendon! –dijo el rey gravemente–. La petición está concedida.

Hendon se sentó, comentando para sí: "Fue una excelente idea, si no hubiera tenido que seguir de pie durante semanas, hasta que mi pobre muchachito se cure de su locura".

XIII

Poco después el sueño se apoderó de ambos.

–Quítame estos harapos –pidió el rey.

Hendon desvistió al muchacho, lo acostó y luego se puso a pensar dónde dormir. Pero el pequeño rey resolvió el problema:

–Tú dormirás apoyado en la puerta y montarás guardia –y al momento se durmió.

–¡Este niño debería haber nacido rey! –murmuró Hendon, admirado–. ¡Hace el papel a las mil maravillas!

Y se tendió en el suelo, bajo el dintel de la puerta. Sólo al amanecer se quedó dormido y hacia mediodía despertó. Destapando al niño por partes, le tomó las medidas con un

cordel. En ese momento despertó el rey y se quejó de frío.

–Tengo algo que hacer afuera –le dijo Hendon–. Vuelve a dormirte. ¡A ver, déjame taparte! Pronto entrarás en calor.

Cuarenta minutos después Miles volvió con ropa de niño de segunda mano, bastante usada pero limpia. Mientras revisaba las prendas y les hacía algunos arreglos, canturreaba y pensaba en lo que faltaba por comprar antes de emprender el viaje a Hendon Hall. Una vez terminada su labor, se dispuso a pedir el desayuno y a despertar al pequeño rey.

–Señor, levántate... ¿Qué?

Levantó las frazadas: ¡el muchacho había desaparecido! Hendon se quedó mudo y vio que faltaban los harapos del niño. Entonces se enfureció y llamó a gritos al posadero. En ese momento entró un sirviente con el desayuno:

–¡Explícate, pata de Satanás! ¿Dónde está el niño?

Temblando, el hombre lo informó:

–Apenas se marchó su merced vino un joven y dijo que usted lo esperaba en el Puente, del lado de Southwark. Cuando el mozo repitió al niño su mensaje, él reclamó un poco pero en seguida se puso sus harapos y partió.

–¡Estúpido! Te han engañado. Tal vez quieren hacerle daño al niño... Iré a buscarlo. ¡Espera! La ropa de la cama estaba arreglada como si alguien estuviera acostado... ¿Qué me dices de eso?

–No lo sé, su merced. Yo vi que el muchacho que vino por el niño la arreglaba...

–¡Mil rayos! Me engañaron... ¡Escucha! ¿Ese joven vino solo?

Después de pensar un momento, el sirviente contestó:

–Cuando vino, no había nadie con él; pero cuando llegaron al Puente, un hombre se les unió y luego se perdieron en medio de la multitud...

–Quítate de mi vista, ¡idiota! ¡Espera! ¿Se marcharon hacia Southwark?

–Sí, su merced...

–¡Desaparece de mi vista! –Hendon bajó las escaleras de a dos escalones, murmurando: "Es el villano que alegaba que el niño era suyo... ¡Te he perdido, mi pobre amito loco...! ¡Te había llegado a querer tanto! No... perdido no, porque he de registrar el país hasta que te vuelva a encontrar... ¡Velocidad! ¡Rapidez!", se repetía a sí mismo mientras se abría paso entre la muchedumbre que hormigueaba en el Puente.

XIV

Aquella misma mañana Tom Canty despertó de un pesado sueño. Se quedó en silencio, tratando de aclarar sus confusos pensamientos. De pronto estalló:

–¡Lo veo todo! Ahora sí que estoy despierto. ¡Por fin! ¡Nan y Bet...! Vengan rápido y les contaré el más increíble de los sueños...

Una figura apareció a su lado y una voz dijo:

–Dígnate, señor, dar tus órdenes.

–Órdenes... ¡Ay de mí! ¡Habla tú...! ¿Quién soy?

–¿Tú? Ayer por la noche eras el Príncipe de Gales; hoy eres mi más graciosa Majestad, Eduardo, rey de Inglaterra.

Tom hundió la cabeza en los almohadones:

–¡Ay de mí, no era un sueño! –murmuró–. Vete a descansar, dulce señor...

Volvió a dormirse, pero esta vez el sueño era agradable porque vivía nuevamente en Offal Court y un enano le entregaba un tesoro que permitía terminar con las penurias de su familia. Su madre, feliz, lo estrechaba contra su pecho, mientras exclamaba:

–Se está haciendo tarde... ¿Desea levantarse Su Majestad?

¡Ay! No era lo que Tom quería escuchar. El sueño había terminado. Estaba despierto. Abrió los ojos y vio al noble servidor que estaba arrodillado junto a su cama. El pobre niño reconoció que aún era un cautivo. ¡Y rey! La habitación estaba llena de cortesanos y nobles que vestían de luto.

Se inició entonces la pesada y ceremoniosa tarea de vestirse, mientras la cual los cortesanos ofrecían condolencias al pequeño rey por la pérdida de su padre. Cada prenda pasaba por un proceso lento y solemne: iba de mano en mano, a través de trece servidores, antes de ser puesta en el cuerpo de Tom. Todo aquello le hizo recordar al muchacho cuando en su barrio formaban una hilera para pasar los baldes de agua mientras apagaban un incendio. Cansado de la ceremonia, Tom sintió un profundo agradecimiento cuando la última prenda iniciaba su viaje hacia él. Pero cuando las calzas iban a ser colocadas en las piernas del niño, la vergüenza turbó al noble que las sostenía en sus manos y las devolvió al arzobispo. Este palideció y devolvió también la prenda y así, sucesivamente, hasta que finalmente llegó a manos del encargado de Servicio, quien exclamó:

–¡A la horca el Encargado Principal de las Calzas del Rey! –mientras traían nuevas calzas con cordones en buen estado.

Luego vinieron el lavado y los servicios del peluquero, todo también muy ceremonioso. A estas alturas Tom estaba convertido en una figura graciosa y tan bonito como una niña. Se trasladó luego al comedor del desayuno y todos cayeron de rodillas a su paso.

Después del desayuno lo condujeron hasta la sala del trono, donde procedió a despachar los asuntos de estado. Lord Hertford se ubicó junto al trono para ayudarle.

El arzobispo de Canterbury informó acerca del decreto relativo a los funerales de Enrique VIII. A Tom le intrigó una cláusula del documento. Por lo bajo le preguntó a Hertford:

–¿Qué día se estableció para el entierro?

–El dieciséis del mes que viene, mi señor.

–¡Qué locura! ¿Se conservará tanto tiempo?

Tom estaba acostumbrado a que en Offal Court se deshacían de los muertos a empujones, rápidamente. Pero lord Hertford, supo tranquilizarlo con unas pocas palabras.

Uno de los ministros pidió la aprobación para la recepción de los embajadores. Otro funcionario se refirió a los gastos del personal del fallecido rey y a las deudas de la corona, sumas que dejaron boquiabierto al muchacho. Preocupado por la falta de recursos, Tom expresó:

–Está claro que vamos a la ruina. Es necesario que habitemos una casa más pequeña y despidamos a los sirvientes... Me acuerdo de una casita que hay cerca de una pescadería, junto a Billingsgate... –Tom se sonrojó al sentir una fuerte

presión en su brazo. Pero nadie pareció preocuparse por sus palabras.

Un secretario informó después de las disposiciones de Enrique VIII para conceder honores y rentas a destacados nobles. La inquietud de Tom aumentó y estuvo a punto de opinar lo que pensaba al respecto: que sería mejor pagar las deudas del extinto rey antes de regalar sus dineros. Pero el prudente Hertford lo contuvo. Otra idea, entonces, se le cruzó por la mente: ¿Por qué no hacer a su madre duquesa de Offal Court y asignarle una renta? Pero al instante descartó la idea: él no era rey y para los nobles su madre era sólo una criatura imaginada por su mente enferma.

Mientras continuaba la sesión de los aburridísimos asuntos públicos, el niño se preguntaba por qué Dios lo había sacado del aire libre y del sol para encerrarlo, hacerlo rey y causarle tanto sufrimiento. Con la cabeza abombada, se quedó dormido. Los sabios del reino debieron suspender sus deliberaciones.

Más tarde, Tom pasó una agradable hora con la princesa Isabel y lady Jane. Gozó luego de unos momentos de soledad y después, un chicuelo flacucho, de unos doce años, fue recibido ante su presencia. El chico avanzó con la cabeza inclinada y cayó con una rodilla en tierra ante Tom.

–Levántate, muchacho. ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

–Soy Humphrey Marlon, tu chico de los azotes, milord –replicó el muchacho.

Tom se dio cuenta de que la situación era delicada. De pronto tuvo una idea: ahora que Hertford y Saint John no podrían acompañarlo siempre, necesitaría de un plan propio

para hacer frente a las emergencias. Así pues, comenzó a golpearse la frente, como si estuviera confundido y dijo:

–Parece que te recuerdo: lo que pasa es que tengo la cabeza mala.

–¡Pobrecito, mi amo! –exclamó con mucho pesar el chico de los azotes.

–La memoria me juega malas pasadas en estos días –dijo entonces Tom–. Pero me estoy mejorando rápido; una pequeña clave me sirve para recordar cosas y nombres. Dime qué te trae aquí.

–Nada importante, mi señor. Hace dos días, cuando su Majestad cometió tres errores en su lección de griego... ¿se acuerda?

–Sí... Me parece que sí. Continúa:

–El maestro, furioso, prometió que me azotaría muy fuerte por ello... y...

–¡Pegarte a ti! –exclamó Tom, escandalizado–. ¿Por qué tiene que pegarte a ti por errores míos?

–¡Ah!, recuerde que siempre me azota a mí cuando Su Majestad se equivoca en las lecciones.

–Es verdad, lo había olvidado. Tú me enseñas a mí en privado..., luego, si yo me equivoco, él considera que tu trabajo fue defectuoso y...

–¡Oh, señor! Yo, el más humilde de tus servidores, ¿cómo podría enseñarte a ti?

–Entonces, ¿en qué consiste tu culpa? ¡Explícate...! ¡Habla!

–Pero, Majestad... Nadie puede castigar a la persona sagrada del Príncipe de Gales. Por lo tanto, cuando él se

equivoca soy yo quien recibe los golpes, pues ése es el oficio con que me gano la vida.

Tom comentó para sí: "¡Este sí que es el más extraño de los oficios!"

–¿Así es que te han pegado, pobre amigo mío, por aquellos errores míos?

–No, Majestad, el castigo fue postergado para hoy y quizás pueda ser anulado por el duelo. Por eso me he atrevido a recordar a Su Majestad su promesa de interceder por mí...

–¿Para salvarte de la azotaina?

–¡Ah! Veo que se acuerda!

–¡Quédate tranquilo! Me ocuparé de que a tu espalda no le pase nada.

–¡Oh, gracias, mi buen señor! –exclamó el niño y cayó de nuevo con una rodilla en tierra–. Sin embargo...

Tom lo animó a que continuase.

–Desde que eres rey puedes dar las órdenes que desees y nadie puede decir que no. Por lo tanto es razonable que pienses en no seguir con tus aburridos estudios sino que en ocuparte de otras cosas menos fastidiosas. ¡En tal caso estoy arruinado y conmigo mis pobres hermanas huérfanas!

–¿Arruinado? ¿Por qué?

–¡Mi espalda es mi pan, mi más gracioso señor! Si dejas de estudiar, no necesitas ya del chico de los azotes. ¡No me despidas!

A Tom lo conmovió la angustia del chico y con real generosidad, sentenció:

–No te aflijas, muchacho. Tu cargo será permanente para ti y tus descendientes. ¡Levántate, Humphrey Marlow,

Gran-Chico-de-los-Azotes-Hereditario de la Real Casa de Inglaterra! ¡Volveré a mis libros y he de estudiar tan mal que deberán triplicar tu sueldo!

Humphrey respondió agradecido:

–¡Gracias, Su Majestad! Ahora seré feliz por el resto de mis días y también lo será la casa de Marlow.

Tom se dio cuenta de que aquel muchacho le podía ser muy útil; le animó a hablar y el chico relató detalles de la vida de palacio que permitieron a Tom "recordar" diversas circunstancias. Al cabo de una hora, Tom reunió valiosa información relativa a la corte. Resolvió que Humphrey podría ser recibido en el gabinete real siempre que Su Majestad no estuviera ocupado con otras personas.

Pronto apareció Hertford diciendo que el consejo de lores estimaba conveniente que Su Majestad comenzara a comer en público, pues su aspecto sano y vigoroso tranquilizaría el ánimo de la gente, si es que se hubiesen filtrado rumores negativos sobre su salud. A continuación, el conde lo instruyó respecto a esas ceremonias. Tom necesitó poca ayuda para "recordar", pues por Humphrey estaba al día sobre esas comidas y otras cosas de la corte. Sin embargo, guardó silencio acerca de sus nuevos conocimientos. Viendo tan mejorada la memoria real, el conde lo sometió a unas cuantas pruebas. Los resultados fueron positivos y milord quedó satisfecho y animado, diciendo con voz esperanzada:

–Estoy convencido de que si Su Majestad se esforzara más en recordar, sabría dónde está el gran sello. ¿Se servirá Su Majestad hacer la prueba?

Tom quedó confundido.

–¿Cómo era el gran sello, milord? –preguntó.

El conde se sobresaltó por su imprudencia al haberlo presionado a recordar. "¡De nuevo pierde la razón...", se dijo. Y hábilmente cambió de tema de conversación.

XV

Al siguiente día llegaron los embajadores y Tom los recibió esplendorosamente. Pero lo que comenzó siendo un placer se convirtió pronto en aburrimiento pues la audiencia fue larga y pesada. El niño trató de desempeñarse de modo satisfactorio, pero era demasiado novato y estaba demasiado a disgusto como para lograr éxito.

La mayor parte del día estuvo dedicada a labores reales. Aun las dos horas dedicadas a pasatiempos principescos fueron una carga, tantas eran las restricciones y ceremoniosas costumbres. Disfrutó, sin embargo, de una hora con su "chico-de-los-azotes", obteniendo entretenimiento e información.

Al tercer día de realeza, Tom se sentía menos incómodo con la presencia y el homenaje de los grandes y con el ambiente general. Por esa razón podría haber esperado sin mayor zozobra el cuarto día, que correspondía al de la comida en público. Pero para el niño era un suplicio pensar en comer completamente solo, con una multitud de ojos curiosos fijos en él y de bocas que comentarían cada uno de sus movimientos. Ese día también era el señalado para

elegir formalmente a Hertford como Lord Protector, y para varias otras cosas importantes.

El cuarto día llegó finalmente. Tom estuvo distraído y disgustado durante toda la jornada con la sensación pesada del cautiverio. Ya entrada la mañana, observó desde una ventana el movimiento y la gran vía pública y anheló con todo su corazón participar de aquella libertad. El niño vio que una turba vociferante de hombres, mujeres y chicos de la más miserable calaña se acercaban a palacio por la carretera.

–¡Cómo me gustaría saber de qué se trata! –exclamó Tom con curiosidad.

–¡Eres el rey! –le respondió el conde–. ¿Tengo permiso de Su Majestad para actuar?

–¡Oh, ya lo creo, sí...! –exclamó Tom excitado, agregando para sí:"Ser rey no es todo aburrimiento..."

El conde llamó a un paje y le envió la siguiente orden al capitán de la guardia: "Que la multitud sea detenida y que se la interrogue sobre el motivo de su conducta. ¡Por orden del rey!"

Segundos más tarde, una larga fila de guardias reales repletó la calzada de lado a lado, enfrentando a la multitud. El mensajero regresó luego para informar que la turba perseguía a un hombre, a una mujer y a una muchacha que serían ejecutados por crímenes contra la paz y la dignidad del reino.

La muerte esperaba a aquellos desgraciados. La compasión dominó el corazón de Tom. Sin considerar las leyes quebrantadas por los criminales, pensó sólo en el cadalso

El prisionero estalló en apasionados agradecimientos. Tom, volviéndose a lord Hertford, le dijo:

–Milord, ¿puede creerse que haya una orden para ejecutar una sentencia tan feroz?

–Majestad, es la ley para los envenenadores...

–Ruego a su señoría que se dé la orden de cambiar esa ley... ¡Que ninguna criatura del Señor sea atormentada con semejante tortura!

El conde quedó complacido, pues era hombre de impulsos generosos, cosa poco común en su clase y en aquella época de fiereza. Y dijo:

–Estas nobles palabras de Su Majestad han de ser recordadas por la historia para gloria de su real casa.

A punto de retirarse con su prisionero, el guardia fue detenido por una señal de Tom:

–Buen señor –le dijo–. El hombre ha dicho que su acto no fue bien probado. Dime cuanto sepas.

–Majestad, según el proceso este hombre entró a una casa de Islington donde un hombre yacía enfermo. Éste se encontraba solo y dormía. Al poco rato, este hombre salió de la casa y se marchó. A la hora, el enfermo moría desgarrado entre espasmos y arcadas.

–¿Alguien lo vio dar el veneno? ¿Se encontró el tal veneno?

–No, milord.

–Entonces, ¿cómo se sabe que fue administrado?

–Los médicos declaran que nadie muere con esos síntomas, salvo por envenenamiento.

Tom reconoció la importancia del testimonio y dijo:

–Es probable que los médicos tengan razón...

Lástima que después haya estado cometiendo fechorías... No me he olvidado del día ni la hora de aquello".

Tom ordenó entonces que la mujer y la niña fueran retiradas de su presencia por un rato, y le preguntó al subadministrador del condado:

–¿Cuál es la falta de este hombre, buen señor?

Arrodillándose, el funcionario respondió:

–Ha envenenado a una persona, matándola, Su Majestad.

–¿Hay pruebas de su crimen? –preguntó.

–Sí, muy claras, señor.

Tom suspiró y dijo:

–Llévenselo, merece la muerte. ¡Qué lástima, parecía tener un corazón valiente!

El prisionero, con repentina energía, cruzó las manos y suplicó al rey con frases entrecortadas y llenas de terror:

–¡Oh, mi señor y mi rey! ¡Ten piedad de mí! Soy inocente... El fallo ha sido en contra de mí y no puede ser alterado, pero en mi desesperación imploro una gracia: ¡Da la orden de que sea ahorcado!

Tom estaba atónito

–¡Por vida de Cristo...! –exclamó–. ¡He ahí una gracia extraordinaria! ¿No es ése acaso el destino que te esperaba?

–¡Oh, no, Majestad! ¡La orden es que me quemen vivo!

La sorpresa casi hizo saltar a Tom de su sillón. Cuando pudo recobrarse, gritó:

–¡Que se conceda tu deseo, pobre infeliz! No deberías sufrir una muerte tan espantosa aunque hubieras envenenado a cien personas.

El prisionero estalló en apasionados agradecimientos. Tom, volviéndose a lord Hertford, le dijo:

–Milord, ¿puede creerse que haya una orden para ejecutar una sentencia tan feroz?

–Majestad, es la ley para los envenenadores...

–Ruego a su señoría que se dé la orden de cambiar esa ley... ¡Que ninguna criatura del Señor sea atormentada con semejante tortura!

El conde quedó complacido, pues era hombre de impulsos generosos, cosa poco común en su clase y en aquella época de fiereza. Y dijo:

–Estas nobles palabras de Su Majestad han de ser recordadas por la historia para gloria de su real casa.

A punto de retirarse con su prisionero, el guardia fue detenido por una señal de Tom:

–Buen señor –le dijo–. El hombre ha dicho que su acto no fue bien probado. Dime cuanto sepas.

–Majestad, según el proceso este hombre entró a una casa de Islington donde un hombre yacía enfermo. Éste se encontraba solo y dormía. Al poco rato, este hombre salió de la casa y se marchó. A la hora, el enfermo moría desgarrado entre espasmos y arcadas.

–¿Alguien lo vio dar el veneno? ¿Se encontró el tal veneno?

–No, milord.

–Entonces, ¿cómo se sabe que fue administrado?

–Los médicos declaran que nadie muere con esos síntomas, salvo por envenenamiento.

Tom reconoció la importancia del testimonio y dijo:

–Es probable que los médicos tengan razón...

–Hay más pruebas y peores, Majestad. Muchos declararon que una bruja predijo que aquel enfermo moriría envenenado y que el veneno se lo daría un desconocido de pelo castaño y vestido de ropas ordinarias, igual que este hombre.

En esa época de supersticiones, aquel argumento tenía una fuerza terrible. El hombre era culpable y asunto terminado. Pese a todo, Tom ofreció al prisionero una posibilidad de salvarse:

–Si puedes decir algo en tu descargo, ¡habla!

–Soy inocente, mi rey, pero no puedo probarlo. No puedo probar que no estuve en Islington aquel día ni que me encontraba en Wapping Old Stairs; y aún menos, mi rey, podría probar que mientras se me acusa de estar quitando la vida, yo estaba en cambio salvándosela a un chico que se ahogaba.

–¡Calla! Administrador, ¿qué día se cometió el crimen?

–El primer día de Año Nuevo, ilustrísima...

–¡Dejen al preso en libertad, es la voluntad del rey!

Luego de esta salida, Tom trató de disimular como pudo su conducta:

–¡Me enfurece que se cuelgue a alguien con pruebas tan vagas!

Un cuchicheo de admiración se dejó oír. Tom había demostrado comportarse con inteligencia..

–¡El rey está razonando muy bien! –decían.

–¡Qué típico de su carácter fue terminar el asunto de modo abrupto e imperioso!

–¡Gracias a Dios, ha superado su enfermedad! Se ha conducido en forma muy parecida a su propio padre.

Algunos de estos comentarios llegaron a oídos de Tom,

haciéndolo sentir muy cómodo y agradado. Sin embargo, sus pensamientos lo llevaron luego a querer saber qué clase de daño grave podían haber hecho la mujer y la niñita. Ambas fueron traídas a su presencia.

–¿Qué es lo que han hecho? –preguntó Tom al administrador del condado.

–Se las acusa de un crimen claramente probado, Su Alteza. Se vendieron al diablo y serán ahorcadas.

Tom se estremeció.

–¿Dónde fue cometido el hecho? –preguntó–. ¿Y cuándo?

–Una medianoche de diciembre, dentro de una iglesia en ruinas, Majestad.

–¿Quién estaba presente?

–Solamente estas dos, Majestad y..., ese otro.

–¿Han confesado?

–No, no señor..., lo niegan.

–Entonces, ¿cómo se conoció el hecho?

–Algunos testigos vieron que se dirigían allí, Majestad, despertando sospechas. Las reas provocaron una tormenta que arrasó la región y todos sus alrededores. Cerca de cuarenta testigos han declarado..., y pudieron ser mil, porque todos sufrieron por esa causa.

Tom reflexionó un momento.

–¿La mujer fue también víctima de aquella tormenta?

Varios ancianos de la asamblea reconocieron la sabiduría de tal pregunta. El administrador, sin embargo, no vio en ella nada de importancia y repuso:

–Sí, Majestad. Su casa fue destruida y quedaron sin refugio.

–Me parece que les costó muy caro su pacto con el diablo. En cuanto a pagar con su alma y la de su hija, creo que esta mujer está loca, y si está loca no sabe lo que hace y en consecuencia no peca.

–Si el rey está loco, su locura debería contagiarse... –murmuró un individuo al escuchar el comentario del rey.

–¿Qué edad tiene la niña? –preguntó Tom.

–Nueve años, Su Majestad.

–Según la ley inglesa, ¿acaso puede un niño intervenir en un pacto con el diablo y venderse a él, milord? –preguntó Tom, volviéndose a uno de los jueces.

–No, señor, su inteligencia inexperta lo incapacita para competir con la inteligencia madura y las malas artes de sus mayores.

La prisionera de mayor edad había dejado de sollozar, y con interés y esperanza estaba pendiente de las palabras de Tom. Éste lo notó y tuvo compasión de ella. Por lo que insistió en sus preguntas:

–¿Qué hicieron para producir la tormenta?

–Se quitaron las medias, señor.

La curiosidad de Tom se encendió al rojo y exclamó:

–¡Maravilloso! ¿Acaso esa acción ha producido siempre el mismo efecto?

–Siempre que la mujer lo desee, señor, y que pronuncie las palabras necesarias, ya sea mentalmente o con la lengua.

Volviéndose a la mujer, Tom dijo:

–Ejercita tu poder... Me encantaría ver una tormenta.

Muchas mejillas palidecieron y más de alguien deseó

abandonar el lugar. Esto pasó inadvertido para Tom, atento sólo al esperado cataclismo.

–Ejerce tu poder, nada temas porque quedarás libre –insistió Tom a la mujer.

–¡Oh, mi rey! No lo tengo... He sido falsamente acusada.

–¡Anímate, mujer, puesto que no vas a sufrir daño alguno! Produce una tormenta, no importa que sea pequeña. Hazlo y tu vida y la de tu hija estarán a salvo.

La mujer, bañada en lágrimas, insistió en que carecía de poder para realizar ese milagro, de lo contrario lo haría aunque fuera por salvar únicamente a su hija.

Tom insistía, hasta que finalmente dijo:

–Creo que la mujer ha dicho la verdad. Si fuese mi madre, no se hubiera demorado en conjurar esa tormenta y dejar al país entero en ruinas si el premio fuera la salvación de mi vida. Eres libre, buena mujer: tú y tu hija. Pero ahora que estás indultada, ¡quítate las medias y si puedes desencadenar una tormenta serás rica!

La mujer agradeció ruidosamente a Tom y procedió a obedecerlo, mientras la inquietud dominaba a los cortesanos. La mujer descalzó sus pies e hizo lo posible por desencadenar una tormenta, pero todo fue un fracaso. Suspirando, Tom dijo:

–Vamos, buena mujer. Tu poder te ha abandonado. Véte en paz y si alguna vez recuperas ese poder, tráeme una tormenta.

XVI

La hora de la cena estaba próxima; curiosamente ello apenas inquietó a Tom. Las experiencias de la mañana habían aumentado su confianza: en cuatro días se había adaptado a la nueva situación mejor de lo que lo hubiese hecho una persona madura en un mes entero.

El salón de banquetes era una habitación espaciosa, con columnas doradas y con pinturas en el techo y en las paredes. En la puerta vigilaban los altos guardias de pie, rígidos como estatuas, vestidos costosamente y armados de lanzas. En la galería alta que rodeaba el aposento se hallaban los ciudadanos de ambos sexos. En una plataforma en medio del salón se ubicaba la mesa de Tom. Así relató la escena un cronista de la época:

"La ceremonia comienza cuando entran al salón dos caballeros, uno lleva una vara y otro un mantel que tienden sobre la mesa. En seguida se arrodillan cuatro veces, con extrema reverencia, y luego se retiran. Después entran otros dos, uno con la vara; el otro con un salero, un plato y el pan; cuando se han arrodillado igual que los anteriores y colocado sobre la mesa lo que traían, también se retiran con idénticas ceremonias; por último vienen dos nobles, ricamente vestidos, que se arrodillan y frotan la mesa con pan y sal con tanta reverencia como si el rey estuviese presente."

De pronto se oyó el toque de trompeta y el grito de: "¡Paso al rey!". Una brillante procesión ingresó lentamente

al salón. Todos se levantaron de sus asientos y gritaron: "¡Dios Salve al Rey!"

Para Tom, que iba rodeado de nobles y de cincuenta Caballeros a Sueldo, todo aquello era hermoso. Preocupado sólo de admirar cada cosa que veía, logró conducirse bien y con gracia. De acuerdo a las instrucciones, respondía los saludos con leve inclinación de cabeza y con un cortés: "Gracias, mis buenas gentes".

Se sentó a la mesa sin quitarse el gorro, con toda naturalidad, pues comer con sombrero puesto era la única costumbre en que coincidían los reyes y los Canty.

Después, al son de una música alegre, entraron los lanceros de palacio, también vestidos con todo lujo, trayendo la comida en vajillas de plata. Las fuentes eran recibidas por un caballero en el mismo orden y colocadas sobre la mesa, mientras el catador daba a cada guardia un bocado para que la probase, asegurándose de que no tuviera veneno.

Tom comió bien, pese a tener conciencia de que cientos de ojos lo miraban con gran interés. Terminó la comida sin un solo error, ¡impecable y glorioso triunfo!

Cuando la comida hubo terminado y Tom se marchaba con su comitiva y con los oídos llenos del agradable tronar de trompetas, tambores y aclamaciones, tuvo la sensación de que si comer en público era lo peor, estaría dispuesto a soportar la prueba varias veces al día si ello le permitía librarse de algunas de las obligaciones más difíciles de su función real.

XVII

Miles Hendon caminó a toda prisa hacia Southwark en busca del rey y sus captores. Por medio de averiguaciones pudo seguirles el rastro en parte del camino, hasta que todos los indicios se acabaron. Sólo entonces Hendon se dio cuenta de que no sabía cómo continuar, pese a lo cual mantuvo su empeño durante todo el día. Al llegar la noche estaba cansado, hambriento y frustrado. Se fue a la cama resuelto a registrar la ciudad entera al día siguiente. Antes de dormirse reflexionó sobre qué haría el muchacho si lograba escaparse de las manos de su supuesto padre. Llegó a la conclusión de que trataría de llegar a Hendon Hall, puesto que sabía que él, Hendon, iba camino a su casa y que era allí donde podía esperar encontrarlo. De modo que Miles decidió ponerse en camino y aprovechar de hacer averiguaciones durante el trayecto.

Entretanto, el rufián que esperaba al joven y al rey no se les juntó, sino que los siguió en silencio; llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y un parche verde en el ojo izquierdo; cojeaba y se apoyaba en un bastón de roble. El joven condujo al rey por un tortuoso camino hasta que salieron de la ciudad. El rey se había irritado ahora y se negó a seguir caminando, pues consideraba que era Hendon quien debía salir a su encuentro. El joven le replicó:

–¿Te detendrás aquí cuando tu amigo yace herido en el bosque vecino? ¡Sea...!

El rey cambió al instante:

–¡Herido! ¿Y quién se ha atrevido a herirlo? ¡Indícame el camino! ¡Rápido! ¿Así que herido, eh? ¡Ya se ha de arrepentir el causante, aunque sea el hijo mismo de un duque!

Recorrieron el camino con rapidez. Entraron al bosque y el joven se fue guiando por señales que indicaban la dirección a seguir: trozos de trapo atados a la punta de ramas clavadas en el suelo. Pronto llegaron a un lugar donde se veían los restos de una granja y de un galpón en ruinas. Reinaba absoluto silencio. El joven entró al galpón con el rey siguiéndolo muy de cerca. ¡Allí no había nadie! Echando una mirada de sospecha al joven, el rey preguntó:

–¿Dónde está?

Respondió una risa burlona. El rey, enfurecido, tomó un trozo de leña e iba a atacar al joven, cuando oyó una segunda risa de burla. Era del rufián cojo que los había seguido. Volviéndose hacia él, el rey le gritó colérico:

–¿Quién eres tú? ¿Qué tienes que hacer aquí?

–¡Basta de estupideces! –dijo el hombre– y cálmate. Cómo no vas a reconocer a tu propio padre.

–Tú no eres mi padre. Soy el rey. Si has ocultado a mi servidor tendrás que arrepentirte de lo hecho.

–Sé que te has vuelto loco –replicó John Canty con voz severa– y me molesta castigarte, pero deberé hacerlo si me provocas. Aquí tus locuras no hacen ningún mal, pero ten cuidado cuando cambiemos de alojamiento. Cometí un asesinato y ni tú ni yo podemos permanecer en casa. Mi nombre es ahora John Hobbs y el tuyo es Jack, no lo olvides. Y ahora, ¡habla! ¿Dónde está tu madre? ¿Y tus hermanas?

–No me fastidies con esas adivinanzas –respondió el rey–. Mi madre ha muerto y mis hermanas están en palacio.

El joven, que estaba cerca, se rió burlón y el rey lo hubiese atacado si Canty, o Hobbs como ahora se llamaba, no se lo hubiera impedido:

–Por favor, Hugo, no lo molestes. Siéntate, Jack, y tranquilízate; te daré algo de comer.

Hobbs y Hugo se pusieron a hablar en voz baja y el rey se retiró hacia el otro extremo del galpón. Allí el piso estaba cubierto de paja, se tendió en él y pronto sus pensamientos se concentraron en la pérdida de su padre. Enrique VIII era un ogro para todo el mundo, pero para este niño sólo le traía sensaciones agradables. El recuerdo de cariñosas escenas le sacaron abundantes lágrimas de dolor. Terminó sumiéndose en un sueño tranquilo y reparador.

Tras un buen rato sus sentidos se reavivaron un poco y sin abrir los ojos se preguntó vagamente dónde estaba y qué había sucedido. El golpeteo de la lluvia en el techo le trajo una confortable sensación de comodidad.

Sin embargo, ese bienestar fue roto por un coro de gritos y risotadas groseras. El rey se destapó la cabeza, miró y se encontró con un cuadro horrendo. Alrededor de una fogata, en el otro extremo del galpón, se hallaba el grupo más completo de rufianes de ambos sexos que jamás se hubiese visto: tipos enormes, tostados por el sol, de cabellos largos y vestidos de harapos Había también jóvenes, mendigos ciegos, lisiados, un calderero y un barbero, todos con sus herramientas de trabajo; mujeres jóvenes y viejas, atrevidas, groseras y mugrientas; finalmente, había tres bebés y un par de perros hambrientos.

Había caído la noche y la pandilla empezaba una orgía y un jarro de alcohol pasaba de boca en boca. En eso, un grito unánime pidió: ¡Una canción! ¡Que Murciélago y Punto-y-Raya canten...!

Uno de los ciegos se levantó –un falso ciego, en realidad– y un cojo, igualmente falso, cantaron una cancioncita pegajosa, a la que le hizo coro toda la banda con un griterío que hizo temblar el techo.

Al canto siguió la conversación, donde se hizo evidente que John Hobbs no era un recluta reciente. Canty les contó que había muerto por accidente a un hombre, un sacerdote, por lo que fue unánimemente aplaudido. Los viejos conocidos le daban una jubilosa bienvenida y los nuevos se enorgullecían de estrechar su mano. Al preguntarle por qué se había mantenido tanto tiempo lejos de ellos, contestó:

–Londres es mejor que el campo y más seguro en estos últimos años. Estaba resuelto a no aventurarme nunca más en el campo, pero el accidente alteró mi plan.

Cuando preguntó de cuántos miembros se componía la banda, el Rizador, que era el jefe, le respondió que la integraban veinticinco hombres –ladrones, mendigos y vagabundos– y que se dirigían hacia el este.

–No veo a Lobanillo, ¿dónde está?

–Lo mataron en una pelea este verano.

–Lo siento de veras, era un hombre capaz y valiente.

–¡Ya lo creo que sí! La Negra Bess, su "vallecito", está todavía con nosotros. Una muchacha excelente: nunca la he visto borracha más de cuatro días a la semana.

–Una linda moza, la recuerdo bien –dijo Canty, ahora

Hobbs–. La madre era una bruja de un carácter de todos los demonios, ¡pero de inteligencia poco común!

–Por eso la perdimos. Su don de la quiromancia y de la adivinación le valió el nombre de bruja y la ley la asó a fuego lento hasta matarla. Pero con cuánta valentía hizo frente a su destino: maldijo a la multitud que la miraba mientras se iba quemando. Ese arte, ¡ay!, murió con ella –dijo el Rizador, suspirando.

Un abatimiento general se apoderó de todos durante un rato. Pero un buen trago devolvió pronto a los llorones su buen humor.

–¿Le ha ido mal a algún otro de nuestros amigos? –preguntó luego Hobbs.

–A algunos, sí. Especialmente a los pequeños agricultores dejados en el mundo sin amparo y hambrientos, pues fueron despojados de sus granjas para convertirlas en lugares de pastoreo para ovejas. Se pusieron a mendigar y fueron castigados; primero azotados, luego apedreados, después se les cortó una oreja, luego les marcaron la cara con un hierro al rojo y finalmente fueron vendidos como esclavos. Si huían eran perseguidos y ahorcados. Todo eso por mendigar, ¿y qué otra cosa podían hacer los pobres diablos? ¡Adelántense Patán, Burns y Hodge: muestren sus adornos!

Los nombrados por Rizador se quitaron sus harapos y mostraron sus espaldas con viejas marcas de látigo. Uno se levantó el pelo y mostró el lugar donde había estado su oreja izquierda; otro dejó a la vista una marca de fuego en el hombro –la letra V– y una oreja mutilada, y un tercero relató lo siguiente:

–Yo soy Patán, antaño un granjero próspero con una amante esposa e hijos. Ahora es muy diferente: mi condición, mi oficio, mi mujer e hijos ya no están..., quizás estén en el cielo, quizás en el sitio opuesto; pero bendito sea Dios... ¡No están en Inglaterra! Mi buena madre cuidaba enfermos; uno murió y el médico no supo de qué, así es que quemaron a mi madre por bruja mientras mis hijos miraban gimiendo. ¡La ley inglesa! ¡Todos juntos, bebamos por la ley inglesa que libró a mi madre del infierno inglés! ¡Gracias, compañeros, gracias! Mendigué de casa en casa con mi mujer y mis niños hambrientos, pero en Inglaterra es delito tener hambre, de modo que nos arrojaron a las ciudades a fuerza de azotes. Bebamos nuevamente todos por la ley inglesa... A mi María le llegó pronto la liberación: yace en el cementerio. ¿Y los niños? Bueno, mientras íbamos de pueblo en pueblo, ellos morían de hambre. Volví a mendigar y lo que obtuve fue el cepo y perder una oreja, ¡miren! Pedí otra vez..., y me cortaron la otra. Caí de nuevo en la mendicidad y me vendieron como esclavo. Aquí tengo la E marcada con hierro al rojo en mi cara. ¡Un esclavo inglés! Me he escapado y cuando me encuentren, ¡me colgarán! ¡Que la maldición del cielo caiga sobre la ley del país que así lo ordena!"

En eso una voz sonora atravesó el galpón:

–¡No te colgarán... y éste es el día en que esa ley llegue a su fin!

Al volverse, todos divisaron al pequeño rey.

–¿Quién es? ¿Quién eres tú, monigote? –preguntaron.

De pie, sin la menor confusión, el niño repuso con dignidad principesca:

–Soy Eduardo, rey de Inglaterra.

Se oyó una explosión de risa, en parte de burla, en parte de agrado por la excelente broma. El rey se sintió herido.

–¡Qué tropa de vagabundos sin modales! –dijo–. ¿Esa es la manera con que retribuyen la gracia real que les he prometido?

Dijo algo más, pero todo se perdió en un torbellino de risas. Por sobre aquella bulla, John Hobbs al fin pudo hacerse oír:

–Compañeros, se trata de mi hijo, un loco de remate... Él cree en realidad que es rey.

–Y lo soy –dijo Eduardo–, como lo vas a saber para tu desgracia a su debido tiempo. Has confesado un asesinato y colgarás de una cuerda por ello.

–¿Tú me traicionarías...? Si logro ponerte la mano encima...

–¡Vamos, vamos! –dijo interponiéndose el corpulento Rizador y golpeando a Hobbs. Y dirigiéndose a Su Majestad, le expresó:

–No debes amenazar a tus compañeros, muchacho. Sé rey si eso te place, pero no hagas daño a nadie. Otra cosa: olvida el título que te has dado, pues eso significa traición. Nosotros somos malos hombres, pero no hay ninguno traidor a su rey. Tenemos corazones leales y amantes. Fíjate... ¡Ahora, todos juntos!: ¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

La pandilla respondió con tal entusiasmo que el galpón vibró con aquel ¡viva! El rostro del rey se iluminó de gusto y dijo con seria sencillez:

–Les doy las gracias, mis buenas gentes.

Nuevas convulsiones de risa. Cuando la calma se restableció, el Rizador dijo con firmeza:

–¡Basta, muchacho! Complace tu fantasía, pero escoge otro título, no el de nuestro rey.

El calderero hizo a gritos una sugerencia:

–¡Fu-Fu I, rey de los Bobos!

El título gustó. Todas las gargantas lanzaron el grito de "¡Viva Fu-Fu I, rey de los Bobos!", seguido de burlas, rechiflas y carcajadas.

–¡Coronémoslo!

–¡Pongámosle el manto!

–¡Pasénle el cetro!

–¡Siéntenlo en el trono!

Otros muchos gritos estallaron y antes de que se diera cuenta Eduardo estaba coronado con una palangana de lata, con una frazada rotosa por manto, entronizado sobre un barril y con el hierro de soldar del calderero por cetro. Enseguida todos se arrojaron al suelo de rodillas y elevaron un coro de lamentos irónicos.

Pero fue el calderero quien causó sensación esa noche. Arrodillado, fingió besar el pie del rey, pero fue rechazado de un puntapié. Pidió entonces un trapo y se tapó con éste la parte golpeada de su cara por el pie real, diciendo que no debía tocarla ni siquiera el aire y que después haría fortuna mostrándola por cien chelines. Estuvo tan matadoramente gracioso que fue la admiración de toda aquella chusma sarnosa.

De los ojos del monarca brotaban lágrimas de vergüenza e indignación. Pensaba: "¡No podrían ser más crueles si hubiera cometido una gran injusticia con ellos. Y, sin embargo, lo único que he hecho es portarme bien con ellos, y así me pagan!"

–Es un lobo y nadie lo podrá domesticar –afirmó Scott.

–No estoy muy seguro de ello –objetó Matt–. Yo diría que tiene mucho de perro... Sin embargo, de lo que estoy seguro es que ya ha sido domesticado.

–¡No! –exclamó Scott.

–Le digo que sí. Fíjese usted bien. ¿No ve las marcas a través del pecho?

–Tiene razón, Matt. Antes era un perro de trineo.

–Y no veo qué le impida tirar otra vez. Habría que darle una oportunidad –aconsejó Matt–, dejarlo suelto por un momento.

Scott lo miró incrédulamente.

–Sí –dijo Matt–. Ya sé que usted lo ha intentado, pero no se valió de un palo.

–Inténtalo tú, entonces.

Matt se dirigió hacia el animal, llevando una vara. Este no perdía de vista el palo cuando la mano del hombre se aproximó a su cuello, se engrifó, mostró los dientes y se echó al suelo. Pero mientras vigilaba la mano que se aproximaba, no perdía de vista la vara, sostenida en la otra. Matt soltó la cadena del collar y retrocedió.

Colmillo Blanco, que había pasado muchos meses sin gozar de un instante de libertad, estaba completamente perplejo. Después de haberse apartado de ambos hombres por precaución, y viendo que nada ocurría, volvió sobre sus pasos, deteniéndose a pocos metros de ambos y mirándolos fijamente.

–¡Pobre diablo! –exclamó Scott–. Lo que necesita es que se le muestre un poco de afecto –añadió, entrando a la cabaña.

Regresó con un pedazo de carne, que arrojó a *Colmillo Blanco*. Este se alejó de él de un salto, observándolo a distancia.

–¡Eh, tú! ¡*Mayor*! –gritó Matt, advirtiendo demasiado tarde que uno de los perros corría hacia el bocado.

Mayor había saltado hacia la carne. En el momento en que cerraba las mandíbulas sobre ella, *Colmillo Blanco* lo derribó.

Matt corrió hacia ellos, pero *Colmillo Blanco* fue más ligero. *Mayor* consiguió levantarse. La sangre que le caía del cuello manchaba la nieve.

–Mala suerte, pero se lo tiene merecido –dijo Scott.

Entretanto Matt había levantado el pie para castigar. Un salto, unos dientes blancos y una exclamación. *Colmillo Blanco* retrocedió, mientras Matt se examinaba la pierna.

–Me ha mordido –dijo, indicando la sangre que manaba.

–Ya te dije que era inútil –dijo Scott con desencanto, mientras sacaba el revólver de mala gana–. Ahora hay que hacerlo.

–Oiga usted, señor Scott –atajó Matt–. Ese perro lo ha pasado muy mal. No se puede esperar que se porte como un ángel. Déle tiempo.

–Observa a *Mayor* –replicó el otro.

–Se lo tiene merecido. Usted mismo lo dijo.

–Fíjate en ti mismo, Matt.

–Me lo tengo merecido –replicó tercamente–. ¿Por qué tenía que darle una patada? Yo no tenía derecho a pegarle. Déle una oportunidad y si no se porta bien, yo mismo lo mataré.

–Dios es testigo de que no quiero matarlo ni que lo mate otro –dijo Scott, guardando el revólver–. Lo dejaremos suelto a ver qué hace. Se encaminó hacia *Colmillo Blanco* y empezó a hablarle suavemente.

–Será mejor que tenga un palo en la mano –le advirtió Matt.

Colmillo Blanco sospechaba que algo lo amenazaba. ¿Qué podía esperar sino un terrible castigo? Erizó el pelo, mostró los dientes, alistó todos sus músculos. Como el hombre no tenía ningún palo en la mano, permitió que se le acercara. La mano del hombre descendió sobre su cabeza. Gruñó cada vez más amenazadoramente y se echó, tensos los músculos, mientras la mano seguía descendiendo. No quería herirla, por lo que aguantó el peligro, pero el instinto estalló en él, dominándolo.

–¡Calla...! Ahí viene uno de rostro bondadoso. Me echaré al suelo con un ataque. Cuando el desconocido acuda, tírate de rodillas, simula llorar como si te doliera terriblemente el estómago y di: "¡Oh, señor! Es mi pobre hermano. En nombre de Dios, echa una mirada misericordiosa a este desgraciado, abandonado y enfermo. Da un penique a un señalado de Dios dispuesto a morir". Y ten buen cuidado de seguir gimiendo y no pares hasta que tengamos su penique. ¡No tendrás que arrepentirte!

Hugo empezó inmediatamente a lamentarse, retorciéndose y revolcándose en el polvo.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó el bondadoso desconocido–. ¡Pobrecito, cómo sufre! ¡Ea! Déjame ayudarte.

–¡Oh, no, noble señor! Dios permite su caballerosidad, pero me dan más dolores si me tocan cuando estoy sufriendo estos ataques. Mi hermano puede contarle cuánto sufro. ¡Un penique, querido señor, para comprar algo que comer...!

–¡Te daré tres, infortunada criatura...! –y buscó en su bolsillo–. ¡Vamos, pobre muchacho! ¡Tómalos! Y ahora, tú, muchacho, ayúdame a llevar a tu hermano hasta aquella casa, donde...

–No soy su hermano –dijo el rey.

–¿Qué dices? ¿Qué no eres su hermano?

–¡Oíganlo! –gimió Hugo–. ¡Niega a su propio hermano!

–Muchacho, ¡qué vergüenza...! Si no es tu hermano, ¿quién es entonces?

–¡Un mendigo y un ladrón! Te ha sacado una limosna y además te ha robado dinero del bolsillo. Si quieres hacer

una curación milagrosa, dale con el bastón y confía en que la Providencia hará el resto.

Pero Hugo no esperó: en un minuto huía como el viento con el caballero tras de sí. El rey huyó en dirección opuesta y no aflojó el paso hasta quedar fuera de peligro. Pronto dejó atrás la aldea y siguió caminando con toda la agilidad que pudo, durante varias horas; entretanto vigilaba nerviosamente si lo perseguían. Cuando se sintió seguro se dio cuenta de que tenía hambre y que estaba agotado. Se detuvo en una granja, pero en cuanto intentó hablar lo despacharon sin la menor consideración; los harapos que vestía estaban en su contra.

Herido e indignado, el niño continuó vagando. Pero el hambre domina al orgullo y al anochecer hizo una nueva tentativa, pero le fue peor aún pues hasta lo amenazaron con arrestarlo por vagancia.

Llegó la fría noche y seguía andando, porque cada vez que se sentaba a descansar el frío le penetraba hasta los huesos. Sus sensaciones, en medio de la noche, le resultaban nuevas y extrañas. Las voces que oía y las difusas figuras que apenas distinguía, lo hacían estremecer; el parpadeo de una luz, el tintineo de una campana, el mugido de unos rebaños, el ladrido de un perro, le llegaban como señales lejanas y vagas, dando al pequeño rey la sensación de que estaba completamente alejado de la vida, en medio de una soledad absoluta.

Continuó su camino a tropezones, fascinado y sobresaltado por cada ruido. De pronto divisó la luz de un farol. Esperó en la oscuridad y alcanzó a distinguir la puerta abierta

de un galpón. Esperó otro rato; le dio frío estar quieto y el galpón se veía tan hospitalario que se decidió: rápido y furtivo, comenzaba a cruzar el umbral cuando oyó voces tras él. Como una flecha se ocultó dentro del galpón. Dos campesinos entraron con el farol y se pusieron a trabajar. El rey aprovechó la luz para observar el lugar. Se propuso llegar a una especie de establo, al otro extremo del galpón, apenas estuviera solo. Tomó también nota de la ubicación de unas mantas para caballo, con la intención de ponerlas al servicio de la corona de Inglaterra por una noche.

Los peones terminaron su trabajo y se marcharon cerrando la puerta y llevándose el farol. El rey se encaminó a tientas hacia las mantas, las recogió y se dirigió al establo. Se hizo una cama con dos de las mantas, cubriéndose con las otras dos. Era ahora un monarca feliz aunque las mantas eran viejas y delgadas, además de despedir un sofocante olor a caballo.

Tanto sueño tenía el rey que pronto empezó a dormitar. Estaba a punto de quedarse profundamente dormido cuando sintió que algo lo tocaba. Se despertó de inmediato. El horror de ese contacto en la oscuridad le paralizó el corazón. Inmóvil, se quedó escuchando. Pero no hubo ruido alguno. Durante largo rato continuó atento; la quietud y el silencio reinante lo ayudaron a adormecerse otra vez. De pronto, de nuevo el misterioso roce. Sintió espanto por aquella presencia silenciosa e invisible. ¿Qué hacer? ¿Abandonar el alojamiento? Huir, pero ¿adónde? No podía dejar el galpón aunque le era intolerable la idea de estar a ciegas dentro de cuatro paredes con aquel fantasma. ¿Qué le quedaba por hacer? ¡Ah! ¡Estirar la mano y salir al encuentro de aquello!

Era fácil pensarlo pero difícil reunir valor para hacerlo. Tres veces estiró la mano en la oscuridad... para volverla a recoger anhelante. La cuarta vez tentó algo más lejos y la mano rozó algo suave y caliente. Eso casi lo petrificó de miedo e imaginó que no era otra cosa que un cadáver, alguien recién muerto y aún caliente. Decidió mantenerse inmóvil. Pero la curiosidad humana es poderosa: no pasó mucho rato sin que su mano temblorosa volviera a explorar. Primero encontró una mata de pelo largo. Se estremeció... pero siguió y encontró lo que parecía una soga caliente; siguiendo su dirección se encontró ¡con un inocente ternero!, pues no se trataba de una cuerda sino de la cola de un becerro.

El rey se avergonzó sinceramente de haber temido a un ternero, aunque en esos tiempos de supersticiones cualquier niño se hubiera comportado igual.

No sólo el rey estuvo encantado de comprobar que se trataba de un ternero sino también de tener compañía, pues se había sentido tan desamparado que le era grata la cercanía del animal. Fue reconfortante la sensación de estar por fin junto a una criatura que al menos tenía corazón blando y ánimo suave. Resolvió dejar a un lado las cuestiones de rango y hacerse amigo del ternero.

Cuando le acariciaba el lomo pensó en que podía utilizar al becerro para algo más. Arregló de nuevo su cama extendiéndola junto al animal; luego se acomodó junto a su lomo, se tapó con las mantas y en dos minutos estuvo tan abrigado como siempre lo había estado en los lechos del palacio de Westminster.

Luego tuvo pensamientos gratos y la vida tomó aspecto más alegre. Se encontraba libre de la servidumbre y del delito, libre de la compañía de bandidos; estaba abrigado, tenía un techo. En una palabra: estaba contento. Incluso el viento nocturno que golpeaba los costados del viejo galpón haciéndolo temblar era para el rey verdadera música. Se acurrucó más junto a su amigo y pronto fue cayendo dichoso en un sopor profundo y sin sueños, lleno de paz y serenidad. Los perros aullaban, mugían las vacas, los vientos siguieron rugiendo, mientras la lluvia se estrellaba con fuerza en el techo. Pero el rey de Inglaterra siguió durmiendo igual que el ternero que, como toda criatura sencilla, no se inquietaba fácilmente ni por las tormentas ni por estar durmiendo junto a su Majestad.

XIX

Cuando despertó, temprano en la mañana, el rey descubrió que una rata empapada se había hecho un cómodo nido en su pecho. El niño interpretó aquello como un buen augurio porque cuando un rey cae tan bajo es seguro que su suerte esta por cambiar para bien, ya que es imposible empeorarla más.

Se levantó, cruzó el establo y en ese momento oyó voces infantiles; se abrió la puerta y entraron dos niñitas. En cuanto lo vieron, cesaron la conversación y las risas. Se quedaron mirándolo fijo con mucha curiosidad; luego comenzaron a

cuchichear, se acercaron un poco y volvieron a detenerse, a mirarlo y a cuchichear. Por fin, se dieron ánimo y se pusieron a hablar de él en voz alta. Una de ellas dijo:

–Tiene una linda cara.

–Y lindo pelo –añadió la otra.

–Pero está bastante mal vestido.

–¡Y qué cara de hambre tiene!

Se acercaron aún más, examinándolo desde todos los ángulos como si se tratara de una especie extraña y nueva; pero con cautela, como si temiesen que fuera un animal de ésos que suelen morder. Finalmente se pararon ante él y no cesaron de mirarlo hasta que una de ellas juntó todo su valor y preguntó con franqueza:

–¿Quién eres, niño?

–Soy el rey –fue la seria respuesta del muchacho.

Con un ligero sobresalto, las niñas abrieron grandes los ojos y permanecieron sin hablar durante un minuto. Luego, el silencio fue roto por la curiosidad.

–¿El rey? ¿Qué rey?

–El rey de Inglaterra.

Las niñas se miraron una a otra y luego miraron al rey; después, de nuevo, se miraron entre ellas, intrigadas.

–¿Le oíste, Margarita? –dijo una de ellas–. Dice que es el rey. ¿Puede ser cierto?

–¿Cómo podría ser otra cosa que la verdad, Priscila? ¿Crees que nos diría una mentira?

Luego de pensar un momento, Priscila dijo:

–Si de veras eres el rey, entonces te creo.

–De veras, soy el rey.

Con ello quedó arreglado el asunto y las dos niñitas comenzaron a averiguar cómo había llegado a la situación en que estaba y cómo era que no estaba vestido como rey y a dónde se dirigía, y todo cuanto se relacionaba con sus asuntos. Para el niño fue un gran alivio contar sus penas a quienes no iban a ponerlas en duda, olvidándose momentáneamente hasta del hambre. Pero cuando las niñas se enteraron del tiempo que había pasado sin comer, lo llevaron a la casa de la granja para que desayunara.

La madre de las niñitas, viuda y bastante pobre, recibió al rey con bondad y sintió una gran compasión. Se imaginó que este niño demente se había extraviado y trató inútilmente de descubrir de dónde procedía para poder restituirlo a los suyos. Pero tanto el rostro como las respuestas del niño demostraban que desconocía las cosas por las cuales le preguntaban. En cambio, con toda sencillez y seriedad, habló de la corte y se emocionó al hablar del difunto rey, "su padre".

La mujer estaba sumamente intrigada y no renunció a descifrar el misterio. Mientras cocinaba, pensó en la forma de sorprender al niño de modo que revelara su secreto. Le habló de ganado, de molinos, de tejedores, de comerciantes, de tareas de sirvientes, pero el chico no se interesó en nada de ello. Por último, y más bien por rutina, la buena mujer tocó el punto del arte de la cocina. Enseguida el rostro del príncipe se iluminó. "¡Ah!", pensó ella, "por fin había conseguido acorralarlo". Y se sintió orgullosa de su astucia. Satisfecha, le dio descanso a su lengua.

El rey, en cambio, inspirado por el hambre y las fragancias que venían de las cacerolas, hizo una disertación tan elocuente

sobre platos sabrosísimos, que a los tres minutos la mujer se dijo: "Seguramente ha sido ayudante de cocina... ¡Dios mío! ¿Cómo puede conocer comidas tan excelentes? Tales cosas se encuentran sólo en las mesas de los ricos. ¡Ah, ya comprendo! Habrá servido en palacio, en la propia cocina real, antes de perder la razón".

Llena de entusiasmo, le dijo al rey que le cuidara un momento las ollas, sugiriéndole que podía preparar y añadir uno o dos platos si lo deseaba, y luego se marchó con sus hijas.

El rey murmuró:

–Ya otro rey de la antigüedad recibió una comisión como ésta. No afecta mi dignidad ejercer una función que Alfredo El Grande también tuvo que desempeñar.

La intención era buena, pero no su realización pues este rey cayó en profundas meditaciones con un resultado lamentable: la comida se quemó. La mujer regresó justo a tiempo para salvar el desayuno, sacando al rey de sus ensueños con una enérgica reprimenda. Pero se calmó en seguida y volvió a ser bondad y ternura.

El niño comió bien. Cuando terminó el desayuno, la mujer mandó al rey a lavar los platos. El niño casi se rebeló, pero se dijo: "Sin duda, Alfredo El Grande hubiera lavado también los platos". Lo hizo por cierto bastante mal, aunque siempre le había parecido cosa fácil la limpieza de platos y cucharas. Pronto se impacientó y quiso continuar su viaje, pero la mujer le dio varios trabajitos sueltos que el niño tuvo que realizar. Cuando le encargó ahogar unos gatitos estuvo a punto de decirle "basta" a la buena señora. Pero no fue necesario que justificara su partida porque en

ese momento vio acercarse a la casa a John Canty y a Hugo. Ambos cargaban un fardo de baratijas para vender. Como ninguno de los pillos alcanzó a verlo, el niño tomó el cesto de los gatitos y se marchó por la puerta trasera; dejó a los animalitos en un lugar seguro y de prisa se alejó de la granja.

XX

Impulsado por un miedo horrible, el rey marchó a toda velocidad en dirección a un bosque lejano. Y hasta que no encontró refugio en él no miró ni una vez para atrás. Sólo entonces lo hizo y descubrió dos figuras a lo lejos. Sin detenerse a mirarlas bien, continuó caminando a toda prisa y no disminuyó el paso hasta que estuvo en las profundidades del bosque. Allí se detuvo y se puso a escuchar atentamente: el silencio era profundo y solemne. Esforzando el oído, lograba oír a ratos sonidos tan remotos que no parecían reales sino de espíritus de almas difuntas.

Al principio se propuso permanecer donde estaba el resto del día, pero el frío lo obligó a seguir andando para mantenerse en calor. Con la esperanza de llegar a una carretera caminó a través del bosque, pero cuanto más se alejaba, más espeso se ponía el bosque y la oscuridad se hacía más impenetrable. Se estremeció de sólo pensar en pasar la noche en un sitio tan pavoroso, de modo que aceleró más el paso y sólo consiguió avanzar con mayor lentitud, pues como ya no veía, tropezaba con raíces y se enredaba en zarzas y enredaderas.

¡Qué feliz estuvo cuando por fin divisó el parpadeo de una luz...! Se fue acercando con cautela a ella, observando a su alrededor. La luz venía de la ventana sin vidrios de una chocita. Oyó una voz y el primer impulso fue echar a correr, pero desistió al comprobar que aquella voz correspondía a alguien que estaba orando. Se empinó entonces hasta el ventanuco y echó una mirada al interior. El cuarto era pequeño y pobre. Ante un altar, iluminado por una vela, se hallaba arrodillado un hombre de edad junto a un cajón donde había un libro abierto y un cráneo humano. El hombre era huesudo, de pelo y barba muy largos y blancos como la nieve. Vestía una bata de piel de cordero que lo cubría del cuello hasta los pies. "Un santo ermitaño", se dijo el rey. "Ahora sí que soy de veras un afortunado". Enseguida golpeó a la puerta y una voz profunda le respondió:

–¡Entra..., pero deja atrás el pecado, porque el suelo que vas a pisar es sagrado!

El rey entró.

–¿Quién eres? –le preguntó el ermitaño, mirándolo con ojos brillantes.

–¡Soy el rey!

–¡Bienvenido, rey! –exclamó el ermitaño con entusiasmo. Acomodó su banco, sentó en él al niño junto al fuego y se puso a recorrer el cuarto con pasos nerviosos.

–¡Bienvenido...! Son muchos los que han buscado un santuario aquí y fueron despedidos. Pero un rey que abandona su corona y desprecia los esplendores de su dignidad... ¡sí que es digno y bienvenido! Aquí permanecerá hasta que le llegue la muerte.

El niño se apresuró a explicarle su rara situación, pero el ermitaño no le hizo caso y continuó hablando como si nada:

–Aquí estarás en paz. Nadie descubrirá tu refugio y te hará volver a esa estúpida vida que Dios te ha impulsado a abandonar. Aquí orarás y meditarás; te alimentarás de hierbas y purificarás tu cuerpo con azotes para santificar tu alma; beberás únicamente agua y estarás en paz.

Cuando el anciano dejó de hablar, el niño aprovechó la oportunidad para explicarle más detalladamente su caso. Pero el ermitaño continuó mascullando. Se acercó al rey y le dijo con tono solemne:

–¡Sh... silencio! ¡Te diré un secreto! –Y se inclinaba ya para comunicarlo cuando se contuvo, fue hacia el ventanuco, miró hacia la oscuridad y regresó luego de puntillas junto al rey:

–¡Yo soy un arcángel! –susurró.

El rey se sobresaltó violentamente y lamentó estar convertido en prisionero de un insano. El ermitaño siguió hablándole:

–¡Veo que tienes sensibilidad! El miedo se refleja en tu cara. Nadie puede respirar esta atmósfera sin conmoverse porque es la auténtica atmósfera del cielo. Me hicieron arcángel en este mismo lugar, hace cinco años, unos ángeles enviados desde el cielo. He andado por las cortes celestiales y he conversado con los patriarcas. ¡He visto la Deidad cara a cara! ¡Sí, soy un arcángel! ¡Y pude haber sido Papa! Eso me dijo un enviado del cielo hace veinte años, pero el rey inglés disolvió la casa religiosa en que vivía y yo, un oscuro monje, fui arrojado al mundo sin amigos ni hogar y despojado de mi destino poderoso –al llegar a este punto, su furor era

muy grande–. ¡Porque no soy nada, sino un arcángel..., yo, que debí ser Papa!

Continuó hablando así una hora, mientras el rey sufría. De repente la rabia desapareció y el anciano se hizo todo dulzura. Suavizó la voz y se puso a charlar con tanta sencillez que se ganó el corazón del rey. Curó las magulladuras del niño con mano diestra y suave. Luego se puso a preparar la cena, charlando todo el tiempo y acariciando la mejilla del muchacho con tanta ternura que todo el temor y la repulsión inspirada por el arcángel se transformaron en respeto y afecto por el hombre.

Este cálido ambiente se prolongó mientras ambos comían. Después de una oración, el ermitaño acostó al niño arropándolo y dejándolo tan cómodo y abrigado como lo haría una madre. Y con una caricia de despedida, dejó al chico y se sentó junto al fuego. De pronto se golpeó la frente con los dedos como queriendo recordar algo. Se levantó rápido y entró al cuarto de su huésped:

–¿Tú eres el rey? –le preguntó.

–Sí –fue la respuesta, somnolienta.

–¿Qué rey?

–El de Inglaterra.

–¿De Inglaterra? ¡Entonces ya no reina Enrique!

–¡Ay, no! Yo soy su hijo.

El ermitaño frunció el ceño y su rostro adquirió un aspecto rencoroso. Agitado y tragando saliva, dijo:

–¿Sabes que fue él quien nos arrojó al mundo sin casa ni hogar?

No hubo respuesta. El anciano se inclinó sobre el niño y se

dio cuenta de que dormía. Una expresión maligna apareció en su rostro. Y se alejó, poniéndose a buscar algo por todas partes y mirando hacia la cama de cuando en cuando, sin dejar de murmurar. Al fin encontró lo que parecía buscar: una cuchilla de carnicero y una piedra de afilar. Se sentó junto al fuego y comenzó a sacar filo al cuchillo, murmurando y profiriendo exclamaciones en voz baja. Afuera el viento suspiraba alrededor de la casa y voces extrañas de la noche andaban flotando. Desde sus guaridas, ratas y ratones espiaban al ermitaño, pero éste continuó su trabajo sin reparar en nada. "Se está afilando –murmuraba–, ¡sí, se está afilando!", y pasaba su dedo por el borde del arma diciendo de vez en cuando:

–Su padre nos hizo daño y ¡se ha marchado al fuego eterno! Se hizo la voluntad de Dios. No ha podido escapar a esos crueles fuegos que consumen y que no perdonan. ¡Y ellos sí que son eternos!

Después de un rato, masculló nuevamente:

–Fue su padre quien nos hizo el mal. ¡Yo no soy más que un arcángel...! ¡De no ser por él, sería Papa!

El niño se movió y el ermitaño se precipitó junto a la cama y, arrodillándose, se inclinó sobre el dormido con el cuchillo en alto. Los ojos del monarca se abrieron por un instante, pero al minuto volvieron a cerrarse sin darse cuenta de nada. El viejo se mantuvo en la misma posición, respirando apenas, hasta que bajó lentamente el brazo y se alejó diciendo:

–¡Está ya muy avanzada la medianoche! No conviene que grite: alguien puede pasar por aquí.

Buscó unos trapos y unas correas, y con suavidad ató los tobillos del niño sin despertarlo. Luego trató de amarrarle las muñecas sin conseguirlo, pues el niño retiraba una mano o la otra justo cuando acercaba la cuerda. Por último, y cuando ya estaba por desesperar, el niño cruzó las manos, lo que le permitió atárselas rápidamente. Luego pasó una venda por debajo del mentón del durmiente y la sujetó fuertemente por encima de la cabeza. El rey, entretanto, continuaba durmiendo sin moverse.

XXI

Como un gato, el ermitaño se alejó furtivamente, trajo el banco y se sentó con los ojos clavados en el niño dormido. Continuó su vigilia sin cuidarse del paso del tiempo y afilando suavemente el cuchillo, mientras lanzaba risitas ahogadas. Tras un buen rato, vio que los ojos del niño estaban abiertos llenos de terror y fijos en el cuchillo. Entonces, con una sonrisa de satisfacción demoníaca y sin cambiar de actitud ni de ocupación, el anciano preguntó:

–Hijo de Enrique VIII, ¿has rezado tus oraciones?

El niño luchó inútilmente con sus ataduras, esforzándose en emitir, por entre sus maxilares atados, un sonido ahogado que el ermitaño interpretó como una respuesta afirmativa.

–Reza ahora la plegaria de los moribundos.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo del niño y apareció en su cara una expresión de horror. Trató de soltarse

nuevamente y se retorció para todos lados, forcejeando feroz y desesperadamente, sin éxito... El viejo le sonreía mientras seguía afilando el cuchillo y murmurando de vez en cuando: "Los minutos son preciosos. ¡Reza la plegaria de los moribundos!"

El niño dejó de luchar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, las que rodaban por su cara. Pero el triste espectáculo no ablandó el corazón del anciano.

Estaba amaneciendo, lo que lo hizo hablar con dureza y algo de temor:

–¡No puedo andar con contemplaciones por más tiempo! Ya se ha ido la noche. ¡Semilla del destructor de la Iglesia, cierra tus ojos si es que temes mirar...!

El resto se perdió en murmullos inaudibles. El anciano, arrodillado y cuchillo en mano, se inclinó sobre el niño...

Hubo ruido de voces cerca de la cabaña... El cuchillo cayó al suelo, el viejo se levantó temblando y cubrió con una piel al muchacho. El ruido aumentó y las voces se hicieron ásperas y rabiosas; después siguieron golpes y gritos de auxilio, y más tarde pasos rápidos que se batían en retirada. Inmediatamente se oyeron golpes en la puerta de la cabaña.

–¡Hola, hola! –gritó una voz–. ¡Abran! ¡Y rápido, en nombre de todos los demonios!

Era la voz más bendita que pudo penetrar en los oídos del rey. ¡Era la de Miles Hendon!

Rechinando de rabia los dientes, el ermitaño salió rápido del dormitorio cerrando la puerta tras de sí y enfrentó al desconocido que lo saludaba:

–¡Mis homenajes y saludos, reverendo señor! ¿Dónde está el niño... mi niño? –preguntó el visitante.

–¿Qué niño, amigo?

–¡Qué niño! No me venga usted con mentiras, señor clérigo, que no estoy de humor. Cerca de aquí capturé a los pillos que me lo robaron y les hice confesar; dijeron que andaba suelto y que le siguieron el rastro hasta aquí mismo... Así es que no juegue usted más, porque mire usted, santo señor, si no me lo muestra... ¿dónde está el niño?

–Oh, buen señor, ¿acaso me habla usted del vagabundo que pasó aquí la noche? Sepa usted que lo he enviado a hacer una diligencia y que pronto regresará.

–¿Cuándo? ¿A qué hora? ¡Vamos, no me haga usted perder tiempo! ¿Cuánto se demorará en volver?

–Volverá en seguida.

–¡Sea! Trataré de esperar. Pero... ¿usted lo mandó a él? ¡No lo creo! Él no obedecería un mandato suyo. ¡Has mentido, amigo! ¡Él no obedece los mandados suyos ni los de ningún hombre!

–De cualquier hombre, quizás no. Pero yo no soy un hombre.

–¿Qué? Pues en nombre de Dios, ¿qué es lo que eres?

–Es un secreto. ¡Soy un arcángel!

Miles Hendon prorrumpió en una tremenda exclamación y luego dijo:

–Eso explicaría la aceptación del niño. Un rey debe obedecer si un arcángel lo manda... Sh... ¿Qué ruido fue ése?

Durante todo aquel rato el rey había estado escuchando la conversación y gimiendo con todas sus fuerzas para

hacerse oír por Hendon, sin resultados. De modo que la última frase de Miles le dio grandes esperanzas. De nuevo hizo un esfuerzo, empleando toda su energía, justo cuando el ermitaño hablaba.

–¿Ruido? No he oído otra cosa que el viento.

–Quizás fue eso. Lo he oído débilmente todo el tiempo... ¡Lo oigo de nuevo! ¡No es el viento! ¡Qué raro! ¡Ven, le seguiremos el rastro!

Al oír estas palabras, el rey hizo un esfuerzo supremo con sus pulmones. Pero tanto las mandíbulas inmovilizadas como la piel de cordero, frustraron su intento. Muy grande fue el desencanto del niño al oír decir al ermitaño:

–Creo que viene del matorral de afuera. Acompáñeme usted, le mostraré el camino.

El niño los oyó alejarse... Sólo después de un rato, que le pareció larguísimo, volvió a oírlos.

–No puedo esperar más –decía Hendon–. Sin duda se ha perdido en ese espeso bosque... ¿Qué dirección tomó? ¡Rápido, indíquemela!

–Fue hacia..., pero, aguarde; iré con usted.

–¡Bien! Eres mejor de lo que pareces. Creo que no ha de haber otro arcángel que tenga tan buen corazón como tú. ¿Quieres montar en este burrito o en esta mula?

–No, me siento más seguro sobre mis pies. Así, pues, caminaré.

Todas las esperanzas abandonaron al reyecito y la desesperación se apoderó de su corazón cuando se alejaron su amigo y el ermitaño. "Han engañado a mi único amigo", se decía, "volverá el ermitaño y..." Lleno de pavor, comenzó a

luchar de nuevo con sus ataduras hasta que logró sacarse la piel de cordero que lo ahogaba. ¡Oyó entonces que la puerta se abría! El ruido lo dejó paralizado... Le parecía sentir ya el cuchillo en la garganta. El horror lo hizo cerrar los ojos. Y el horror se los hizo abrir de nuevo... ¡Ante él aparecieron Hugo y John Canty!

Si hubiera podido habría exclamado: "¡Gracias a Dios!" En menos de un minuto quedó libre y sus secuestradores, tomándolo cada uno de un brazo, lo llevaron al interior del bosque.

XXII

Nuevamente el Rey Fu-Fu I correteaba con los vagabundos. Aunque el pequeño rey era víctima de bromas y groserías, nadie, fuera de Canty y de Hugo, le tenía mala voluntad. Al contrario: algunos admiraban el coraje del niño.

Una noche, durante una borrachera, Hugo se propuso molestar al chico: dos veces le pisó los pies y Eduardo respondió con indiferencia. Pero a la tercera vez, el niño derribó a Hugo de un garrotazo. Avergonzado y enrabiado por las risotadas de la banda, Hugo tomó una cachiporra y atacó a su pequeño adversario. Al momento empezaron las apuestas. El rey no dio oportunidad a su contrincante pues, instruido por los mejores maestros en el arte de la esgrima, detenía sus arremetidas y de cuando en cuando contraatacaba con rápidos golpes a la cabeza de Hugo.

Al cabo de quince minutos, golpeado y magullado, Hugo salió corriendo del campo de batalla en medio de burlas, mientras que el héroe de la pelea era llevado en andas hasta el sitio de honor junto al Rizador donde, con gran ceremonia, fue coronado Rey de los Gallos de Riña, quedando anulado desde entonces su título anterior.

Todas las tentativas para que el rey prestase servicios a la cuadrilla habían fracasado y siempre estaba tratando de huir. El primer día después de su regreso, lo habían metido a robar en una cocina, sin vigilancia. No sólo salió con las manos vacías sino que trató de despertar a los moradores. Después no quiso trabajar con un calderero y llegó, incluso, a amenazarlo con su propio hierro de soldar. Éste y Hugo terminaron por dedicar su tiempo completo a evitar que se escapase. Custodiado por Hugo, lo mandaron nuevamente a mendigar en compañía de una mujer y un bebé enfermo, pero se negó a hacer causa común con ellos.

Así pasaron varios días y las miserias de la vida vagabunda se le hicieron intolerables al niño cautivo. Pero por la noche, en sueños, olvidaba todo aquello y se encontraba de nuevo en su trono, dueño y señor. Eso, naturalmente, intensificaba sus sufrimientos al despertar.

La mañana siguiente al combate en que resultó vencido encontró a Hugo lleno de propósitos vengativos contra el rey. Abrigaba un plan: humillar tremendamente al niño provocándole un "clima" y, si no lo lograba, inculparlo de algún delito y traicionarlo para que cayera en las garras de la ley. Un "clima", en jerga vagabunda, era una llaga creada artificialmente. Para ello se usaba cal viva, jabón y óxido,

formando una especie de pomada que se extendía sobre un cuero para luego atarlo a una pierna u otra parte del cuerpo. La piel se llagaba, apareciendo la carne viva. Luego se frotaba sobre ésta algo de sangre, la que al secarse tomaba un color oscuro y repulsivo. Por último, se vendaba todo con hábil descuido dejando a la vista la horrible úlcera para causar la compasión del transeúnte y obtener limosna. Hugo pretendía obligar así a la fuerza al rey a mostrar su llaga en el camino y mendigar.

En cuanto se dio la oportunidad, Hugo y el calderero derribaron al rey en un lugar solitario y, pese a la resistencia del niño, le ataron el emplasto a su pierna manteniéndolo inmovilizado. Pronto comenzó a arder la pierna del niño y la obra se hubiese completado de no haber sido interrumpida: el "esclavo", aquel que había censurado las leyes inglesas, apareció en escena y puso fin a la empresa arrancando al rey las vendas y el emplasto.

El rey quiso usar el garrote de su salvador y calentar los lomos de aquellos pillos, pero el hombre se negó a prestárselo, pues, según dijo, eso les traería dificultades y debían dejar el asunto para la noche cuando toda la tribu estuviese reunida. De vuelta al campamento, el "esclavo" informó al Rizador, quien decidió que al niño no lo usarían nunca más para mendigar; y como lo consideraba digno de algo más elevado y mejor, ¡lo ascendió del grado de pordiosero y lo designó inmediatamente para robar!

Hugo estaba fuera de sí de alegría. El rey no podría desobedecer una orden emitida directamente por la jefatura. De modo que se puso a organizar un asalto para aquella

tarde, proponiéndose engañar al niño para que lo apresaran. Intentaba hacerlo de modo que pareciera accidental, ya que el Rey de los Gallos de Riña tenía ahora mucha influencia y la pandilla podría ser muy dura con un socio que entregara a otro al enemigo común: la autoridad.

Hugo se encaminó con el niño hasta una aldea vecina y anduvieron lentamente por una calle y otra. Uno, alerta por dar con la oportunidad de lograr su maligno propósito; el otro, buscando la ocasión de huir como flecha y librarse para siempre de su cautiverio.

La oportunidad de Hugo se presentó cuando apareció una mujer que llevaba un paquete en una cesta. Los ojos de Hugo centellearon de placer mientras se decía: "Si puedo yo colgarte esto, serán para ti ¡buenas noches!, Rey de los Gallos de Riña". Esperó vigilante a que la mujer pasara. Entonces le dijo al niño:

–Espera aquí hasta que vuelva –y se lanzó tras su presa.

El corazón del rey se alegró: ahora podría escapar si Hugo demoraba lo suficiente.

Pero no iba a tener tanta suerte. Hugo se deslizó tras la mujer, le arrebató el paquete y regresó corriendo, envolviéndolo en un trozo de frazada. Los gritos de la mujer empezaron apenas se dio cuenta del robo por el aligeramiento de su carga, aunque no había visto cometer el hurto. Sin detenerse, Hugo dejó el atado en manos del rey.

–Ahora corre tras de mí –le dijo, y grita–: "¡Al ladrón!" ¡Pero despístalos!

En segundos, Hugo había doblado la esquina y luego de correr por una callejuela apareció de nuevo a los dos minutos,

con apariencia de inocente y se instaló a mirar el resultado.

Sintiéndose agraviado, el rey arrojó el fardo al suelo y la frazada se abrió justo en el instante en que la mujer llegaba seguida de una creciente muchedumbre. Con una mano, cogió al niño por la muñeca y con la otra levantó el paquete, lanzándole al muchacho una andanada de insultos mientras éste luchaba por librarse de su garra.

Hugo había visto lo suficiente: su enemigo había sido capturado y la autoridad le echaría mano. De modo que se marchó riendo para sus adentros y componiendo en la mejor forma su versión del asunto para contarla al Rizador y a la pandilla.

Entretanto, el niño continuaba su lucha por zafarse de la mujer, gritando su inocencia. El gentío aumentó, amenazando al niño y llenándolo de insultos. Un herrero corpulento trató de coger al pequeño rey diciendo que le daría una paliza. Pero justo en ese momento la hoja de una espada cayó con fuerza convincente sobre el brazo del hombre.

–¡Por la Virgen, buenas gentes! –dijo el que había dado el golpe–. Portémonos con dulzura. Este es un asunto que le corresponde a la ley. Suelta al niño, buena mujer.

El herrero se marchó frotándose el brazo y la mujer soltó de mala gana al niño; la multitud miró sin amor al desconocido pero cerró prudentemente la boca. El rey se puso de un salto junto a su salvador y exclamó:

–¡Te has demorado muchísimo pero llegas en un buen momento, Sir Miles! ¡Líbrame de esta chusma y ahuyéntala!

XXIII

Hendon se inclinó y, con una sonrisa nerviosa, susurró al oído del rey:

–¡Ten calma, príncipe mío! Es mejor que no hables. ¡Confía en mí y todo saldrá bien! –Y añadió para sí: "¡Sir Miles! ¡No me acordaba de que fuera caballero! ¡Cómo me sorprende, Dios mío, el modo como su memoria se aferra a sus fantasías...! ¡Aunque mi título sea de mentira es más honorable ser un caballero en su Reino de Sueños y Sombras que ser conde en alguno de los verdaderos reinos de este mundo".

La gente se apartó para recibir a un policía que estaba ya por echar mano al rey, cuando Hendon le dijo:

–¡Con cuidado, buen amigo! Retire su mano pues él irá por las buenas y de ello respondo yo› Indíquenos el camino y lo seguiremos.

El rey sentía deseos de rebelarse, pero Miles le dijo en voz baja:

–Reflexione señor: sus leyes son el aliento saludable de su realeza. ¿Acaso las resistirá el tronco y exigirá que las respeten las ramas? Aparentemente una de esas leyes ha sido violada; cuando el rey esté nuevamente en su trono, ¿acaso no será bueno recordar que cuando parecía un ciudadano común se sometió a la autoridad del rey?

–Tienes razón, no digas más. El rey sufrirá la ley en carne propia mientras sea un súbdito.

Ante el juez, la mujer juró que el pequeño prisionero era

quien le había robado y, como no hubo nadie que demostrara lo contrario, el niño fue condenado. Cuando se vio el contenido del paquete, que resultó ser un lechoncito gordo y aliñado, el juez se turbó mientras Hendon se ponía pálido. El rey, protegido por su ignorancia, se mantenía tranquilo.

–¿Cuánto crees tú que vale lo que te han robado? –preguntó el juez a la mujer.

–Tres chelines y seis peniques, su señoría.

El juez miró a su alrededor con inquietud y luego ordenó al alguacil despejar la sala y cerrar las puertas. Sólo quedaron los dos funcionarios, el acusado, el acusador y Miles Hendon. El juez se volvió de nuevo hacia la mujer y le dijo con voz compasiva:

–Se trata, buena mujer, de un pobre niño; míralo, no tiene cara maligna... ¿Sabes que cuando alguien roba una cosa de un valor superior a los trece peniques y medio, la ley indica que deberá ser colgado por ello?

El pequeño rey se sobresaltó pero nada dijo. No así la mujer, quien se puso de pie horrorizada y exclamó:

–¡Oh, cielos! ¡No colgaría al pobrecito por todo el oro del mundo! ¿Qué puedo hacer?

Manteniendo su compostura, el magistrado dijo:

–Puedes cambiar el precio de lo robado, ya que aún no está anotado en el registro.

–¡Anote entonces que el lechón vale ocho peniques y que se libere mi conciencia de esta cosa horrible!

Fue tal su júbilo, que Miles Hendon olvidó todos sus modales y sorprendió al juez con un apretado abrazo de agradecimiento. La mujer se despidió y se marchó con su

lechón, acompañada por el policía. Mientras el juez escribía su registro, Hendon salió al vestíbulo y escuchó la siguiente conversación entre el alguacil y la mujer.

–Es un lechón gordo y promete estar bueno. Te lo compro; aquí tienes los ocho peniques...

–¡Ocho peniques! –exclamó la mujer–. Me costó tres chelines y seis peniques. ¡Me río yo de tus ocho peniques!

–¿Con que ésas tenemos, eh? Dijiste bajo juramento que valía ocho peniques, así es que juraste en vano y debes responder por tu delito... ¡El niño será ahorcado!

–¡Vamos, buen hombre! Dame tus ocho peniques y cállate la boca sobre este asunto.

La mujer se marchó llorando y Hendon regresó a la sala; luego entró el policía, después de esconder su botín. El juez dio al niño un sabio y bondadoso sermón sentenciándolo a cumplir una corta prisión en la cárcel común, a lo que debían seguir los azotes en público. El rey estuvo a punto de ordenar que el juez fuese decapitado, pero captó la advertencia de Hendon y cerró la boca antes de perder la lengua, pena que era frecuente en esos tiempos.

Miles y el niño se encaminaron con el policía hacia la cárcel. Ya en la calle, el monarca exclamó con rabia:

–¡Idiota! ¿Te imaginas que voy a entrar vivo en una cárcel?

Hendon se agachó y le dijo con cierta dureza:

–¿Quieres o no confiar en mí? ¡Cállate y no eches a perder nuestras posibilidades diciendo algo peligroso! Lo que Dios quiera sucederá. Por lo tanto, espera y ten paciencia...

XXIV

Las calles estaban casi desiertas. La escasa gente que aún transitaba iba de prisa; parecía querer despachar rápidamente sus asuntos para meterse lo antes posible en sus casas y protegerse del viento y la oscuridad que se avecinaban. Nadie prestaba atención a nuestros amigos y ni siquiera se percataban de su presencia. Eduardo VI se preguntaba si alguna vez había sido contemplado con tal indiferencia el espectáculo de un rey camino a la prisión. Cuando atravesaban una solitaria plaza de mercado, Hendon tomó del brazo al policía y le dijo en voz baja:

–Espere un momento, buen señor. Aquí nadie puede oírnos y quiero decirle algo.

–Mi deber me lo prohíbe, señor. Le ruego que no me estorbe pues está por anochecer.

–De todos modos, espere. Es un asunto que le concierne. Vuelva un momento la espalda, aparente no ver y deje escapar a este niño.

–¡Decirme esto a mí, señor! Lo arresto en...

–No, no vaya tan rápido. Cuidado con cometer una equivocación –Hendon continuó, bajando mucho la voz–. ¡El lechón que ha comprado por ocho peniques puede costarle la cabeza, hombre! No quiero verlo perjudicado... Sepa que he oído todo, cada palabra que le dijo a la mujer y se lo probaré –refirió entonces, palabra por palabra, la conversación que había escuchado–. ¡Ea! ¿Cree que no sería capaz de repetirla exactamente ante el juez, si fuese necesario?

El hombre se quedó mudo de angustia por un momento, pero luego dijo con forzada ligereza:

–Está exagerando algo que sólo fue una broma. Sólo por divertirme estuve atormentando a esa mujer...

–¿También fue por divertirte que le guardaste su lechón? Estoy empezando a creerte, pero aguarda aquí un momento, mientras corro a preguntar a su señoría...

Antes de que Hendon se pusiera en marcha, el alguacil se agitó, escupió un juramento y por fin exclamó:

–¡Espere, espere, buen señor...! Se lo ruego: el juez no va a comprender una broma como esa... Hablemos sobre este asunto. ¡Cuerpo de Cristo! Parece que estoy en apuros y todo por una inocente broma. Soy padre de familia, tengo mujer e hijos... Escuche: ¿qué es lo que quiere su merced de mí?

–Únicamente que te transformes en ciego, mudo y paralítico mientras cuento despacio hasta cien mil –dijo Hendon con la expresión de quien pide un favor razonable e insignificante.

–¡Sería mi ruina! –exclamó el policía angustiado–. Sea razonable. Sólo fue una broma. Y si no lo fuese, es una falta tan pequeña que no merecería más que una reprimenda y una advertencia de labios de un juez.

Solemnemente, Hendon contestó:

–Tu broma tiene un nombre legal... ¿Sabes cuál es? Legalmente ese delito se llama *Non compos mentis lex talionis sic transit gloria mundi*. ¡Y tiene pena de muerte!

–¡Dios tenga misericordia de este pecador!

–Sacando ventaja de alguien que estaba en falta y en tus manos, te has apoderado de una mercadería que vale más

de trece peniques y medio, pagando una insignificancia por ella. Eso, a los ojos de la ley, es ocultación de traición, fechoría en ejercicio de funciones, *adhomines expurgatis in statu quo...*, y tiene pena de muerte en la horca, sin posibilidad de rescate o conmutación.

–¡Sosténgame, dulce señor! ¡Las piernas se me doblan! ¡Tenga misericordia! Volveré la espalda sin ver nada de lo que ocurra.

–¡Magnífico! Ahora me pareces razonable. ¿Y vas a devolver el lechón a su dueña?

–¡Lo haré, sí, sí, lo haré...! ¡Váyase! Diré que usted entró en la prisión por la fuerza y me arrebató al prisionero de las manos.

–Hazlo, buen hombre. Nadie resultará perjudicado. El juez no derramará lágrimas ni le romperá los huesos al carcelero porque se haya escapado este niño.

XXV

Apenas Hendon y el rey se quedaron solos, Su Majestad recibió instrucciones de partir de prisa a cierto sitio fuera de la ciudad y esperar allí a que Hendon pagara su cuenta en la posada. Media hora más tarde, ambos amigos marchaban alegres, al trote corto de las míseras cabalgaduras de Miles. El rey se sentía cómodo y abrigado, pues se había deshecho de sus harapos y se había vestido con el traje de segunda mano que Hendon le había comprado en el Puente de Londres.

Miles se preocupó de que el niño no se fatigara excesivamente, estimando que los largos viajes, las comidas irregulares y la falta de sueño no favorecían su mente trastornada. Deseaba ver recuperado ese intelecto resentido y libre esa cabecita atormentada de toda visión enfermiza. En consecuencia, resolvió avanzar por etapas cómodas hacia el hogar del que había sido desterrado, en lugar de cabalgar día y noche llevado por su impaciencia.

Cuando Hendon y el rey hubieron recorrido unos veinte kilómetros, llegaron a una aldea bastante grande e hicieron un alto en una buena posada. Allí reanudaron sus relaciones anteriores: Hendon se mantuvo de pie tras la silla del rey mientras éste comía; lo desvistió cuando estuvo dispuesto a acostarse y luego se echó en el suelo, durmiendo atravesado ante la puerta, envuelto en una frazada.

Durante los dos días siguientes anduvieron perezosamente a tranco corto, hablando de las aventuras que ambos habían tenido durante su separación y disfrutando con los relatos de cada uno. Hendon contó detalladamente sus búsquedas, narrando cómo el arcángel lo había engañado con una falsa búsqueda del rey para llevarlo finalmente de vuelta a la choza cuando comprobó que no podía librarse de él. Según Hendon, el anciano ingresó al dormitorio y regresó con aspecto desolado diciendo que había esperado que el niño hubiese vuelto y se hubiera echado a descansar, pero que no había sido así. Hendon había aguardado en la choza el día entero y, al pensar que el rey no volvería se había marchado en su busca.

–El viejo sintió realmente que Su Majestad no volviera –agregó Hendon–. Se lo vi en la cara.

–¡No lo pongo en duda! –dijo el rey. Y empezó a contar lo que le había pasado en la choza. Entonces Hendon se arrepintió de no haber matado al arcángel.

En el último día de viaje, Hendon se puso de mejor humor; la lengua no le paraba: hablaba de su padre, de su hermano Arturo, y contó muchas cosas de ambos que mostraban sus nobles y generosos caracteres. Cuando le llegó el turno a su Edith, se puso frenético de amor y estuvo tan feliz que hasta de Hugo pudo decir algunas buenas palabras. Se detuvo bastante en el tema de la reunión que tendría lugar en la casa de los Hendon a su llegada, con la sorpresa que tendría todo el mundo y la explosión de alegría y agradecimiento que iba a producirse.

La zona que cruzaban era hermosa, salpicada de casitas y de huertos, y el camino llevaba por extensas tierras de pastoreo cuyas suaves colinas sugerían las ondulaciones del mar. Por la tarde, el hijo pródigo se apartaba constantemente del camino para ver si, subiéndose a un montículo, sería posible observar su casa. Cuando logró verla, exclamó entusiasmado:

–¡Ahí está la aldea, mi príncipe, y ahí está Hendon Hall! Desde aquí pueden verse sus torres... Ese bosque de allá es el parque de mi padre. ¡Ahora sí verás lo que es pompa! Una casa de setenta habitaciones ¡Y veintisiete sirvientes! ¡Un hermoso alojamiento para gentes como nosotros! ¿No es verdad? Ven, apurémonos, que mi impaciencia no aguanta más tiempo.

Se apresuraron todo lo posible, pero eran más de las tres cuando llegaron a la aldea. Los viajeros la cruzaron rápidamente, sin que Hendon dejara de hablar.

–Esa es la iglesia; está cubierta con la misma hiedra. Allá está la posada del León Rojo y allá, el mercado. Aquí está el Palo de Mayo y aquí la bomba de agua. Nada ha cambiado; nada sino la gente. Diez años cambian a la gente; a algunos me parece reconocerlos, pero ellos no me reconocen a mí.

Pronto llegaron al final de la aldea. Los viajeros tomaron entonces un camino tortuoso y estrecho, rodeado de altos cercos. Lo recorrieron durante un kilómetro y luego entraron a un jardín cruzando una portada cuyas enormes columnas de piedra tenían esculpidos emblemas heráldicos. Era una noble mansión.

–¡Bienvenido a la casa señorial de los Hendon, mi rey! –exclamó Miles–. ¡Ah, qué gran día! Mi padre, mi hermano y lady Edith no van a tener ojos ni lengua para nadie que no sea yo. Te va a parecer fría la bienvenida que te den a ti, pero en cuanto les diga que eres mi pupilo y sepan lo mucho que significa para mí tu cariño, te acogerán en sus pechos por amor a Miles Hendon.

Hendon se apeó ante la enorme puerta, ayudó a bajar al rey y luego lo tomó de la mano y se precipitó al interior. Llegó a una habitación espaciosa, entró, sentó al rey con más prisa que ceremonia y corrió hacia un hombre joven que estaba sentado ante un escritorio frente a un agradable fuego de troncos.

–¡Abrázame, Hugo –exclamó–, y di cuán contento estás de que haya vuelto! Y llama a nuestro padre, ¡pues mi hogar no será tal hasta que no haya tocado de nuevo su mano y haya visto su rostro y oído nuevamente su voz!

Pero Hugo se apartó y dio al intruso una seria mirada llena de curiosidad y de real o fingida compasión, y con voz suave dijo:

–Parece que tu razón está afectada, pobre desconocido. Sin duda has sufrido las privaciones y los rudos ajetreos del mundo. ¿Con quién me confundes?

–¿Confundirte? ¡Por favor! Eres Hugo Hendon –dijo Miles con sequedad.

El otro, en cambio, continuó con el mismo tono suave de antes:

–¿Y quién te imaginas que eres?

–La imaginación nada tiene que ver en este asunto. ¿Acaso pretendes no conocerme a mí, tu hermano Miles?

La sorpresa apareció en el rostro de Hugo:

–¿Qué? ¿Acaso pueden los muertos volver a la vida? ¡Que Dios sea alabado si así fuese! –exclamó–. ¡Que nuestro pobre muchacho perdido haya vuelto a nuestros brazos después de tantos años crueles! Parece demasiado hermoso para ser verdad. ¡Ten piedad y no juegues conmigo! ¡Rápido, ponte a la luz y déjame examinarte bien!

Tomando a Miles de un brazo, Hugo lo arrastró hasta la ventana y comenzó a devorárselo con los ojos, dándole vueltas de un lado y de otro, a fin de ponerlo a prueba desde todos los ángulos.

El hijo pródigo sonreía, reía y seguía asintiendo con la cabeza:

–¡Sigue, hermano, sigue y no temas! No has de encontrar nada que no resista la prueba. Recórreme todo lo que quieras, mi querido Hugo, que en verdad soy tu mismísimo

viejo Miles, tu hermano perdido. ¡Yo lo dije: éste sería un gran día! ¡Dame tu mano, dame tu mejilla! ¡Señor! ¡Estoy por morir de felicidad...!

Cuando iba a arrojarse sobre su hermano, Hugo levantó la mano en señal de que no lo hiciera y bajando el mentón sobre el pecho, dijo:

–¡Ay, Dios mío...! ¡Con tu misericordia, dame fuerzas para soportar este doloroso desencanto!

Miles enmudeció un momento; luego recobró la palabra:

–¿Qué desencanto? –preguntó–. ¿Acaso no soy tu hermano?

Hugo sacudió tristemente la cabeza:

–Ruego al cielo que otros ojos encuentren las semejanzas que a mí se me ocultan –dijo–. ¡Ay...! Me temo que la carta no decía más que la verdad.

–¿Qué carta?

–Una que llegó de ultramar hace seis o siete años. Relataba que mi hermano había muerto en una batalla.

–¡Era mentira! Llama a mi padre; él me reconocerá.

–No se puede llamar a los muertos.

–¿Muerto? ¡Mi padre muerto...! ¡Qué triste noticia! La mitad de mi reciente alegría se marchita con esto. Te lo ruego, permíteme ver a mi hermano Arturo... Él me reconocerá y podrá consolarme.

–Él también está muerto.

–¡Dios tenga misericordia de mí! ¡Ambos desaparecidos! ¡Arrebatados los dignos y salvados los indignos! ¡Imploro tu piedad...! No me digas que lady Edith...

–¿...ha muerto? No, ella vive.

–Entonces, permítele que se me acerque. Date prisa,

hermano mío... Si ella dice que yo no soy yo..., pero no lo dirá. No, no, ella me va a reconocer. Traéla y trae a los viejos sirvientes que ellos también me reconocerán.

–Ninguno está ya..., salvo cinco: Pedro, Halsey, David, Bernardo y Margarita.

Dicho esto, Hugo abandonó la habitación. Miles permaneció de pie un momento, pensando.

–¡Los cinco servidores villanos han sobrevivido a los veintidós leales y honrados...! –dijo–. ¡Esto sí que es raro!

En eso, Su Majestad, con gravedad y compasión verdadera, dijo:

–No te preocupes por tu desgracia, mi buen Miles. Hay otros en el mundo cuya identidad les es negada y cuyas pretensiones son ridiculizadas. Ahora estás en buena compañía.

–¡Ah, rey mío! –exclamó Hendon, enrojeciendo ligeramente–. No me condenes... No soy un impostor. Edith te lo dirá. Ya lo oirás de los labios más dulces de Inglaterra. ¿Yo, un impostor? Conozco este viejo salón, estos cuadros de mis antepasados y todas estas cosas igual que un niño conoce su propio cuarto. Aquí he nacido y me he criado, señor; digo la verdad, y si nadie más la creyese, no la pongas tú en duda: me sería difícil soportarlo.

–Yo no lo pongo en duda –dijo el rey con sencillez.

–¡Te lo agradezco de todo corazón! –exclamó Hendon.

Con la misma sencillez de antes, el rey agregó:

–¿Pones en duda lo que yo digo?

La confusión se apoderó de Hendon y dio gracias de que se abriera la puerta y entrara Hugo, salvándolo de tener que dar una respuesta.

Tras Hugo venía una hermosa dama ricamente vestida y varios sirvientes. La dama caminaba despacio, con los ojos fijos en el suelo. Su rostro era infinitamente triste y Miles Hendon se adelantó de un salto:

–¡Oh, Edith, querida mía...! –exclamó.

Pero Hugo lo apartó con seriedad y dijo a la dama:

–¡Míralo! ¿Lo conoces?

La mujer se había sobresaltado levemente al oír la voz de Miles... Ahora temblaba. Durante varios minutos se quedó inmóvil, luego levantó la cabeza para mirar a los ojos de Hendon con expresión dura y asustada; la sangre desapareció de su rostro, hasta que sólo quedó en ella la palidez de la muerte. Y con voz tan muerta como su cara, dijo:

–¡No lo conozco! –y con un gemido y un ahogado sollozo salió de la habitación.

Miles Hendon se cubrió el rostro con las manos. Luego de una pausa, su hermano dijo a los sirvientes:

–Ya lo han observado. ¿Lo conocen?

Ellos sacudieron negativamente la cabeza.

–Los sirvientes no lo conocen, señor. Me temo que se trate de un error. Ya ha visto que mi esposa tampoco lo conoció.

–¡Tu esposa! –rápidamente Hugo fue acorralado contra la pared por un puño de hierro que le ceñía la garganta–. ¡Oh, astuto esclavo! ¡Ahora lo sé todo...! Eres tú quien ha escrito aquella carta falsa; y mi novia robada, así como mis propiedades, son el fruto de tu engaño. ¡Vete si no quieres que arruine mi reputación de soldado matando a un miserable muñeco como tú!

Casi sofocado, Hugo se dejó caer tambaleando en la silla

más cercana y ordenó a los sirvientes que capturaran y atasen al desconocido. Los sirvientes vacilaron.

–Está armado, Sir Hugo, y nosotros no –dijo uno de ellos.

–¡Armado! ¡Y qué: ustedes son muchos! ¡A él, les ordeno!

Miles les advirtió:

–Ustedes me conocen bien... ¡Acérquense, si son capaces...!

Los sirvientes no se movieron.

–Entonces, vayan, míseros cobardes, y tomen las armas... ¡Y vigilen las puertas mientras alguien llama a la guardia! –gritó Hugo, y volviéndose en el umbral, se dirigió a Miles–: Verás que no te conviene molestarnos con inútiles tentativas de fuga.

–¿Fuga? Miles Hendon es dueño de Hendon Hall y de todas sus pertenencias. Se quedará, ¡no lo dudes!

XXVI

El rey se sentó a pensar durante unos minutos. Después dijo, alzando la vista:

–Es raro... y no puedo explicármelo.

–No, no es raro, señor. Su conducta es la única natural; fue un pillo desde que nació.

–¡Oh!, no hablaba de él, Sir Miles.

–¿De quién, entonces? ¿Qué es lo que encuentras raro?

–Que no echen de menos al rey.

–¿Cómo? ¿A cuál? No entiendo.

–¿De veras? ¿No te parece muy raro que el país no se

haya llenado de emisarios que anden en mi búsqueda? ¿No es acaso motivo de gran angustia que desaparezca su rey...? ¿Qué yo esté ausente y perdido?

–Es verdad, mi rey, lo había olvidado.

–Pero tengo un plan que nos salvará a ambos. Voy a escribir un documento en tres idiomas: en latín, griego e inglés... Tú lo llevarás a Londres. Se lo darás a mi tío lord Hertford. Cuando él lo lea, sabrá que fui yo quien lo escribió y ha de enviar por mí.

–¿No sería más seguro, príncipe mío, esperar hasta que yo pruebe quién soy? Así yo estaría más capacitado para...

El rey lo interrumpió bruscamente:

–¡Calla! ¿Qué son tus míseros dominios comparados con asuntos que interesan al bienestar de una nación y a la integridad de un trono? –luego, arrepentido de su severidad, añadió con tono menos áspero–: Obedece y no tengas miedo. Yo te haré justicia.

Tomó entonces la pluma que estaba sobre el escritorio y se puso a escribir. Hendon lo contempló amorosamente un rato; luego se dijo: "Si estuviera más oscuro, creería que es un rey quien hablaba. Echa rayos y centellas como el mejor de los reyes. ¿De dónde ha sacado tal destreza? Allí está, contentísimo, escribiendo sus garabatos, imaginándose que lo hace en latín y en griego... Parece que me veré obligado a enviar mañana a alguien con esta descabellada misión que se le ha ocurrido confiarme".

Los pensamientos de Miles volvieron a sus problemas, y tan sumido estaba en ellos, que cuando el niño le pasó el documento que había escrito, lo guardó en su bolsillo

distraídamente. "Creo que me reconoció y también creo que no lo hizo –mascullaba pensando en Edith–. Me doy perfecta cuenta de que estas opiniones están en contradicción. Ella debe haber reconocido mi rostro, mi figura, mi voz; pues ¿cómo podría ser de otro modo? Dijo, sin embargo, que no me conocía y ella no miente... Me parece que comienzo a ver claro. Quizás Hugo le haya ordenado, obligado a mentir. ¡He ahí la solución! Parecía muerta de miedo. ¡Sí...! La he de buscar y dirá lo que realmente siente. Recordará los viejos tiempos cuando éramos compañeritos de juegos y eso hará que confiese conocerme. Siempre fue sincera. En aquellos días me amaba y ésa es mi garantía; no se puede traicionar al que se ama".

Se dirigió a la puerta, pero en ese preciso momento entró lady Edith. Estaba muy pálida, pero caminaba con paso firme. Su rostro se veía tan triste como antes.

Miles se abalanzó hacia ella, confiado, pero la dama lo contuvo con un gesto. Sentándose, le pidió que hiciera lo mismo, como si se tratara de un extraño y de un huésped. La sorpresa que esto le causó le hizo dudar por un momento si realmente era, después de todo, la persona que pretendía ser.

–Señor, he venido a hacerle una advertencia –dijo lady Edith–. Los enfermos mentales tal vez no pueden ser persuadidos de algo distinto de lo que se imaginan, pero sí puede persuadírseles de los peligros que corren para que los eviten. Su sueño es verdadero para usted y, en consecuencia, no constituye delito; pero no se detenga en este sitio con él porque es peligroso –miró sin pestañear a los ojos de Miles y luego dijo de modo impresionante–: Es tanto más peligroso

por ser usted muy parecido a nuestro joven perdido.

–¡Cielos, señora, pero yo le aseguro que soy él!

–No pongo en duda de que usted lo cree honradamente, señor. Pero le advierto que mi marido es el amo de toda esta región. Su poder no tiene límite. Las gentes de aquí prosperan o mueren según su voluntad. Su parecido con quien declara ser hará que mi esposo diga a todos que es un loco impostor y todos lo creerán –e inclinando nuevamente la mirada sobre Miles, añadió–: Si usted fuera en realidad Miles Hendon y Hugo lo supiese, estaría en gran peligro; lo denunciaría y nadie se atrevería a apoyarlo a usted.

–Sí, lo creo –dijo Miles amargamente–. Es un poder capaz de obligar a un amigo de toda la vida que traicione a otro. Si eso ocurre, el poderoso puede también esperar que le obedezcan allí donde están implicados el pan y la vida, sin que interese ningún vínculo de lealtad y de honra.

Las mejillas de la dama enrojecieron levemente y sus ojos se posaron en el suelo, pero su voz no reveló emoción alguna.

–Se lo he advertido –dijo– y debo continuar haciéndolo, de que se marche de aquí. El hombre lo destruirá. Es un tirano que desconoce la piedad. Yo lo sé muy bien. Tanto Miles como Arturo y mi querido tutor, sir Richard, están libres de él y descansan... Las pretensiones de usted son una amenaza a su título y posesiones; lo ha asaltado en su propia casa. Márchese, no vacile. Si carece de dinero, tome esta bolsa, se lo ruego, y soborne a los sirvientes para que lo dejen pasar. ¡Escape mientras pueda!

Apartando la bolsa con un ademán, Miles se levantó.

–¡Concédame una cosa! –le rogó–. Deje que sus ojos

descansen en los míos para que yo pueda ver si vacilan... ¡Así...! Ahora, respóndame: ¿Soy o no Miles Hendon?

–No, no le conozco.

–¡Júrelo!

La respuesta fue en voz baja, pero clara:

–¡Lo juro!

–¡Oh, esto es increíble!

–¡Huya! ¿Acaso quiere perder este tiempo precioso? ¡Huya y póngase a salvo!

La guardia irrumpió entonces en la habitación. Se entabló una lucha violenta, pero Hendon fue derrotado y llevado a la rastra. Apresaron también al rey y ambos fueron conducidos maniatados a la prisión.

XXVII

Como los calabozos estaban repletos ambos amigos fueron encadenados en un gran aposento, donde se encarcelaba a personas que habían cometido faltas leves. Había allí unos veinte prisioneros engrillados o maniatados, de ambos sexos y distintas edades. El rey se indignó ante aquella afrenta a su realeza, pero Hendon se quedó pensativo y silencioso pues estaba profundamente confundido. Había regresado al hogar esperando encontrar a todo el mundo feliz por su regreso. En lugar de ello se enfrentaba al rechazo y a la cárcel: le era imposible decidir si era una situación trágica o grotesca. Se sentía como un hombre que hubiera

salido a gozar de la vista de un arco iris y fuera derribado por un rayo.

Poco a poco, sin embargo, sus pensamientos se fueron ordenando y su mente se concentró en Edith. Examinando su conducta no llegaba a ninguna conclusión. ¿Lo había conocido a él o no? Acabó por convencerse de que lo había conocido y repudiado por razones interesadas. Quiso maldecir su nombre pero no pudo hacerlo, pues había sido sagrado para él por mucho tiempo.

Envueltos en frazadas sucias y rotas, Hendon y el rey pasaron la noche inquietos. El carcelero había sido sobornado y llevó licor a unos prisioneros; la consecuencia fue que cantaron canciones groseras y riñeron entre ellos. Poco después de medianoche un hombre atacó a una mujer y casi la mató golpeándola en la cabeza con las esposas antes de que el carcelero pudiera acudir a salvarla dando un fuerte garrotazo al agresor. Sólo lograron dormir los que fueron capaces de desentenderse de los lamentos y gemidos de ambos heridos.

Durante la siguiente semana todo transcurrió monótonamente. De día, hombres que Hendon recordaba con mayor o menor claridad venían a ver al "impostor" y a repudiarlo y llenarlo de insultos. De noche, las fiestas y las riñas eran habituales. Finalmente se produjo un cambio cuando el carcelero introdujo a un anciano y le dijo:

–El villano está acá; ubícalo con tus viejos ojos y ve si puedes decir cuál de ellos es.

Hendon alzó la vista y tuvo la primera sensación agradable desde que fue encarcelado. Se dijo: "Este es Blake Andrews,

sirviente de la familia de mi padre. Un hombre bueno y sincero. Es decir, lo era antes. Pero nadie es leal ahora, sino que todos mienten. Este hombre me reconocerá, pero ha de negarme como todos los demás".

El anciano contempló cada rostro por turno.

–Aquí sólo veo a míseros bribones –dijo finalmente–; a la escoria de las calles. ¿Cuál es?

El carcelero rió.

–¡Ese! –le indicó–. Mira bien a ese animal grande y dame una opinión.

El anciano se acercó, observó a Hendon por todos lados un buen rato y sacudió la cabeza:

–¡Por la Virgen! ¡Este no es Hendon..., ni jamás lo fue!

–¡Bien! Tus viejos ojos todavía sirven. Si yo fuera sir Hugo agarraría a ese villano y...

El carcelero terminó la frase levantándose de puntillas con una soga imaginaria al cuello, haciendo al mismo tiempo un ruido que sugería la muerte por asfixia.

–Si yo estuviera encargado de este bribón –dijo el anciano despreciativamente– lo haría morir asado, o yo no soy un verdadero hombre.

El carcelero rió con risa de hiena:

–¡Dile todo lo que piensas, viejo...! Verás cómo te diviertes. –Y se retiró a la antecámara.

El anciano cayó entonces de rodillas.

–¡Gracias a Dios que has regresado, amo mío! –susurró–. Yo creía, desde hace siete años, que habías muerto. Te conocí desde el momento en que te vi y buen trabajo me costó mantener mi cara como si fuera de piedra y simular que no

veía aquí a nadie más que a pura escoria de las calles. Soy viejo y pobre, sir Miles, pero di una sola palabra y saldré a proclamar la verdad aunque me ahorquen por ello.

–No –dijo Hendon–, no harás nada de eso. Te perjudicarías tú y poco ayudarías a mi causa. Pero te lo agradezco, pues me has devuelto algo de mi perdida fe en la humanidad.

A partir de ese momento, el viejo servidor se convirtió en una persona muy útil para el rey y para Hendon. Varias veces al día se acercaba a "insultar" a este último y traía siempre algunos bocados, sin dejar tampoco de darles noticias del momento. Hendon reservaba las golosinas para el rey, ya que sin ellas Su Majestad no hubiera sobrevivido pues le era imposible comer el alimento suministrado por el carcelero. Andrews se veía obligado a limitar sus visitas a breves minutos para evitar sospechas; pero cada vez se las arreglaba para entregar bastante información intercalada con palabras insultantes dichas en voz alta.

De este modo, poco a poco, contó lo que le había sucedido a la familia Hendon. Arturo había muerto seis años atrás. Esta pérdida, junto con la carencia de noticias de Miles, quebrantaron la salud del padre. Seguro de que iba a morir, deseaba ver a Hugo y a Edith unidos para toda la vida antes de su muerte, pero Edith imploraba que demorara la boda con la esperanza del regreso de Miles. Cuando llegó la carta con noticias de la muerte de éste, la pena postró a Sir Richard; creyendo próximo su fin, él y Hugo insistieron en el matrimonio. Edith imploró y obtuvo una tregua de tres meses. La boda se efectuó entonces junto al lecho de muerte de Sir Richard. La unión no había resultado feliz.

Se murmuraba en la región que pocos días después del matrimonio la novia había encontrado entre los papeles del marido varios borradores de la carta falsificada que había precipitado la muerte del padre. En todos lados se oía que tanto lady Edith como los sirvientes eran tratados con crueldad. Desde la muerte de su padre, sir Hugo se había quitado todas las caretas de blandura y se había convertido en un amo implacable para todos los que dependían de él.

Entre los chismes de Andrews, hubo algo que el rey escuchó con gran interés.

–Se rumorea que el rey está loco –contó Andrews–. Pero, por caridad, no mencionen que yo lo dije. El hablar de ello significa la muerte.

Su Majestad miró con furia al anciano.

–El rey no está loco, buen hombre –le aseguró–. Y deja de ocuparte de chismes sediciosos.

–¿Qué quiere decir con eso este niño? –preguntó Andrews, sorprendido ante el ataque.

Hendon le hizo una señal y el anciano no insistió más, prosiguiendo:

–El difunto rey va a ser sepultado en Windsor y el nuevo rey será coronado en Westminster el día veinte.

–Creo que primero tendrán que encontrarlo –masculló Su Majestad; luego agregó, lleno de confianza–: Pero ya se ocuparán de ello. ¡Y yo haré lo mismo!

–En nombre de...

El anciano se detuvo ante una señal de Hendon para que no hiciera ninguna observación al niño; luego retomó el hilo de sus chismes...

–Sir Hugo asistirá a la coronación y confía en regresar hecho un par de Inglaterra, ya que goza del favor del Lord Protector.

–¿Qué Lord Protector? –preguntó Su Majestad.

–Su señoría, el duque de Somerset.

–¿Qué duque de Somerset?

–¡Por la Virgen!, sólo hay uno solo: Seymour, conde de Hertford.

El rey preguntó rudamente:

–¿Desde cuándo es duque y Lord Protector?

–Desde el último día de enero.

–¿Puede saberse quién le confirió tales títulos?

–El Gran Consejo, con ayuda del rey.

Su Majestad se sobresaltó violentamente.

–¡El rey! –gritó–. ¿Qué rey, buen señor?

–¡Qué rey! No tenemos más que uno: su más sagrada Majestad, el rey Eduardo VI. ¡Que Dios lo conserve! Es un bellaquito gracioso y muy querido, esté loco o no. De todos los labios salen elogios de su persona y se ofrecen plegarias para que reine mucho tiempo en Inglaterra, pues se inició muy humanitariamente salvando la vida del viejo duque de Norfolk y ahora está empeñado en dejar sin efecto la más cruel de las leyes que oprimen al pueblo.

La noticia dejó al rey mudo de asombro y terriblemente pensativo. Se preguntaba si "el bellaquito" sería aquel niño mendigo a quien había dejado en palacio vestido con sus ropas. Era imposible que así fuera, pues con seguridad sus modales y modo de hablar lo hubieran traicionado. En ese caso, lo habrían despedido de inmediato para iniciar la

búsqueda del verdadero príncipe. ¿Podría, la corte, haber instalado a algún hijo de la nobleza en su lugar? No, su tío no lo habría permitido. Sin embargo, mientras más trataba el niño de resolver el enigma, más confuso se ponía, más le dolía la cabeza y menos podía dormir. Cada hora aumentaba su impaciencia por estar en Londres y el cautiverio se le hizo casi insoportable.

Hendon no logró reconfortar al rey. En cambio, dos mujeres que estaban encadenadas cerca de él tuvieron éxito. Con sus cuidados le devolvieron la paz y le enseñaron a tener paciencia. El niño les estuvo muy agradecido y llegó a quererlas y a deleitarse con la dulzura de su presencia. Les preguntó por qué estaban presas y al contestarle ellas que por ser bautistas, el rey sonrió y les preguntó:

–¿Acaso ser bautista es un delito como para encerrar a alguien en una cárcel? No van a retenerlas mucho tiempo por tan poca cosa.

Las mujeres no respondieron y algo en sus rostros inquietó al rey.

–¿Por qué no hablan? –les preguntó ansioso–. Díganme: ¿es verdad que no sufrirán ningún otro castigo?

Ambas mujeres trataron de cambiar de tema, pero el rey continuó con el asunto:

–¿Acaso van a azotarlas? ¡No, no podrían ser tan crueles! Asegúrenme que no, ¿verdad que no? ¿O tal vez sí?

Las mujeres no pudieron eludir la respuesta. Una de ellas dijo con voz ahogada por la emoción:

–¡Oh, nos partes el alma con tu espíritu dulce! ¡Dios nos ayude a soportar nuestros...!

–Eso es una confesión –interrumpió el rey–. ¡Entonces las van a azotar! ¡Miserables, perversos! Pero no deben llorar. Mantengan el valor... Yo seré restituido a tiempo para salvarlas de esta iniquidad.

A la mañana siguiente, cuando el rey despertó, las mujeres ya no estaban.

–Están salvadas –se dijo alegremente; pero luego pensó, desalentado–: ¡Pobre de mí: eran mis consoladoras!

Cada una le había dejado de recuerdo un trocito de cinta. El rey declaró que conservaría siempre esos recuerdos y que pronto habría de buscar a esas amigas queridas para tomarlas bajo su protección.

En eso entró el carcelero con algunos subordinados y sacaron a los presos al patio. El rey tuvo un rapto de alegría pues quería ver el cielo azul y respirar de nuevo el aire libre. Le aflojaron el grillete y siguió, junto a Hendon, a los demás prisioneros.

El patio tenía pavimento de piedra y era abierto, sin techumbre. Los presos fueron colocados en fila, de pie y de espaldas a la pared. Ante ellos se tendió una soga y quedaron bajo la vigilancia de los carceleros. La mañana era fría y nublada. La nieve blanqueaba el gran espacio vacío y aumentaba lo triste del ambiente. A ratos, un viento invernal estremecía el lugar y arremolinaba la nieve por todos lados.

En medio del patio había dos mujeres atadas con cadenas a unos postes. Al rey le bastó una mirada para saber que se trataba de sus buenas amigas. Temblando, se dijo: "¡Ay, no han salido en libertad, como yo había creído...! ¡Pensar

que personas como éstas puedan conocer los azotes! ¡Y en Inglaterra! ¡Sí, en eso reside la vergüenza, que sea en la cristiana Inglaterra! Serán flageladas y yo deberé ser un simple espectador de tan grande injusticia. Yo, que soy la fuente auténtica del poder en este dilatado reino, no tengo recurso alguno para protegerlas. ¡Pero que se cuiden estos renegados! Llegará el día en que recibirán cien golpes por cada uno de los que den hoy."

En ese momento se abrió un gran portón y por él entró una turba de ciudadanos que rodearon a las dos mujeres, ocultándolas de la vista del rey. Después entró un clérigo. Siguieron la bulla y los preparativos hasta que se hizo un profundo silencio.

Cumpliendo órdenes, la gente se apartó y dejó a la vista del rey un espectáculo que le congeló la médula de los huesos. ¡Junto a las mujeres había pilas de leña y un hombre empezaba a encenderlas!

Las mujeres bajaron la cabeza para cubrirse el rostro con las manos. Las llamas amarillentas comenzaron a elevarse entre la leña y guirnaldas de humo azulado, a ondear en el aire. El clérigo comenzó una plegaria justo cuando entraban por el portal dos niñitas que se arrojaron sobre las mujeres en la hoguera, lanzando gritos desgarradores. Inmediatamente fueron arrancadas de allí por funcionarios, pero una de ellas se escapó diciendo que había de morir con su madre. Antes de que pudieran detenerla, la niña se había colgado del cuello de su madre. De nuevo la apartaron con violencia, esta vez con el vestido en llamas. Dos o tres hombres la sujetaron y le arrancaron el trozo

incendiado del traje, mientras la muchacha forcejeaba por desasirse, repitiendo que se quedaba sola en el mundo y rogaba que le permitiesen morir junto con su madre. Aunque ambas niñas gritaban, el bullicio fue ahogado de pronto por unos chillidos de angustia que penetraron los corazones. El rey miró a las chicas y a la hoguera, luego se dio vuelta y no miró más, diciendo: "Lo que he visto en este brevísimo instante no desaparecerá jamás de mi memoria y lo he de ver siempre durante el día y soñar con ello durante la noche, hasta mi muerte. ¡Quisiera Dios que hubiera sido ciego!"

Hendon, que observaba al rey, se dijo satisfecho: "Su enfermedad mejora. Ha cambiado y cada vez se pone más humano. De ser como antes, hubiera vociferado contra estos malvados diciendo que él era el rey y ordenado que libertaran a las mujeres sin daño alguno. Su pobre inteligencia se recobrará. ¡Quiera Dios que pronto!"

Ese mismo día trajeron a pasar la noche a varios prisioneros que iban a ser llevados bajo custodia a diversos lugares del reino a cumplir sus condenas. El rey conversó con ellos y el relato de sus calamidades le estrujó el corazón. Una era una pobre mujer débil mental que había robado un metro o dos de género a un tejedor y que iba a ser ahorcada. Otro era un hombre acusado de haber robado un caballo. Como no hubo pruebas, logró escapar a la horca pero apenas estuvo libre fue procesado por matar un venado en los parques del rey y por ello sería ahorcado. El caso de un aprendiz molestó especialmente al rey, pues el joven contó que una noche había encontrado un halcón y se lo llevó a su casa,

pero el tribunal lo encontró culpable de robo y lo condenó a muerte.

El rey se hallaba espantado por estas faltas de humanidad y quería que Hendon se escapara y huyese con él a Westminster para ascender al trono y usar su cetro en defensa de estos desdichados. "¡Pobre niño!" se decía Hendon. "Estos terribles relatos lo han enfermado nuevamente".

En el nuevo grupo de presos había un anciano abogado, recio y valeroso. Tres años atrás había escrito un panfleto contra el Lord Canciller en el que lo acusaba de injusticia, siendo por ello castigado con la pérdida de ambas orejas, la inhabilitación para trabajar, una multa de 3.000 libras esterlinas y la prisión perpetua. Recientemente había incurrido en la misma ofensa y estaba bajo sentencia de perder lo que quedaba de sus orejas, pagar una multa de 2.500 libras, ser marcado con hierros al rojo en ambas mejillas y continuar en cadena perpetua.

–Mis cicatrices son honrosas –decía apartándose el cabello canoso y mostrando los muñones de las que habían sido sus orejas.

El rey ardía de indignación. Dijo:

–Nadie cree en mí y tampoco lo harás tú. Pero no importa. Dentro de un mes estarás libre. Las leyes que te deshonraron serán abolidas. El mundo está mal hecho: los reyes deberían estudiar de vez en cuando sus propias leyes. Así aprenderían a ser clementes.

XXVIII

Miles Hendon estaba ya bastante cansado del encierro. Cuando llegó finalmente el momento del juicio, pensó que recibiría gustoso cualquier sentencia siempre que no fuera un nuevo encierro. Pero igual se enfureció cuando fue descrito como "vagabundo reincidente" y sentenciado a sentarse dos horas en la picota por atacar al dueño de Hendon Hall. Por indignas, no se tomaron en cuenta sus afirmaciones de ser hermano de éste y heredero legítimo de los Hendon.

Al caminar al lugar del castigo su ira sólo le proporcionó un trato más duro, donde no faltó uno que otro puñetazo por su conducta insolente. El rey lo seguía desde lejos, porque una multitud le impedía acercarse a Hendon. El niño había quedado libre tras una reprimenda y una advertencia por estar en tan mala compañía. Sólo cuando su amigo fue sentado en la denigrante picota, para diversión y blanco de la chusma, el rey logró colarse entre la gente para acercarse a él. Hasta entonces no había comprendido toda la indignidad de la sentencia y su cólera llegó al rojo cuando vio volar por el aire un huevo que reventó contra la mejilla de Hendon. La chusma rugió de gozo con aquel episodio. El rey, de un salto, enfrentó al guardia:

–¡Debiera darte vergüenza...! ¡Este es mi servidor: pónlo en libertad! Yo soy el...

–¡Oh, por Dios, calla! –exclamó Hendon asustado–. ¡Vas a causar tu ruina! No le haga caso, oficial: está loco.

–No te preocupes de si le hago caso o no. Deja que ese necio le tome el gustito al látigo; ya verás cómo mejora sus modales.

–Media docena de azotes le vendrá mejor –sugirió sir Hugo, que recién venía llegando a caballo.

Cogieron al rey, quien ni siquiera luchó, paralizado ante la idea del ultraje que se proponían hacer contra su sagrada persona. Estaba en una trampa: debía someterse al castigo o implorar el perdón. Era duro, pero aceptaría los azotes; un rey no podía pedir clemencia.

Pero Miles Hendon resolvió el dilema:

–¡Dejen en paz a ese niño, perros rabiosos! –dijo–. ¡Dejen que se vaya: yo recibiré los azotes que le corresponden!

–¡Qué buena idea, por la Virgen! –dijo sir Hugo–. Suelten al mendiguito y denle a este individuo una docena de azotes bien dados por él –y como vio que el rey iba a protestar, agregó–: Sí, habla mendigo, que por cada palabra que pronuncies, tu amigo recibirá seis latigazos más.

Liberaron a Hendon de la picota y le desnudaron la espalda. Mientras el látigo caía sobre ella, el rey volvió la cara y dejó que sus lágrimas cayeran sin reprimirlas. "¡Ah, corazón valeroso", decía para sí, "jamás olvidaré esta leal acción! ¡Y tampoco la olvidarán ellos! Quien salva a su príncipe de posibles heridas o de la muerte realiza un gran servicio. ¡Pero eso no es nada ante aquel que salva a su príncipe de la vergüenza!

Hendon soportó los duros golpes con la fortaleza propia de un soldado. Esto, unido a la defensa que hizo del niño, hicieron que lo respetara la gente allí reunida. La burla y los gritos no se volvieron a escuchar. Cuando Hendon se encontró de nuevo en la picota, el rey le susurró al oído:

–Los reyes no pueden ennoblecerte a ti porque uno que está por encima de todos ya lo ha hecho, pero un rey sí puede

confirmar ante los hombres tu nobleza –y recogiendo del suelo el látigo, tocó ligeramente los hombros ensangrentados de Miles, diciendo por lo bajo–: ¡Eduardo de Inglaterra te nombra conde!

Hendon se conmovió y los ojos se le humedecieron. Sin embargo, la situación era de un terrible humorismo: desnudo y ensangrentado, era promovido de pronto de la picota a un condado. Y se dijo: "Ahora sí que estoy adornado de fantásticas condecoraciones de pacotilla, pero yo las valoraré por el amor con que me fueron dadas. Valen más que aquellas que se compran con servilismo al poderoso".

El temido sir Hugo dio vuelta a su cabalgadura y se alejó. La ausencia de insultos de la multitud era en sí misma un homenaje a Miles.

XXIX

Cuando Hendon quedó en libertad le ordenaron que abandonara la región y no regresara. Le devolvieron su espada, la mula y el borrico. Una vez que hubo montado y mientras se alejaba de allí con el rey, se le ocurrió una idea. Recordó lo que había contado Andrews respecto a la bondad del joven rey y su defensa de los agraviados. ¿Por qué no tratar de hablar con él e implorar justicia? ¿Acaso podría ser admitido él ante la presencia de un monarca? Acostumbrado a inventar ardides, bien podría arreglar ese asunto. Sí, se dirigiría a la capital. Tal vez el viejo amigo de su padre, sir Humphrey Marlow, quien

cumplía alguna función en palacio, le ayudaría. Ahora que tenía un objetivo bien claro, superó su abatimiento y levantando la cabeza comprobó que hacía mucho que habían dejado atrás la aldea y que el rey, con la cabeza baja, iba sumido en sus propios pensamientos. Miles se le acercó:

–Había olvidado preguntarte adónde nos dirigimos. ¿Cuáles son tus órdenes, Majestad?

–¡A Londres!

Hendon continuó la marcha muy contento con la respuesta. Durante todo el viaje no ocurrió aventura alguna. Pero terminó con una de proporciones. Llegaron al Puente de Londres a las diez de la noche del 19 de febrero, en medio de un gran gentío porque ya habían comenzado las festividades del día de la Coronación. Todo el mundo estaba lleno de patriotismo... y de bebida. Este ambiente permitió que un incidente se convirtiera en cosa de minutos en una batalla campal que se extendió a una hectárea o más de terreno. El gentío separó a Hendon del rey y cada uno por su lado se perdió en el alboroto de la muchedumbre rugiente.

XXX

Mientras el verdadero rey vagabundeaba y sufría duras experiencias, el falso rey Tomás Canty disfrutaba de una vida muy diferente.

Cuando lo vimos por última vez, la realeza empezaba ya a mostrarle su lado bueno. Muy poco tiempo después casi todo

lo que le sucedía le proporcionaba alegría y deleite. El niño perdió sus temores y sus aprietos fueron reemplazados por un comportamiento fácil y confiado. Empezaron a gustarle las ceremonias y los honores y disfrutaba cada vez que oía: ¡Paso al rey! Gozaba con sus espléndidas ropas y encargó algunas más. Le pareció que sus cuatrocientos sirvientes eran pocos y los triplicó. Continuó, sin embargo, siendo benévolo, gentil y un recio y decidido defensor de todos los oprimidos, haciéndole la guerra a las leyes injustas. También aprendió a imponerse si lo ofendían. Una vez llegó hasta despedir a su "hermana" lady Mary de su gabinete cuando ésta le reprochó su política de indulto, recordándole que Enrique VIII, su padre, había mantenido las cárceles hasta con sesenta mil reos y que durante su reinado hubo setenta y dos mil ejecutados. Tom le dijo que rogase a Dios que le cambiara la piedra que tenía por corazón en el pecho.

El recuerdo del legítimo príncipe que tanto lo turbó en los primeros días se había ido desvaneciendo, pero cuando resurgía le hacía sentir culpa y vergüenza. Su madre y sus hermanas siguieron idéntico camino hasta salir de la mente del niño, en la medida que se ocupaba cada vez más de sus nuevas experiencias.

El 19 de febrero Tom Canty dormía feliz pues al día siguiente sería coronado rey de Inglaterra. A esa misma hora, Eduardo, el auténtico rey, hambriento y desastrado, se encontraba en medio del gentío que miraba a las cuadrillas de obreros que trabajaban en la Abadía de Westminster en los últimos preparativos para la coronación.

XXXI

A la mañana siguiente, Tom Canty pudo comprobar que el pueblo inglés estaba dispuesto para el gran día. El niño fue la figura principal de una maravillosa procesión flotante sobre el Támesis. Según la tradición, "la Procesión de Identificación" debía atravesar Londres, partiendo de la Torre. Al llegar a ésta fue saludado con descargas y griteríos de la multitud.

Vestido espléndidamente, Tom montó en un brioso corcel de guerra con ricos arreos. El Lord Protector ocupó su sitio tras él, en tanto la guardia real formaba a ambos lados con sus armaduras relucientes. Luego seguía un desfile interminable de nobles acompañados de sus vasallos; tras éstos iban los funcionarios civiles con ropas de gran ceremonia y vistosos banderines. Como guardia de honor especial iba la Honorable Compañía de Artillería. Era un espectáculo brillante y en todo el trayecto Tom Canty fue saludado con aclamaciones, a medida que marchaba entre las compactas multitudes de ciudadanos. A todos los que le recibían con un: "¡Dios Salve a Su Majestad!", el niño les retribuía con un: "¡Dios Salve a todos ustedes!". Al pisar las calles de la ciudad, un hermoso niño vestido de gala le dio la bienvenida a nombre del Municipio, con loas en honor al rey. La gente repetía feliz y con voz unánime lo que el niño había dicho. Tom miró a lo lejos y sintió el corazón henchido de triunfo, pues tuvo la sensación de que una de las cosas dignas de ser vividas en este mundo era ser rey e

ídolo de una nación. Más adelante, divisó a distancia a dos de sus harapientos camaradas de Offal Court. ¡Qué gloria sería que aquellos dos pudieran reconocer que el falso rey de los barrios bajos se había convertido en un rey auténtico!

Cada cierto rato se elevaba del gentío el grito de: "¡Una dádiva, una dádiva...!". Tom respondía arrojando lejos un puñado de monedas nuevas.

En un estrado que cruzaba toda una calle y bajo un magnífico arco, se exhibía una representación histórica de los progenitores del rey. Allí figuraban Isabel de York, Enrique VII y los padres del nuevo rey. Aparecía también la efigie del propio Eduardo VI, en toda su real majestad y rodeado de rosas rojas y blancas. Ante esta escena, el pueblo estalló en aclamaciones que resonaron como música en los oídos de Tom.

–¡Y todas estas maravillas son para darme la bienvenida a mí! –murmuraba Tom con los ojos brillantes y lleno de emoción.

En un momento en que levantaba una mano para arrojar monedas alcanzó a ver un rostro que, adelantándose a la multitud, clavó en él su intensa mirada: era su madre. Instantáneamente se tapó los ojos con la palma de la mano, haciendo el mismo gesto de siempre, nacido de un episodio de la infancia. Su madre sobrepasó a los guardias y llegó a su lado. Abrazándole una pierna, se la cubrió de besos y gritó:

–¡Oh, hijo mío, querido mío! –y levantó hacia él un rostro jubiloso y lleno de amor.

Un oficial de la guardia real la agarró violentamente y la arrojó tambaleante al sitio de donde había salido. Mientras

esto ocurría, los labios de Tom dijeron débilmente: –¡No te conozco, mujer!–. Pero al verla tratada así, al niño se le encogió el corazón y al volverse para echarle una última mirada ella pareció tan herida y tan angustiada que la vergüenza se apoderó de Tom, desechando su orgullo y marchitando su realeza robada.

El maravilloso desfile continuaba, pero Tom ya no veía ni oía. La realeza había perdido para él su gracia, y sus pompas se habían convertido en un reproche porque lo invadía el remordimiento.

–¡Quiera Dios librarme de mi cautiverio! –exclamó.

–¡Dádiva, dádiva!

El clamor caía ahora en oídos sordos. Tom marchaba cabizbajo y con la mirada vacía.

–¡Viva Eduardo de Inglaterra!

El rey no reaccionaba. Sólo oía una voz que le repetía, una y otra vez, sus vergonzosas palabras: "¡No te conozco, mujer!".

En los rostros de la gente apareció un toque de inquietud y disminuyeron los aplausos. Rápido, el Lord Protector espoleó su caballo hasta ponerlo junto al rey.

–Señor, es mal momento para soñar despierto –le dijo–. El pueblo te observa... ¡Levanta la cabeza y sonríe!

El falso rey hizo mecánicamente lo que se le pedía, pero su sonrisa carecía de alma, aunque pocos lo notaron. Su cabeza saludaba nuevamente con gracia y amabilidad a sus súbditos, mientras entregaba abundantes dádivas. La inquietud de la muchedumbre fue desapareciendo y los vítores estallaron igual que antes.

Pero una vez más, antes de que terminara el desfile, el Lord Protector se vio obligado a decirle:

–¡Oh, Majestad! ¡Disipa esas brumas, que los ojos del mundo están fijos en ti! ¡Que el diablo se lleve a esa mendiga trastornada! Fue ella quien turbó a Su Alteza.

La ricamente ataviada figurita volvió hacia él una mirada sin brillo y dijo con voz mortecina:

–¡Era mi madre!

–¡Dios mío! –se lamentó el duque–. ¡Nuevamente se ha vuelto loco!

XXXII

Situémonos en la abadía de Westminster a las cuatro de la mañana del Día de la Coronación. Las gradas están llenándose de gente dispuesta a esperar siete u ocho horas para contemplar lo que difícilmente podrían ver dos veces en su vida: la coronación de un rey.

Un sector de la catedral, el gran crucero del norte, aguarda a los privilegiados de Inglaterra. En una amplia plataforma, alfombrada con telas riquísimas, se encuentra el trono, sobre cuatro escalones. En el mismo recinto hay una piedra plana y áspera –la piedra de Scone– sobre la que se sentaron muchos reyes para ser coronados. El trono y el taburete para los pies están cubiertos por una tela de oro.

Con la luz del día, a las siete, la primera de las damas nobles entra en el crucero, vestida con todo esplendor y conducida

por pajes que le acomodan la cola del traje cuando ésta toma asiento, y le ponen a mano la corona para el momento de la colocación simultánea de todas las coronas nobiliarias. Poco después han llegado todas las damas nobles, formando una completa hectárea de flores humanas tan resplandeciente de colores brillantes como la Vía Láctea.

La artillería indicó con un potente estampido que el rey y su magnífica procesión habían llegado. Los pares del reino, con sus togas de ceremonia, fueron escoltados a sus asientos. Desfilaron luego las grandes cabezas coronadas de la iglesia, hasta ocupar sus sitios. Las siguió el Lord Protector y otros altos dignatarios.

Hubo un compás de espera y, a una señal, se produjo un estallido musical: Tom Canty, cubierto con un largo manto de oro, apareció por una puerta y avanzó por el estrado. La multitud se levantó en masa y comenzó entonces la Ceremonia de la Identificación. A medida que los ritos se iban cumpliendo, Tom empalidecía más y la angustia se apoderaba de su espíritu.

Se aproximaba ya el acto final. El arzobispo de Canterbury levantó la corona de Inglaterra y la sostuvo sobre la cabeza del falso rey, quien estaba temblando. En el mismo instante cada uno de los nobles levantó también su corona y la mantuvo en alto sobre su cabeza, en actitud de espera.

Un hondo silencio invadió la abadía. Fue entonces cuando, repentinamente, una extraña figura se introdujo a la fuerza en el recinto y avanzó por la gran nave central. Era un niño mal calzado y vestido con prendas plebeyas que se estaban

ya transformando en harapos. Con una solemnidad que no correspondía a su aspecto sucio y miserable, levantó la mano:

–Les prohíbo –advirtió– colocar la corona de Inglaterra sobre esa cabeza cuyos derechos no son legítimos. ¡Yo soy el rey!

Varias manos indignadas se posaron de inmediato sobre el recién llegado. Pero entonces Tom Canty dio un rápido paso adelante y exclamó con voz poderosa:

–¡Suéltenlo! ¡Deténganse! Él es en verdad el rey.

El pánico se apoderó de la concurrencia. Tan asombrado como el resto, el Lord Protector exclamó con voz autoritaria:

–¡No le hagan caso a Su Majestad! ¡Nuevamente su enfermedad lo domina: apresen a ese vagabundo!

–¡Usted correrá el riesgo! ¡No lo toquen! ¡Es el rey! –gritó Tom.

Todos se habían paralizado; nadie sabía cómo actuar ni qué decir mientras el verdadero rey continuaba avanzando, altivo y confiado. Cuando pisó la plataforma, el falso rey corrió a recibirlo y arrodillándose ante él, dijo:

–¡Oh, mi señor y rey, permite que sea Tom Canty el primero que te jure fidelidad y te diga: "Ponte la corona y toma posesión de lo tuyo"

Las severas miradas sobre el recién llegado fueron reemplazadas por expresiones de sorpresa. Todos pensaban lo mismo: ¡Qué gran y extraño parecido! El Lord Protector meditó un instante y luego dijo con respetuosa seriedad, dirigiéndose a quien ahora aseguraba ser el rey:

–Con su venia, señor, deseo hacerle ciertas preguntas...

–Las contestaré, milord.

El duque le hizo diversas preguntas sobre la corte, el

difunto rey, las princesas... El niño contestó correctamente y sin titubeos.

A todos les parecía extraño y prodigioso lo que estaban oyendo. Pese a ello, el Lord Protector dijo asintiendo con la cabeza:

–Sus respuestas son certeras, pero lo que este niño está haciendo no es más de lo que puede hacer nuestro señor, el rey. No constituyen pruebas.

Estas palabras desmoronaron las esperanzas de Tom. Pero la verdad era que el propio Lord Protector estaba confuso.

–Sir Tomás, arreste a este... –dijo–. ¡No, espere!

Con el rostro iluminado, enfrentó al niño harapiento:

–¿Dónde está el gran sello? ¡Respóndeme con certeza y el enigma quedará resuelto pues sólo el que fuera Príncipe de Gales puede contestar mi pregunta!

La magnífica idea recibió la aprobación de los grandes dignatarios. Nadie, salvo el auténtico príncipe, podía resolver el misterio del gran sello extraviado.

–No es un dilema difícil –dijo Eduardo con seguridad y dio la siguiente orden:

–Milord de Saint John, vaya a mi gabinete privado, pues nadie conoce ese sitio mejor que usted, y a ras del piso, en el rincón izquierdo más lejano a la puerta que da a la antecámara, verá en la pared la cabeza de un clavo de bronce. Oprímala y se abrirá un pequeño joyero empotrado que sólo yo y el artesano que lo hizo lo conocemos. Lo primero que allí verá es el gran sello. ¡Tráigalo aquí!

La concurrencia veía asombrada cómo el pequeño mendigo escogía a aquel noble sin vacilar y lo llamaba por su

nombre con tanta convicción. Saint John, sorprendido, casi obedeció, pero inmediatamente demostró su desatino sonrojándose. Tom Canty se volvió severo hacia él:

–¿Por qué vacila? –preguntó–. ¿Acaso no ha oído la orden del rey?

El señor de Saint John hizo una profunda reverencia con cautela y sin comprometerse, ya que no iba dirigida a ninguno de los dos reyes, sino a mitad de camino entre ambos, y se puso en marcha.

Se inició entonces un lento movimiento de la brillante concurrencia que rodeaba a Tom hacia el recién llegado. Tom quedó completamente solo.

Cuando Saint John regresó, el suspenso era tan grande que se tradujo en un profundo silencio. Todas las miradas convergían hacia él. Saint John se acercó a la plataforma, avanzó hacia Tom Canty y le dijo, haciendo una reverencia:

–¡Señor, el sello no está allí!

De inmediato la multitud que acompañaba al raído pretendiente a la Corona se separó de él. Y ahora fue Eduardo quien quedó completamente solo. El Lord Protector gritó fieramente:

–¡Arrojen a este pordiosero a la calle y azótenlo! ¡El miserable no merece más consideración!

–¡Atrás! –gritó Tom a los oficiales de la guardia que avanzaban–. ¡Peligra la vida de quien lo toque!

El Lord Protector, confundido en extremo, preguntó a Saint John si había buscado bien, admirado de que un objeto tan grande, un disco de oro macizo como era el sello de Inglaterra, hubiera desaparecido.

Con ojos brillantes, Tom avanzó de un salto:

–¡Esperen, con eso basta! –gritó–. ¿Era redondo y macizo? ¿Y tenía letras y dibujos grabados? ¿Sí? ¡Ahora sé lo que es este sello sobre el que hubo tanta preocupación! Si ustedes lo hubiesen descrito yo se los habría entregado tres semanas atrás pues sé dónde está, aunque no fui yo quien lo puso allí..., es decir, la primera vez...

–¿Quién, entonces, señor? –preguntó el Lord Protector.

–Aquel que está allí, el legítimo rey de Inglaterra. Él mismo les dirá dónde está... Piensa, rey mío: fue lo último que hiciste ese día antes de salir de palacio vestido con mis harapos para castigar al soldado que me había insultado.

Todos miraban expectantes al recién llegado. Eduardo, con la frente contraída, hurgaba en su memoria. Los segundos se hicieron minutos y el niño seguía luchando en silencio. Por fin, suspirando, dijo deprimido:

–Recuerdo la escena, pero no veo el sello en ella –y agregó con gentil dignidad–: Caballeros, si quieren despojar a su legítimo soberano de lo que es suyo por falta de evidencia, yo no puedo detenerlos...

–¡Oh, rey mío! –gritó Tom poseído por el pánico– ¡Espera, piensa! ¡La causa aún no está perdida! Escucha lo que digo...

Y Tom fue relatando paso a paso lo que hicieron y conversaron ambos niños aquella mañana en el gabinete del Príncipe de Gales. Eduardo asentía, recordando, mientras la concurrencia se asombraba ante aquella historia que parecía auténtica.

–Por juego, príncipe mío, nos cambiamos las ropas –continuaba Tom–. Y ante un espejo comprobamos lo iguales

que éramos... Entonces notaste que el soldado me había lastimado la mano... Su Alteza dio un salto prometiendo venganza y corrió hacia la puerta..., y al pasar por una mesa recogiste rápido eso que llaman sello y miraste alrededor buscando un sitio donde esconderlo... Entonces observaste...

–¡Basta, basta...! –exclamó el andrajoso pretendiente a la Corona–. Ve, mi buen Saint John: en el brazal de la armadura milanesa que cuelga de la pared, allí encontrarás el sello.

–¡Bien, rey mío, bien! –exclamó Tom–. Ahora sí que es tuyo el cetro de Inglaterra... ¡Ve, Saint John, pon alas a tus pies!

La multitud estaba trastornada por la emoción y el tiempo voló sin que nadie lo notara. Había un profundo silencio cuando Saint John apareció en la tarima sosteniendo en alto el gran sello. Se desató entonces un enorme clamor:

–¡Viva el auténtico rey!

Tembló el aire con los gritos. Un pequeño andrajoso, la figura más ilustre de Inglaterra, emocionado, feliz y orgulloso, estaba de pie en el centro de la plataforma, con todos los grandes vasallos del reino arrodillados a su alrededor.

Cuando se pusieron de pie, Tom Canty exclamó:

–Ahora, rey mío, te devuelvo estas prendas de la realeza y devuelve al pobre Tom sus harapos.

–¡Que desnuden al pequeño lacayo y lo arrojen a la Torre! –gritó entonces el Lord Protector.

Pero el verdadero rey intervino:

–No permitiré que se haga tal cosa. De no ser por él, no hubiera recuperado mi corona. ¡Nadie pondrá sus manos sobre él para hacerle daño! –y agregó, volviéndose hacia

Tom–: ¡Pobre muchacho mío! ¿Cómo pudiste acordarte dónde había escondido el sello?

–¡Ah, mi rey, no me fue difícil, pues lo usé durante varios días!

–¿Lo usaste...? ¿Y por qué no pudiste explicar dónde estaba?

–Yo no sabía que era aquello lo que buscaban. Nunca me lo describieron, Majestad.

–¿Y entonces, para qué lo utilizabas?

Tom dudó un momento.

–¡Para romper nueces...! –dijo.

Una tempestad de risas saludó la respuesta, echando por tierra cualquier duda que relacionara a Tom con el trono de Inglaterra.

Las ceremonias de la coronación fueron reanudadas y el verdadero rey fue festejado por toda la ciudad.

XXXIII

Miles Hendon salió de la riña del Puente de Londres sin un centavo. Se dedicó a buscar al pequeño rey, recorriendo los barrios más pobres de Londres hasta el amanecer. El mediodía aún lo encontró caminando entre la gente que seguía a la comitiva real hacia Westminster. Pero tampoco encontró allí a su protegido. Su búsqueda lo llevó hasta el campo. Hambriento y fatigado, se echó en el suelo y comenzaba a adormecerse cuando un lejano estampido de cañones lo hizo pensar: "El nuevo rey está coronado".

Sólo despertó al día siguiente y caminó hasta Westminster con el propósito de ubicar al anciano sir Marlow. Frente al palacio, el muchacho-de-los-azotes creyó reconocer en él al vagabundo que tenía muy preocupado a Su Majestad y aceptó llevar un mensaje suyo a la casa real. Mientras esperaba una respuesta, Hendon fue detenido como sospechoso por la guardia. En el registro de sus ropas encontraron el documento con los "garabatos" de su amiguito.

–¡Otro pretendiente a la Corona! –exclamó el oficial al leer el papel y decidió enviárselo al rey. Poco después, Miles fue conducido al interior del palacio y él temió lo peor. Lo llevaron a un gran salón donde estaba reunida la nobleza de Inglaterra. Su aspecto andrajoso atrajo miradas hostiles y burlonas. Miles Hendon estaba completamente desconcertado. Allí estaba sentado el joven rey y, al verle bien la cara, ¡quedó sin respiración! Pensó: "¿Acaso es el auténtico soberano de Inglaterra? ¿Cómo resolver el enigma?"

Una idea súbita brilló en su mirada. Dio unos pasos, tomó una silla y se sentó. Se oyó un cuchicheo de indignación y una voz exclamó:

–¡Levántate, payaso mal educado! ¿Pretendes sentarte ante el rey?

–¡No lo toquen! ¡Está en su derecho! –dijo el rey y, ante la multitud incrédula, continuó–: Quiero que todos sepan que éste es mi servidor bien amado, Miles Hendon, quien con su excelente espada salvó a su príncipe y por eso es caballero, por voto del rey. Sepan también que por salvar a su soberano de los azotes y la vergüenza, recibiéndolos en su lugar, es par de Inglaterra, conde de Kent, y que tendrá

riquezas de acuerdo a su dignidad. Y aún más: los principales de su línea familiar mantendrán el derecho de sentarse en presencia de la majestad de Inglaterra mientras perdure la Corona. No lo molesten.

Lleno de asombro, Hendon tuvo que admitir que su protegido era el verdadero rey y cayendo de rodillas, le rindió homenaje.

Hubo una nueva agitación al otro lado de la sala: Tom Canty entró vestido de manera extraña pero suntuosa.

–Estoy complacido contigo porque gobernaste el reino con nobleza y misericordia –le habló el rey–. ¿Has encontrado a tu madre y hermanas? Bien. Se tendrá buen cuidado de ellas. En cuanto a tu padre, será ahorcado si lo deseas y la ley lo permite. Sepan todos los que viven en el asilo del Hospital de Cristo que serán alimentados en sus inteligencias y corazones, además de sus estómagos, y que este niño vivirá allí, ocupando el lugar principal en el honorable cuerpo de directores, durante el resto de su vida. Y porque ha sido rey le corresponderán otras credenciales: llevará una vestimenta oficial que nadie podrá copiar y recordará a la gente que él ha pertenecido a la realeza en su época. Tiene la protección del trono, el apoyo de la Corona y será llamado por el título honorable de Pupilo del Rey.

Feliz y lleno de orgullo, Tom Canty se levantó y besó la mano del rey. Luego, sin perder tiempo, corrió en busca de su madre para contarle todo y para que Nan y Bet pudieran participar de tan gozosa noticia.

Conclusión

El rey despojó a Hugo Hendon de su falsa pompa y de sus propiedades robadas. Cuando todos los misterios se aclararon, se supo por confesión del ex sir Hugo que él había obligado sa su esposa a repudiar a Miles Hendon, amenazándola con matar a su propio hermano si ella se resistía. Hugo no fue perseguido porque ni la esposa ni el hermano quisieron declarar en su contra, pero se marchó del país y poco después murió. Con el tiempo, el conde de Kent se casó con su viuda, con gran regocijo en la aldea de Hendon.

Nunca volvió a saberse del padre de Tom Canty.

El rey hizo buscar al granjero que había sido marcado y vendido como esclavo, lo reivindicó de su mala vida en la cuadrilla del Rizador y le proporcionó una vida cómoda.

También sacó al anciano abogado de la prisión e hizo anular su deuda. Tomó a su cargo los gastos de hogares para las hijas de las dos mujeres que había visto quemar en la hoguera y castigó severamente al funcionario que aplicó los inmerecidos azotes a Miles Hendon.

Libró de la horca al muchacho que había capturado el halcón perdido, así como a la mujer que había robado el trozo de tela, pero llegó tarde para salvar al hombre que había sido condenado por matar a un venado en los bosques reales.

Favoreció al juez que había sido clemente cuando fue acusado de haber robado un lechón.

Mientras vivió al rey le gustaba relatar sus aventuras de principio a fin, incluyendo cuando entró a Westminster

con la cuadrilla de obreros y se escondió en la abadía, durmiéndose hasta tan tarde que estuvo a punto de perder la Coronación. Solía decir que contando la historia conservaría frescas aquellas enseñanzas que dieron beneficios a su pueblo y mantuvieron la fuente de la piedad en su corazón.

Mientras duró su breve reinado, Miles Hendon y Tom Canty fueron favoritos del rey. El buen conde de Kent usó su privilegio especial otras dos veces: volvió a sentarse ante la majestad de Inglaterra en la ascensión de la Reina María y en la de la Reina Isabel.

Tom Canty vivió hasta avanzada edad y se transformó en un hermoso anciano de cabello blanco y aspecto benigno. Mientras vivió fue honrado y reverenciado. A su paso, la gente se apartaba con respeto, susurrándose unos a otros: "¡Quítate el sombrero, que pasa el Pupilo del Rey!"

Sí, el rey Eduardo VI vivió unos pocos años, pero los vivió con dignidad. En más de una ocasión, cuando algún dignatario criticaba su blandura al enmendar alguna ley que ya se consideraba bastante suave, el joven rey volvía hacia él sus grandes ojos compasivos y exclamaba:

–¿Qué sabéis vos de sufrimiento y opresión? Yo y mi pueblo sí los conocemos, pero no vos.

El reinado de Eduardo VI fue benigno para aquellos duros tiempos. Ahora, al despedirnos de él, tratemos, en honor suyo, de recordarlo.